



HISTORIAS PARA IR POR CIGARROS A LA GASOLINERA

MAURICIO PADILLA

PROGRAMA EDITORIAL CHIHUAHUA
CON TRAYECTORIA - 2025

Marco Antonio Bonilla Mendoza
PRESIDENTE MUNICIPAL DE CHIHUAHUA

María Fernanda Bencomo Arvizo
DIRECTORA DEL INSTITUTO DE CULTURA DEL MUNICIPIO DE CHIHUAHUA

José Arturo Santillanes Hernández
COORDINADOR DEL PROGRAMA EDITORIAL CHIHUAHUA

Heber Mauricio Rivera Anguiano
FOMENTO A LA LECTURA

HISTORIAS PARA IR POR CIGARROS A LA GASOLINERA
© Mauricio Padilla

Primera edición:
Septiembre 2025

Ilustración de cubierta: Octavio Sebastián Gallegos Cuevas

ISBN: En trámite

Prohibida la reproducción total o parcial de la obra para fines lucrativos por cualquier medio, sea electrónico o físico, sin permiso previo del autor y del Instituto de Cultura del Municipio de Chihuahua. Se autoriza la reproducción de fragmentos para divulgación, difusión de la obra y promoción de la lectoescritura, siempre y cuando se cite la fuente original.

EDITADO Y PRODUCIDO EN MÉXICO.

CONTENIDO

PREFACIO	21
A ORILLAS DEL GUADALQUIVIR	23
PERLA NEGRA	35
FUGA	39
CAPRICORNIO	43
GNOMOS	51
RENATO	57
3 SEGS	65
UN DÍA DE ESTOS	79
POLVO	95
HENRY	103
SASHENKA	119
_____	127
ALTERCADO	157
SORPRESA	163
ESTRATEGIA	177
¿CELOS?	193
DESVÍO	199
FICCION LITERARIA	217



*“Un escritor escribe su libro para explicarse
a sí mismo lo que no se puede explicar.”*

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ

Aún recuerdo con emoción la primera vez que leí *El Principito*. Sin lugar a duda, la manera en que un libro puede conmover y modificar la forma de ver el mundo es irrepetible.

En un tiempo tan convulso como el que vivimos, escribir es un acto de libertad y de esperanza. Las buenas historias no sólo entretienen: nos ayudan a entender la realidad y nuestra propia vida.

Por eso, desde el Gobierno Municipal fomentamos el Programa Editorial Chihuahua (PECH), por medio del Instituto de Cultura. Este esfuerzo abre camino a nuevos escritores de nuestra ciudad, ofreciendo un foro para compartir sus ideas y visiones.

El PECH es más que una colección de libros: es la voz de las y los autores chihuahuenses. Porque la literatura —el arte de la palabra escrita— nos da identidad. Somos, en gran medida, lo que leemos y lo que escribimos.

Reafirmamos así nuestro compromiso con la cultura y con quienes la sostienen: nuestros artistas y creadores, esos soñadores que nos regalan un poco de su intimidad en cada página y obra que hacen.

Así, no me queda más que decir: gracias. Gracias por hacer de nuestra ciudad un espacio donde las ideas y el arte florecen.

Marco Antonio Bonilla Mendoza
PRESIDENTE MUNICIPAL DE CHIHUAHUA

*“Escribir es un acto de resistencia, una forma
de desafiar al mundo y dejar una
huella duradera en él.”*

TONI MORRISON

En este año 2025, el Programa Editorial Chihuahua continúa consolidándose como una de las plataformas más valiosas para las y los autores de nuestro municipio. Gracias al esfuerzo del Gobierno Municipal, a través del Instituto de Cultura, hoy celebramos la publicación de 12 nuevos títulos en la colección PECH 2025 y PECH infantil y juvenil 2025. Con más de 60 títulos publicados desde su creación, el Programa Editorial Chihuahua reafirma su compromiso de ser casa y refugio para la palabra escrita, acompañando tanto a voces nuevas como a autoras y autores con trayectoria. Esta colección es un testimonio del talento creativo que existe en Chihuahua, y una invitación permanente a acercarnos a los libros, a las ideas y a las historias que nacen de nuestra tierra.

Agradezco profundamente a las y los autores de Chihuahua por su confianza y por seguir compartiendo su visión del mundo a través de la literatura. Sus obras son faros que iluminan a nuestra comunidad, y que fortalecen nuestra identidad.

Invito a todas y todos a leer los libros de esta colección y a descubrir en ellos la riqueza de nuestras letras. Con gratitud y entusiasmo, felicito a quienes hoy forman parte de la colección PECH ¡Que estas páginas sigan siendo fuente de inspiración, encuentro y orgullo para nuestra comunidad!

María Fernanda Bencomo Arvizo
DIRECTORA DEL INSTITUTO DE CULTURA DEL
MUNICIPIO DE CHIHUAHUA

HISTORIAS PARA IR
POR CIGARROS A LA
GASOLINERA

Para Karla

*Mi propuesta literaria está en relación directa con
mi vida. Mi propuesta literaria es mi vida. (...)*

*La propuesta literaria, el poema del poeta,
es el poeta mismo. Siempre, ¿sabes? Siempre.*

ROBERTO BOLAÑO

*“Todo lo conviertes en literatura”
me reprochas*

*“Todo, amores, viajes, paseos,
discusiones, todo lo conviertes en
literatura”*

me reprochas

“LITERATURA”, CRISTINA PERI ROSSI

PREFACIO

Los manuscritos no arden.

MIIJAÍL BULGÁKOV, *EL MAESTRO Y MARGARITA*

Este libro recibe dos influencias muy importantes: Roberto Bolaño y Raymond Carver. A propósito de Bolaño, en sus cuentos y en sus novelas siempre he reconocido una enorme fuerza y valentía a la hora de relatar el pasado. Carver, por su parte, me hizo ver que muchas anécdotas y sucesos (que no consideraba como tales) podían ser, de hecho, historias, si lograba contarlas desde el ángulo adecuado. Carver me dio ese ángulo.

A continuación (o al mismo tiempo, nunca se sabe) me vino una serie de expedientes y recuerdos, como si alguien hubiera destapado una coladera en mi cabeza.

No son historias que quieran imitar o parecerse a las de los autores mencionados (si estamos en eso, cabría nombrar también a Alejandro Zambra). En todo caso son relatos escritos en esa clave, siguiendo cierto gesto, cierto guiño, cierta mirada cómplice que he creído advertir entre las páginas de ambos. En el fondo, y en retrospectiva, supongo que lo

que he querido transmitir a través de estos relatos es una *puta vibra*, aunque la ejecución siempre quedará a deber.

Algo curioso: *Hasta las últimas consecuencias* surgió ante (y por) el miedo de perder todos los escritos que guardaba en mi laptop y su consecuente recuperación milagrosa. Ahora, con este libro no sólo tuve un susto parecido, en el que de la nada no podía abrir ninguno de los archivos de mi computadora, sino que además estuve trabajando la versión final exclusivamente en una memoria USB. A la hora de llevar la documentación para el concurso, me olvidé de guardar una copia en mi computadora. Me di cuenta en el estacionamiento, justo después de entregar el sobre con mis datos y con la USB.

Tratando de mantener la calma, pensé: si gano, no hay problema, porque recuperaré el manuscrito. Y si pierdo, tendré que pedir que me regresen la memoria con el archivo y rezar que no haya ninguna sorpresa.

Así que ambos libros han librado (por poco) la pérdida hemingwayeana del manuscrito olvidado en alguna estación de tren parisina, revestida ella misma hasta que se ha vuelto una especie de leyenda literaria.

Yo no sé si me sobrepondría a un golpe de ese calibre, un golpe que, por lo visto, me amenaza de cerca y no me deja en paz, sólo porque me rehúso a trabajar en la nube. Por fortuna, todavía no he tenido que recurrir a la reconstrucción mnemotécnica bulgákoviana, pero tampoco es algo por lo que me interese pasar. Por eso toco madera.

A ORILLAS DEL GUADALQUIVIR

Una historia sobre una familia que viaja a Europa por primera vez. Un viaje que representa algo distinto para cada uno. Para el padre, algo así como una señal de haber logrado el éxito económico y social con el que siempre soñó. Para la madre, una oportunidad que hay que disfrutar al máximo, según sus propias palabras. Para el hijo, la conciencia de que un viaje así no es cualquier cosa, pero sin llegar a comprender lo que significa en su totalidad. Lo que el viaje no es: el principio del fin, cuestión que empezó hace mucho, imposible determinar con exactitud cuándo. Simplemente otro episodio más en las vidas que comparten.

Un vuelo a la capital a principios de julio y de ahí otro a Madrid que dura ocho horas. Primera vez que el hijo toma un vuelo tan largo. Por eso, próximos al aterrizaje, al vislumbrar la planicie desolada, náuseas y uso de la bolsa de mareo. Ya en el baño del Aeropuerto de Madrid-Barajas, lavado de cara, tratando de alivianarse un poco.

El vestíbulo del hotel con un aspecto fantasmal de salón para eventos formales perteneciente a otra época imprecisa.

Cada vez que entran, un largo y oneroso recorrido hasta llegar a su habitación, en una zona secreta apartada del hotel. Varios días en la ciudad sin ninguna sorpresa más que un olor a sobaco distinto. Todas las atracciones turísticas obligatorias: la Puerta de Alcalá, la Puerta del Sol, el Oso y el Madroño, el Museo del Prado, el Museo Reina Sofía, el Palacio Real, la Cibeles, la Gran Vía, un recorrido extenso del Bernabéu vacío y por alguna razón mucho tiempo merodeando cerca de la estación de Atocha, con esos tonos inconfundibles de rojo hojalata y verde soldado que el hijo confunde con un lugar intuido en algún sueño olvidado o con la reminiscencia de una vida pasada.

Cinco días después, Toledo, respirando desde las alturas el aire vetusto y polvoriento del casco medieval y de sus murallas, sintiéndose como los únicos turistas del pueblo. Un restaurante que algo tiene que ver con el rey Wenceslao, una plaza en donde niños de ascendencia árabe o marroquí juegan una partida de fútbol entre ellos.

Luego Granada, ciudad de la cual no saben qué opinar al respecto. Un ritmo más pausado, algo descuidada, sucia. Una ciudad más en espiral y en elevaciones que horizontal o transversal. Una larga espera en el hotel para hacer check-in y la Alhambra después de una breve siesta al mediodía, sintiéndose en otra dimensión y en otro siglo.

Inmensa ciudad palatina mandada a construir durante los siglos XIII y XIV por la dinastía de los nazaríes en la cima de una empinada colina, desde donde se divisa la ciudad entera. El paraíso coránico plasmado con el paisaje íntegramente mezclando la arquitectura con la naturaleza del lugar, cada una de las ventanas enmarcando las vistas en su mayor dramatismo, un sistema de canales lineales de agua que recorren toda la infraestructura simbolizando fecundidad y creando un aura de paz y silencio. La cima de la Torre de la Vela, en donde figura la campana que conmemora la

conquista de la ciudad y, por ende, la expulsión de los moros el 2 de enero de 1492 por parte de los reyes Fernando e Isabel. El Mexuar, el Patio de los Arrayanes, el Salón de los Embajadores con su celosía, el Patio de los Leones, la Sala de las dos Hermanas, el Palacio de Carlos V. Palacios, puentes, murallas, arcadas, fuentes, albercas, espejos de agua, jardines, caligrafía, capiteles, mocárabes. La inmensidad de lo inabarcable que produce una sensación de la propia insignificancia y nimiedad. Haber visto poco o haberlo visto todo. Lo mismo.

Vuelo de Madrid a Barcelona. Llegada temprana al hotel, el día húmedo y lluvioso. El clima siempre idéntico a sí mismo, sin alteración durante su estadía. El barrio donde queda el hotel rodeado por calles de un solo carril con malecones amplios, bancas y árboles altos, conjuntos de edificios comerciales y habitacionales ininterrumpidos, todos de la misma altura formando un solo edificio. Prolongación de las vías paralelas, interconectadas como por arte de magia. Pan y yogurt del Carrefour para almorzar. Al salir, ese fenómeno tan conocido de inmigrantes lanzando juguetes miniatura hacia arriba que encienden luces llamativas, atrayendo la atención de todos. El truco más viejo del mundo.

Barcelona, tres cosas principalmente. Primero, el Mercado de La Boquería en Las Ramblas, repleto de puestos de fruta con esos colores sumamente vivos. Una cucaracha que se escabulle por el piso y se mete en la grieta de una pared en el restaurante donde desayunan. La negación categórica del mesero al oír su testimonio, como si fuera una acusación. La mirada como si los tres estuvieran drogados y no tuvieran idea de lo que están diciendo. Ni modo. Muy tarde para cancelar el pedido. Zumos de mango y el contraste entre el *xoriço* y el chorizo chihuahuense.

Lo segundo, Gaudí. Una admiración continua por su obra que se encuentra en todas partes, en las esquinas, en

locales de marcas prestigiosas, en tiendas de ropa de moda, en la Sagrada Familia (en perpetua construcción), en el Park Güell, en la Casa Batlló, en la Pedrera y en la Rotonda. Una omnipresencia que colma el espíritu catalán.

Lo último, una cena en el puerto, junto a un embarcadero de yates y veleros. Un atardecer salino de ultramar, un cielo plomizo, con las luces al otro lado del puerto brillando como estrellas en el horizonte y las velas de los barcos meciéndose con suavidad. Una cena mediterránea, la primera comida del viaje que no es la opción más barata disponible para el paladar ingenuo de los turistas. El mal comer cuando uno va a Europa por primera vez, a menos de que tenga conocidos o lleve mucha plata. El recuerdo no de la paella de España, la pizza de Italia o el *coq au vin* francés, sino el de los kebabs, los paninis y las baguettes. El padre genuinamente feliz durante esta cena. Un rostro de bandido árabe sonriendo. Este momento como la cristalización de lo que ha logrado en su carrera profesional y en su papel como esposo y proveedor, tal vez. Una foto orgulloso cada que su apellido aparece en el nombre de una plaza, de un restaurante, de una tienda o de un torero. La confirmación de un linaje directo y sin escalas con sus antepasados.

Luego Italia, la primera parada siendo Roma. Un solo defecto del hotel en donde se quedan: la ubicación. Todos los días, un camino en medio de la nada, después de engullir un desayuno que incluye una variedad de carnes frías, fruta, pan y café, rodeado por un bosque, un par de kilómetros antes de cualquier señal de civilización. El regreso por la noche salido de una película de terror.

Bastante tiempo dedicado a la plaza de San Pedro, al Vaticano y a su museo. Listas y listas del hijo en sus notas del iPod. El nombre de todos los cuadros, pinturas, esculturas, piezas musicales y artistas. De regreso en México una instrucción a fondo sobre todo lo visto. Pinturas de Dalí, Pi-

casso, Ribera y ahora la Capilla Sixtina, Rafael, Da Vinci, Guido Reni. En su maleta tres libros absurdamente empa-
cados: 1984, *Así habló Zaratustra* y *El retrato de Dorian Grey*. Ninguno abierto. Todavía en España la adquisición en una librería del *Discurso del método* de René Descartes.

Varios recorridos por la zona aledaña del Castillo de S'Antgelo, el río fluyendo tranquilo bajo el puente por la tarde, el polvo de los olivos flotando en el aire, los anchos caminos de piedra y de ladrillo. El Coliseo, el Panteón, el Arco de Constantino, la Fontana di Trevi y el Foro romano infestado de gatos callejeros, todo bajo un intenso sol de verano que los empuja a comprar un gelato en la esquina más cercana.

Tren a Florencia. Al llegar a su destino, un hombre que se ofrece a ayudarles con las maletas. La madre y el hijo bajando del vagón, a punto de entregárselas. La afortunada reacción del padre señalándoles su error. La súpita desaparición del fulano cuando voltean. Un taxi que les cobra veinte euros y que sólo los marea dándoles vueltas, antes de dejarlos a tres cuadras de la estación. Poco que ver en Florencia. Maravillas todas: la catedral de Santa María del Fiore, los callejones, el Ponte Vecchio (que sale en todas las postales y en todas las fotos de Facebook que la gente se toma cuando viaja). Tres horas de cola en la Galería de la Academia para ver al David.

En la Plaza de la Señoría, frente al Palazzio Vecchio –ese cuadrado de ladrillos que parece la proa de un barco pirata de donde sobresale una torre solitaria con un reloj–, un desfile de estatuas, entre ellas una réplica del David. El análisis de menús colocados en las entradas de los restaurantes. Para pronto, una mesa solicitada por la madre. *Quanti?* La señal con los dedos de que son tres, ellos dos y el padre que está mirando los precios del restaurante de al lado. La carcajada del mesero dirigida hacia su colega. *Il figlio, è uguale a suo*

papà! La frase repetida varias veces, combinando el español con el italiano, para hacerse entender. La confirmación apodíctica de su compañero. *Il figlio, è uguale a suo papà!* Risa general. Sonrisa sardónica del padre antes de proferir: *Y el papa, iguale al David!*, señalando la réplica a la vista de todos. Más risa de los meseros al captar la broma. Algo dicho entre ellos. “Este güey” o su equivalente en italiano.

Dato importante omitido hasta aquí. La colombofobia de la que padece el hijo. El viaje, todo un suplicio por la peste de palomas europeas, a diferencia de donde vive en México. Uno de los peores momentos: precisamente la comida en la terraza de este restaurante. Las mesas cubiertas por manteles rojos que llegan hasta el piso y las palomas pasando desapercibidas y deambulando por debajo de ellas. Demasiado estrés y ansiedad. Piernas cruzadas y dobladas sobre la silla, por miedo a bajarlas y sentir que una paloma lo roce o lo picoteé. Tremendo placebo, toda una traición mental. Cuarenta minutos así. El pavor pudiendo más que la falta de circulación sanguínea.

Venecia, atestada eternamente de turistas. El Xochimilco de Europa. Góndolas, la plaza y la Basílica de San Marcos, antigua y rupestre. Tantas palomas aglomeradas y amontonadas en la plaza. El hijo a nada de una crisis nerviosa. La certeza de que si da un paso hacia cualquier dirección pisará una.

Y por último, París, *la Ville Lumière*. La Ópera Garnier cada mañana como primer punto de su recorrido diario, tomándole foto desde el nivel de la calle o desde el segundo piso de un autobús turístico. Las Galerías Lafayette, repletas de tiendas departamentales, de artículos de moda, ropa, perfumes, relojes y cuanta cosa. Canciones que evocan y capturan la esencia parisina. La reproducción en el iPod del hijo de “In France” de Frank Zappa.

They got d-d-diseases

*Like you ain't ne'er seen
They say they got a MISTERY BLOWJOB
Turn your peter green
Down in France
(A-a-ain't that sumthin')
Way down in France
(Said down in France)*

En cada esquina, los siniestros *clochards* con sus nueve gatos –algunos de ellos incluso con cunas o camas propias– girando el organillo con un rostro que sugiere una trágica historia de fondo; el andar torpe y macabro de las palomas por las calles vacías a primera hora de la mañana o dormidas con el plumaje hecho bola y erizado, en el agujero de algún techo, siempre en los sitios más recónditos e inhóspitos.

Por insistencia del hijo una visita al cementerio del Père Lachaise, porque ahí yacen los restos de Jim Morrison y una centena de otras figuras célebres como Oscar Wilde, Frederick Chopin, Honoré de Balzac, Jacques Louis-David, Miguel Ángel Asturias, Pedro Abelardo, María Callas, entre otras. En el camino de ida el Moulin Rouge visto desde fuera. Una sensación distinta. Mayor presencia de inmigrantes y negros y menos turistas que produce desconfianza e inquietud en los padres. Al final, un conductor de taxi que los levanta y de ahí a Sacré-Coeur.

Otro día dedicado al Louvre (la Venus de Milo, la Victoria de Samotracia, las bodas de Caná, la Gioconda, Diana después del baño...), el Sena, Notre Dame, otro día aparte para los Campos Elíseos, el Arco del Triunfo y la Torre Eiffel. En una ocasión, un descanso en un pequeño bistró. La iniciativa del hijo por ordenar un postre en francés. Lectura a medias del platillo que dice *pomme*, ignorando la especificación *de terre*. Resultado: la ingesta de un pastel de papa. Cata de *escargots* en otro restaurante. Asociación inmediata con la pancita del menudo.

Su hotel en el XIXème. Cada noche solicitud de la llave y luego la entrega en la recepción por la mañana al salir, siempre con disgusto el padre, indignado por la higiene del lugar. La llave arrojada o depositada con desdén sobre el mostrador, sin intercambiar palabra alguna con el dueño, y éste, ni la más mínima reacción, acostumbrado a que ocurra todo el tiempo. En su mayoría, tardes frescas, con viento y llovizna. A pesar de las nubes, una claridad lúcida que rige el cielo.

Vuelo de regreso a México desde París, después de tres semanas agotadoras vistiendo huaraches, shorts y cachuchas, levantándose cada día lo más temprano posible, absorbiendo frenéticamente todo lo que sus sentidos pudieran, yendo de aquí para acá en autobuses, trenes, aviones, paseos, recorridos turísticos con guías, pendientes de no perder sus documentos y carteras, temerosos de ser estafados o timados, cansados, exhaustos, pero felices con esta probadita del viejo continente.

Pero lo que concierne a esta historia: un episodio que se produce en Sevilla, justo después de pasar por Toledo. El hotel en el que se alojan, el Hotel Casa 1800. Modesto y práctico, en un rincón que invita al descanso, con un vestíbulo placentero, de fácil acceso a los callejones. La primera noche un espectáculo de flamenco en un bar acalorado y sofocado que parece la sede de una pelea clandestina y el sudor de todo mundo como si no hubiera mañana. Al día siguiente, deambulando por la ciudad, un golpe de calor que tiene al hijo al borde del desmayo, alucinando con los azulejos moriscos azules de las fuentes.

En algún momento, la llegada a orillas del Guadalquivir. En su margen izquierdo, la famosa Torre del Oro, entre el río y el Paseo de Cristóbal Colón, envuelta por árboles y palmeras que sobresalen majestuosamente. Pausa un momento para admirar el paisaje, el día diáfano y tropical, reluciente

en alta definición. Sentado en el borde de unos escalones un hombre a solas leyendo un libro. A punto de marcharse, la gran idea del padre y de la madre de pedirle que les tome una foto por favor.

El hombre, más que dispuesto a fungir de guía turístico, informándoles:

que esta torre almohade, de 36 metros de altura y 15.20 metros de diámetro, cuyo primer cuerpo (polígono de doce lados con sillares de piedra, argamasa y ladrillo, una galería de arcos ligeramente apuntados, ventanas ciegas, y almenas y merlones que terminan en remate piramidal) terminó de construirse el 24 de febrero de 1221, tras un año de labores; que en un principio era la única parte de la torre y servía una función defensiva del puerto, principalmente de vigilancia; que se trataba de una torre albarrana, es decir, que era parte del recinto fortificado, pero de manera exenta, no adosada a la coracha, conectada por un arco que podía ser fácilmente destruido si caía en manos de los enemigos;

que cerraba el paso al Arenal por medio de un tramo de la muralla que la unía a la Torre de la Plata;

que el conjunto defendía el Real Alcázar;

que hoy en día tanto la muralla como el arco han desaparecido;

que el segundo cuerpo (ladrillo con decoración de cerámica, arcos de medio punto ciegos) fue construido a mediados del siglo XIV por orden de Pedro I el cruel;

que el tercer cuerpo (cilíndrico, cubierto por una cúpula dorada semiesférica con tejas de cerámica vidriada, estilo barroco) fue erigido en 1760 por el ingeniero militar Sebastián Van der Borch como parte de las obras de restauración tras el terremoto de Lisboa de 1755, cuyo alcance impactó también a la ciudad de Sevilla;

que ha sido restaurada varias veces desde entonces;

que hay muchas leyendas en torno al nombre de la torre;

que porque aquí llegaba el oro procedente de América;
que porque aquí Pedro I guardaba tesoros de oro y plata;
que porque tenía un revestimiento de azulejos que reflejaban los rayos del sol;
que recientemente unos científicos han aseverado que el brillo se debe a una mezcla de mortero de cal, arena y paja prensada;
que desde el basamento de la torre había una cadena que cruzaba el río, impidiendo el paso de otras embarcaciones;
que lo cierto es que había una pasarela acuática formada por varias naves unidas por una cadena y que en 1248, la flota comandada por Ramón de Bonifaz logró romper la línea, y así, Fernando III el Santo pudo reconquistar la ciudad y que dicha hazaña quedó immortalizada en el escudo de Cantabria y de otras localidades como Santander, Avilés o Castro Urdiales; y que a lo largo de la historia ha sido torre defensiva, capilla real dedicada a San Isidoro de Sevilla, cárcel, almacén de pólvora, oficinas de la Capitanía de Puerto y Comandancia Naval, depósito de archivos, y hoy en día, sede del Museo Marítimo.

¿Y vosotros de dónde nos visitáis, si puedo preguntaros?
De México, la respuesta del padre.

Cambio repentino de expresión. Rostro descompuesto. Lluvia de disculpas sinceras y de todo corazón por la Conquista.

Lamento en serio lo que les hicimos a nuestros hermanos... En serio... No tenéis idea.

El intento de intervención del padre, justificando y casi agradeciendo la riqueza cultural del mestizaje. El hombre, mejillas coloradas y cachetes inflados conteniendo el llanto, lágrimas en las cuencas de los ojos, a punto de sollozar como el hijo sólo ha visto que suceda en las caricaturas, algo entre una pésima y una excelente actuación. Vuelta a sí mismo, compostura, el comentario de otros datos y fechas his-

tóricas y una mención del libro de Antonio Machado que está leyendo. Otros versos, no el famoso “Caminante, no hay camino, se hace camino al andar”.

Todo este tiempo, el hijo nervioso sin saber exactamente por qué. Rodillas temblando, sobre todo cuando el hombre se dirige a él. Ninguna respuesta formulada ante sus intervenciones, por más que lo intenta incluir en la plática. La sensación de que algo no cuadra y el presentimiento de que algo inminente va ocurrir, algo terrible que sus padres no alcanzan a ver. El deseo de salir corriendo sin dejar que pase un minuto más, un minuto que puede terminar costándoles caro. Pero después de tantas cortesías y de tan buen trato – como nadie se los había dado en todo el viaje– la pose para la foto, con el hombre metido por completo en su papel de fotógrafo, dándoles indicaciones precisas sobre dónde ponerse. Enmarcados en el visor. ¿Listos? Una pausa lúgubre, inquietante (o al menos así interpretada por el hijo) y el hombre diciéndole a él directamente:

Mira, mira, porque recordarás este momento por el resto de tu vida.

La piel erizándose. Luego el botón de la cámara presionado para capturar la foto y, después de todo y hasta la fecha, el hombre teniendo razón.

PERLA NEGRA

Era una perla nadando en un mar de gasolina. Más que casa, la propiedad de los Ferro parece country club. Difícil pensar que sólo viven cinco personas en todo este espacio. Afuera los carros hacen fila para dejar gente como ceremonia en salón de eventos. Acompañado por mi vecino, cruzo la puerta del jardín que está abierta. Hay una cancha de basquetbol con porterías, al fondo una alberca hundida con luces. La construcción asemeja un palacio o un ex-convento, con su zócalo rodeado por muros y paredes cuadrangulares, sostenidos por arcos y columnas. Detrás de uno de los arcos está el bar, o más bien, las mesas de plástico con todo el alcohol que la gente ha traído.

Mi boca está seca de tanto caminar. Me acerco con el Omaha, un sujeto enorme con pelo corto chino y lentes que juega americano y que según esto una vez rompió el récord de los Ruddy's al comerse siete dogos de 30 cm en una sola sentada. Le pido que me dé algo, lo que sea, mientras se da un tiro para servirse del barril.

Pinche gente no sabe usar la manguera, por eso sale pura pinche espuma, se queja conmigo.

El wey husmea la mesa buscando el alcohol más prescindible y termina por servirme un poco de Malibú. Siento el licor de coco rasposo y áspero en la garganta.

Me pongo a inspeccionar quiénes están en la fiesta. Todo mundo, prácticamente. A lo lejos la veo hablando con alguien y cruzamos miradas. Ella se apoya en un pie y hace la seña de amor y paz con una sonrisa oblicua y los ojos entrecerrados. Yo le devuelvo el saludo, sorprendido por su exceso de emoción y entusiasmo.

Estoy tratando de conseguir un vaso cuando ella se aproxima a la mesa desesperada por servirse. Llega a mis espaldas y dice “¡Hola!” de una manera abrupta y llana, como algo que acaba de recordar o como si me reconociera pero no del todo. Me había dicho que no bebía, pero la veo empujarse la botella de vodka y servirse un vaso a la mitad. Luego se va apresuradamente, atravesando el patio de la misma manera que un sonámbulo atraviesa una pared de cristal, topándose y saludando a todos como si llevara años sin verlos, derramando el vaso en cada encuentro.

Me mezclo entre la gente y ando de bolita en bolita. Voy a la mesa de las bebidas por más hielo y me la vuelvo a topar. Le digo algo que al parecer no alcanza a escuchar porque tarda tiempo en responder con un tono frenético y desfasado.

La noche es un ir y venir en espiral. El tiempo que interactúo con ella y los ratos en que la pierdo de vista sólo para verla aparecer de nuevo y hacer la seña de amor y paz, saludándome como por primera vez.

Por fin decido acercarme a ella directamente. Por suerte, sus amigas se dispersan mientras voy aproximándome.

¿Qué no no tomabas?

¡No, no tomo!

Ayay, ¿y ese vaso qué?

Ay tú también estás tomando.

Sí, pero yo nunca dije que no tomaba.

Jajaja, qué tramposo.

Jajaja, qué, no es trampa.

[...]

¿Y con quién viniste?

Con mis amigas, con ella, con ella, y con... ay ya no la veo, pero por allá anda. [...] ¿Y tú cómo te viniste?

¿Yo? Con mi vecino, nos vinimos caminando.

Ayay, ¿a poco sí?

Sí, y luego tuvimos que entrar por la otra caseta, rodeamos todo por allá...

Todo es jijijí-jajajá-gluglulú. Ella saliendo en todas las fotos, bebiendo de su vaso y retándome a beber.

Ya no tengo, le digo, sacudiendo el vaso bocabajo.

Vamos por más, yo sé dónde, y me agarra del brazo, jalándome tras de ella.

Bajamos unos escalones y entramos a una sala de juegos con mesa de billar, sillones, alfombra roja y un televisor inmenso. Ella agarra una botella abierta, se la empina y me la pasa.

¿No habrá problema de que estemos aquí? pregunto mientras le doy un trago a la botella.

No, no, no, no pasa nada.

Nos estamos un rato más hasta que Ferro baja junto con otro invitado y con reposo nos dice que, en efecto, no podemos estar ahí.

Se pone más y más peda. Le empiezan a hacer efecto los drinks que tomó. Al final de la noche, quién sabe cómo, terminamos sentados en una banca hablando incoherencias. Siento que la gente nos ve raro, juzgándonos. Es entonces cuando llega Ferro de nuevo, a cuidarla o a proteger su propiedad. Una indirecta para que me largue. Estoy atrapado en medio de los dos, Ferro a mi derecha sonriendo y conte-

niendo su enojo, no sabiendo cómo afrontar la situación, y ella a mi izquierda reteniéndome cada vez que intento irme.

Qué casa tienes, Ferro, es de lo que estábamos hablando, como Hogwarts...

Esa noche llevo a un par de borrachos a sus casas en un carro que no es mío y sin licencia.

FUGA

Ya estaba muy pedo. Pinche ruleta de chots. Sabor de plátano, a quién se le ocurre, de verdad. Se levantó de la mesa casi en automático y se dirigió a la parte interior del bar. La fila para ir al baño se amontonaba a lo largo del pasillo, los clientes recargados contra la pared. Agarró su turno, pero en lugar de estarse quieto volteaba para todos lados y cuando dejaba de hacerlo cabeceaba involuntariamente. La fila parecía no avanzar ni un centímetro.

Por alguna extraña razón el baño de mujeres estaba vacío. Más de uno se vio tentado a usarlo. Cuando llegó su turno, la puerta del baño de hombres se abrió y alcanzó a ver que había un mingitorio y una taza. Una vez dentro le hizo un gesto al wey que seguía en la fila de que pasara con él a orinar. En solidaridad, dadas las circunstancias. Como vio que no le hacían caso, entró y orinó en el lavabo.

Al salir, regresaba a su mesa cuando los dos weyes que seguían en la fila lo increparon.

¿Qué te pasa, wey? ¿Qué traes, pinche joto?

¿Yo? Nada, ¿por qué?

¿Por qué le hiciste esas señas a mi compa? ¿Te lo quieres coshar o qué?

¿Qué? No, pues yo nomás vi que como...

¿Cómo qué? Ya dilo, we. ¿Eres pinche joto o cuál es el pedo?

No, no, es que yo nomás...

Te lo querías coshar, no te hagas pendejo, a ver, wey, agárralo.

Salió corriendo por la puerta principal del bar. Pudo ver que las dos personas con las que venía se dieron cuenta vagamente de la situación, aunque nadie se inmutó. Cada quien andaba en su pedo.

Afuera lo corretearon por todo el callejón. Dieron vueltas y vueltas, hasta que logró que le perdieran la pista. Encontró refugio por un momento en el estacionamiento al lado de la plaza, frente al parque. Estuvo un rato ahí sin saber qué hacer hasta que decidió volver al bar. Tal vez los sujetos se habían cansado y se habían ido.

Apenas iba entrando de regreso al callejón cuando se toparon de nuevo.

¡No mames, ahí está el pinche joto, agárralo a la verga, wey!

Lo persiguieron de nuevo y esta vez lograron sujetarlo y apoyarlo contra la pared de un edificio.

Ya dinos, wey, al chile. ¿Por qué hiciste eso?

¿Hacer qué? Yo nomás le estaba señalando que entrara para orinar.

Ay sí, cabrón, seguramente, pinche joto mañoso.

Nunca comprendió por qué no le hicieron nada. Sólo estuvieron ahí, interrogándolo y amenazándolo, a punto de que todo estallara. No fue muy difícil soltarse y escapar cuando se distrajeron por un momento. Lo siguieron buscando con torpeza. Él los veía de lejos, detrás de un árbol

o de las llantas de un carro. Alcanzó a hacer una llamada y dio indicaciones. No preguntes, sólo ven.

Llegó hasta el Dairy Queen que estaba sobre la avenida, a un par de cuadras. Ahí se metió entre unas palmeras por miedo a que volvieran a aparecer.

Cuando llegó el carro, el conductor lo vio salir de entre las palmeras y meterse apresuradamente por el asiento del copiloto.

¿Pues qué pasó?

CAPRICORNIO

Enero 2015 fue el año que adquirí mi calendario Tecate. Lo busqué en dos expendios y el empleado de uno que está en la División del Norte me lo dio a cambio de nada y yo no podía creer su generosidad, pero antes de eso llevaba algunos meses de nini, preparándome para el examen de admisión de la UNAM.

Una noche salí con Angles y fuimos a El Callejón. En el corredor de los bares me topé a varios de la prepa y me invitaron a casa de Adriana. Les dije que tal vez les caeríamos al rato y nos fuimos al Dr. Aracles, que ahora es el Cuartito Hawaii, porque El Callejón estaba hasta el huevo. Nos sentamos cerca de la entrada y pedimos una cubeta. Me fondeé la primera cerveza y cotorreamos las siguientes dos horas. No teníamos plan así que decidimos ir a lo de Adriana. Cuando llegamos todos estaban afuera en el patio. En una mesa había servicios y botellas y yo me serví un vodka con Sprite. Estaba Sofía, Denisse, Óscar, Sammy, Ari, y no recuerdo quién más. Alondra. Me senté junto a ella en una bardita y me uní a la plática en semicírculo. Recuerdo que el vodka, destilado que nunca tomo y que siempre ha sido mi criptonita, me puso

sumamente extrovertido e insoportable con apenas dos vasos. Siempre me había llevado con Alondra, pero esa noche en particular, quién sabe por qué, me puse muy llevadito, lanzando bromas obscenas que ella ignoraba o que de plano le pasaban de largo, y me la pasé pretendiendo y jugando a que éramos pareja. Como de costumbre, Angles me regresó a mi casa y me quedé dormido en el sillón de la estancia viendo Telehit mientras me desvestía.

La verdad es que no había pensado mucho en Alondra desde que nos graduamos. Me la había topado un par de veces en reuniones y siempre se veía muy bien. En especial, me gustaban sus piernas que eran cortas, pero firmes, lo cual, paradójicamente, hacía que tuvieran un aspecto alargado y elegante. Una fue en una albercada en casa de Denisse, llevaba un minishort blanco y una blusa de tirantes y le terminé dando ride a su casa temprano. La otra fue en el Luluk, traía puesta una blusa negra con mangas y cuello largo, falda dorada con lentejuelas y tacones abiertos. Ah y también aquella vez en la fiesta de Halloween en casa de Ferro en donde fue disfrazada de Lily Allen y yo me la pasé toda la noche echándole el humo de mi cigarro en la cara, preguntándole si sabía lo que eso significaba.

En la prepa éramos muy amigos, pero jamás me llevé así con ella. De nuevo, quién sabe por qué. Se sentaba a mi lado en clase de francés y yo me sentaba atrás de ella en Economía. En una ocasión me pidió que le recomendara algo que leer y le sugerí “El Aleph” de Borges y “Circe” de Cortázar. Luego otra vez tuvimos que preparar una presentación para francés. Ella la hizo sobre Subway, que porque le gustaba mucho. Nunca logré entenderlo. Y después, para un proyecto de la misma clase, tuvimos que cocinar un postre típico de una región o provincia francesa. Nos juntamos en mi casa y Sebastián y yo nos fuimos a la sala a ver un partido de la Liga MX mientras ella se quedó sola en la cocina dándose

un tiro con el pastel. También recuerdo que cantaba en el grupo de la escuela y que tenía buena voz.

Pero ahora, la emulación del amor había causado que me enamorara de ella sin esperarlo.

Al día siguiente de la reunión salimos. Pasé por ella alrededor de las ocho y deambulamos un rato por la ciudad buscando algún café al cual ir, pero como era domingo todos estaban cerrando temprano. De pronto ella recibió una llamada de su amiga Jennifer preguntándole qué andaba haciendo y si no queríamos (quería) caerle un rato a su casa. Cuando Jennifer abrió la puerta y nos invitó a pasar, la sala daba la impresión de que había estado ahí todo el día echando hueva. Sacó media docena de chingaderas (helado de vainilla, dos bolsas de papas, galletas, chocomilk), nos prestó cobijas y puso una película de terror malísima en Netflix. Más tarde llegó su novio con una pizza innecesaria.

A mis dieciocho años de edad nunca había estado en una relación y precisamente había evitado este tipo de escenarios de parejas que viven en la pachorra. Aunque, al mismo tiempo que rehuía a esta lenta y miserable capitulación, me daba curiosidad experimentarla. Se sentía raro porque Alondra y yo sólo éramos amigos. Pero tal vez con la persona correcta uno aprendería a valorar y disfrutar los placeres simples de un noviazgo tradicional. Y es que cuando estaba a solas con Alondra me sentía libre y en mi elemento de bromear y decir lo que fuera, a pesar de que constantemente interpretaba una versión más valemadrista y pesada de mí mismo, como si por inercia fuera más sencillo actuar como un personaje. Por ejemplo, Alondra se la pasaba llamándome borracho y que sólo me la vivía pensando en tomar. Yo le respondía, citando a Stephen King, que un borracho es alguien que bebe tanto como tú, pero que te cae mal. A pesar

de todo, yo intuía una conexión especial entre nosotros y que nos lográbamos dar a entender a nuestro modo.

La cosa con Alondra es que por alguna razón sui géneris tardaba siglos en contestar por WhatsApp, ya fuera un mensaje importante o uno sin relevancia. Podían pasar cuatro días para que te respondiera con un *Hola* y luego otros dos para decir *Bien y tu*. Estaba en el semestre cero de Medicina, pero tampoco era para tanto. Bueno, los médicos siempre han sido así de alienados. Esto hacía que fuera muy difícil concretar cualquier cosa: una declaración, una confesión de amor, una plática fluida, acordar salir a algún lado. Era como cruzar el desierto en camello.

La próxima vez que nos vimos las caras fuimos a ver una de la trilogía de *The Hunger Games*. Quién sabe cuál de todas. Yo no entendí nada, aunque tampoco le presté atención a la película. Previo a que comenzara la función ella desbloqueó su celular y por instinto miré de reojo y vi que tenía unos cuarenta chats en WhatsApp sin abrir, lo que me hizo ver que no era el único que batallaba para que le escribiera. No sé si eso me hacía sentir mejor, peor o igual.

Viendo que la cosa no iba a prosperar por ahí y cansado de esperar una eternidad, resolví irme recio en nuestra siguiente cita y poner las cartas sobre la mesa. Le propuse llevarla a cenar. Había sido su cumpleaños recientemente. La recogí en su casa y nos dirigimos a un restaurante italiano discreto y acogedor que yo conocía, pero estaba hasta el huevo y ninguno de los dos tenía hambre en realidad. Ella sugirió un café que estaba por su casa y cuando llegamos ahí estaba casi igual de lleno que el restaurante. Ya estábamos por irnos cuando ella alcanzó a ver a Lisa, de la prepa, en las mesas de arriba, en una cita, y se le hizo una buena idea ir a incomodarla.

Yo pensé que sería algo rápido, pero terminamos sentándonos con ellos. Nunca he sabido qué opinión tenía Lisa de

mí. Con su *resting bitch face* era difícil determinar si le caías bien o si pensaba que eras un pendejo. En este caso, fue más lo segundo que lo primero. Al principio yo creí que andaba de mamona porque habíamos llegado a interrumpir su cita y se estaba desquitando conmigo en lugar de hacerlo con Alondra, pero luego me di cuenta de que más bien me estaba juzgando –percatándose mejor que Alondra de lo que estaba sucediendo entre nosotros– por salir con su amiga. Era demasiado obvio, nunca antes nos había visto salir juntos y aparte yo iba demasiado arreglado para la ocasión, pantalones de mezclilla, zapatos, camisa, chamarra de piel y hasta me había puesto gel en el cabello. Saber esto sólo me volvió más autoconsciente y cohibido y empecé a sudar como cerdo. Entre más trataba de no pensar en ello o de concentrarme en otra cosa, más sentía mi piel pegarse al cuero de la chamarra. Todo estuvo muy raro e incómodo. No logré decir nada que me dejara bien parado ni aporté algo que no me hiciera sonar como un meco todo nervioso. Gracias a Dios, Alondra pareció no advertirlo. Miles de inseguridades volaron por mi mente poniendo en crisis todo por lo que hasta entonces me había esforzado. ¿Funcionaríamos como pareja? ¿Era esto lo que yo quería en realidad? ¿Soportaría convivir y pasar tiempo con sus amigos? ¿Ellos me aguantarían a mí? ¿Y qué hay de su familia? ¿Qué dirían ellos? ¿Me aceptarían? Tal vez sólo sus hermanos. O quizás nadie. Si no soy capaz de pasar esta simple prueba, a lo mejor todo esto es un grave error, pensé.

Por suerte el café estaba a punto de cerrar. La gente se levantó de sus asientos para tirar sus chais al bote de basura. La noche no estaba saliendo para nada como yo había planeado, pero al menos ya nos íbamos de ahí.

Al subir al carro ella me pidió si la podía dejar en casa de su tía. Estando a solas todo volvió a la normalidad, hablábamos y bromeábamos, jijijí-jajajá, y pensé que, como siempre,

me había precipitado ante lo sucedido en la cafetería. No sé cómo lo logró, tal vez fue su inocencia, pero me hizo sentir que todo estaba bien.

Me estacioné afuera de la casa de su tía y ella esperó en el carro en lo que le abrían el portón eléctrico. Cuando estaba por despedirse le pedí que me pasara unos trapos de la cajuela. Ella se bajó y abrí la cajuela desde mi asiento.

¿Cuáles trapos? Yo no veo ningún trapo por aquí...

Busca bien.

Al final dio con el ramo de rosas y al ver la reacción de sorpresa en su rostro supe que ahora veía lo que no había podido ver antes. Se acercó a la ventana del pasajero.

Muchas gracias, están bien lindas, luego hay que salir, ¿ok?

Me despedí y manejando rumbo a mi casa tuve la sensación de haber logrado algo importante.

Se atravesó Navidad y Año Nuevo y no dejaba de pensar en ella entre el frío de mi casa y versiones acústicas de Arctic Monkeys. Durante ese intervalo mis dudas sólo fueron acrecentándose. La dura realidad era que yo probablemente me iría en seis meses a vivir a otra ciudad y si ella pasaba el selectivo estaría empezando, ahora sí, su carrera como médico. A pesar de que la dinámica por mensaje seguía siendo la misma, me agarró en curva cuando me llamó por teléfono para felicitarme en mi cumpleaños. Me quedé pasmado y la conversación fue bastante desatinada de mi parte, fuera de ritmo. Ella sonaba más emocionada al respecto que yo, pero el gesto me confirmó que el obsequio del ramo de flores había representado un paso hacia adelante en nuestro cortejo. Mis amigos y yo nos juntamos en el Cincinnati a celebrar porque en ese entonces había una promoción los viernes en donde en la compra de una botella de Jack Daniel's te regalaban una de Jägermeister. Todos llegamos como a las

ocho, ocho y media, y estábamos chupando tranquilo de la de Jack, hasta que llegó el Ruso y se empezó a mamar la de Jäger como si fuera galón de leche. En medio hora le bajó casi la mitad a la botella, que hay que mencionar que no tenía canica, y se puso anal, queriendo entablar una conversación con la mesera, que se veía más incómoda que la chingada, sobre si sentía que había elegido la carrera correcta. Luego vino la torre de chots flameados con popote. El wey terminó vomitando en el contenedor verde de basura en el estacionamiento, la cabeza sumida en el bote y la comisura de los labios pegada a uno de los costados. Fue una noche para la posteridad. Tums se aventó una de las coacheadas más memorables de todos los tiempos, porque en ese entonces designábamos a un *coach* de la peda (que casi siempre era él), cuya función consistía en asesorarte para que tomaras más o tomaras menos, y luego, si era requerido, te exhortaba, con una sonrisa de oreja a oreja, a que *lo sacaras todo*, la guácara biliosa entre arcadas que duelen hasta el alma. Y esa noche vertiginosa desplegó toda su pericia porque anduvo cargando de casa en casa al bulto en el que se había convertido el Ruso, ayudándolo a que se parara y caminara y metiéndolo en el asiento del carro con la ventana abajo por si no había logrado, en efecto, *sacarlo todo*. Una cátedra en *coacheo* para la posteridad.

Al día siguiente era el cumpleaños del Ruso y para festejarse le pidió a Rodolfo Olivera que le prestara la casa de sus abuelos allá por la Deportiva. Yo le dije a Alejandro que precopéramos en mi casa desde temprano y que luego Angles vendría más tarde para llevarnos a la peda.

Fuimos a Alsuper por cheve y una botella de Jack y pedimos para llevar unas hamburguesas de Buffalucas. En la casa cenamos con nuestra caguama Miller y luego empezamos con chots. Nos los servimos en esos caballitos que son ligeramente más grandes que los normales. Cada uno se

tomó nueve o quizás más. Cuando llegaron Angles y Alderete todavía andábamos cuerdos, pero nomás salimos y nos dio el airecito de la Rosa de Guadalupe y valió verga todo.

Como es lógico, de ese blackout tengo muy pocos y vagos recuerdos. Desde que llegamos a la casa ya andaba bien fumigado, ya no era yo. Tuve largas conversaciones con personas en modo automático. Esa noche le di una nalgada a Sara, que me cacheteó justa y debidamente, a Trixi y al Ruso. Mis compas me sacaron a la calle a vomitar al pie de un árbol. Mi camisa terminó con manchas de baba, las rodillas de mis pantalones todas guasqueadas. Alejandro andaba igual o peor. Lo encontraron tirado boca abajo en el asfalto temblando de frío y lo metieron al carro de Menny.

De vuelta en la peda seguía haciendo mis pendejadas en el patio cuando me dio por entrar a la sala. Justo en ese momento Alondra venía cruzando el umbral de la puerta y distintamente, a pesar del nivel de alcohol en la sangre, la escuché preguntar por mí. La persona que estaba hablando con ella me señaló al mismo tiempo que yo me desplomé en el sillón. Alondra se sentó y acomodé mi cabeza en su regazo. Ella trató de que reaccionara sacándome plástica. Entusiasmado por la reciente adquisición del calendario Tecate sólo alcancé a balbucear *Capricornio...*

De esa peda nos corrieron los papás de Rodolfo. Tras lo ocurrido, yo intenté tomar el incidente con humor. Contrario a lo que esperaba, Alondra no manifestó molestia. Me respondió por mensaje con un *te pasaste* o algo por el estilo, pero a partir de ahí nuestra comunicación se enfrió. En el fondo, no creo que ella se imaginara con alguien a quien veía como un vil teporocho. En marzo, al regresar de una peda, revisé los resultados de la UNAM y vi que había sacado el puntaje necesario para filosofía. A mediados de junio me fui a vivir al D. F. Ella se cambió de carrera.

GNOMOS

Máquinas de escribir, armaduras de caballeros, barcos de madera, pipas de tabaco, gnomos de jardín. Parafernalia. Objetos que parecen pertenecer a una categoría exclusiva de la televisión y de la cultura popular. Expresiones que sólo existen en ese reino del doblaje y que uno repite sin saber qué quieren decir. *Sabandija, No hay moros en la costa, Adiós, mundo cruel, figaro-figaro-fiiiigaaaarooooo*. Acciones como arrugar una hoja de papel y aventarla sin mirar hacia el cesto de basura.

Con el paso de los años deja de pensar en todas estas cosas. De pronto piensa que le gustaría tener una máquina de escribir, pero ¿dónde conseguir una? ¿todavía las venden? La diferencia es que ahora está en la gran ciudad y ya no tiene que recurrir a anuncios inciertos del clasificado o a golpes de suerte en ventas de garaje.

Se conocen a finales de primer semestre. Viene de muy lejos y siente que su acento, entre otras cosas, lo aparta del resto de sus compañeros que ya se conocen por haber estado en la misma prepa o CCH. La mayoría es de la ciudad o al menos viven en la zona metropolitana. Hay uno que otro

foráneo pero nadie viene de un lugar más áspero y remoto que él. Por eso recoge sus cosas en cuanto acaban las clases y se esfuma sin quedarse a platicar en el pasillo, como lo hacen los demás.

Ella empieza a mostrar interés en él. Quedan en salir un viernes y van a Coyoacán. Se sientan en una banca y conversan por horas. De ahí empiezan a pasar mucho tiempo juntos. Ella va acoplándolo poco a poco. Se la pasan pegados los días que quedan del semestre, yendo a todos lados y haciendo todo juntos.

Después de presentar el examen de Lógica, el último del semestre, el salón va a festejar al centro. Todos beben demasiado. A ella se le ocurre declararle su amor. Él no sabe cómo reaccionar. Sospechaba que ella sentía algo por él y le atrae de cierto modo. Acepta todo como por inercia, como si lo que fuera a pasar fuera a pasar porque sí. El after termina siendo en casa de ella, en Izcalli. A la mañana siguiente, cuando todo mundo se va, se besan en la sala.

Un día después viene un amigo a visitarlo y pasan la semana en la ciudad antes de regresarse juntos a su rancho. Ella le escribe todos los días, a todas horas. Tanto que resulta un poco abrumante. Nunca había conocido a alguien que hiciera eso. A veces sostienen dos conversaciones simultáneas, por WhatsApp y por Facebook.

Empiezan a andar cuando él regresa, dos meses después. Nunca ha estado en una relación seria. Él piensa que salir con alguien es algo casual, como en las series: la gente se conoce, hay cierta atracción, empiezan a salir y ven cómo pinta la cosa. Pero evidentemente no es así en la vida real.

En los primeros cuatro meses no ocurre ningún problema digno de mención. Pero luego vienen las vacaciones de verano y él tiene que irse de nuevo. Ella sigue escribiéndole todos los días, a todas horas, con un tono más insistente,

con desesperación implícita. Él contesta los mensajes casi en automático; apenas lo hace, aparece uno nuevo al instante.

Vuelve después de pasar dos meses de vacaciones en su ciudad de origen. Ella no quiere esperar a que se vean al día siguiente. Él le manda mensaje en cuanto aterriza y ella toma un taxi hacia su departamento. Al abrir la puerta ella aparece con un vestido blanco y con fleco. Se abrazan.

Te ves diferente, dice él.

Ella mira este comentario con sospecha y no puede apartarlo de su mente en toda la noche. Trae un obsequio. Él toma la bolsa de regalo, abre el plástico y retira la envoltura de papel. Es un gnomo de jardín. Está hecho de cerámica y tiene un gorro rojo que cae con suavidad hacia uno de los lados, camión azul marino, pantalón verde oscuro, botas, cinturón negro con hebilla. Con la diestra sostiene una lámpara hexagonal dorada y con la otra carga un libro bajo la axila izquierda. Ella explica que lo compró porque él había mencionado en repetidas ocasiones que le gustaban los gnomos de jardín. Así que después de haber buscado por toda la ciudad lo encontró en los viveros de Xochimilco. De ahí lo había llevado en camión al departamento de su mejor amiga por Xoco, luego en taxi hasta casa de su mamá en Izcalli, y luego de vuelta hasta acá.

Él lo bautiza como el “Gnomo Nietzscheano” en honor al parágrafo 125 de *La gaya ciencia* (“¡Busco a un hombre!”) y lo coloca afuera del departamento en la terraza. Desde esta posición adquiere cierto dramatismo deliberado y custodia la entrada a la vista de todos los transeúntes.

Van a cenar a una taquería de barrio cerca en donde los tacos siempre están al dos por uno. Con la promoción, cada taco sale en seis pesos. Los clientes siempre se confunden porque piden el número de tacos que planean comer y los meseros lo marcan como el número de promociones. De manera que si alguien pide seis le traen doce. Por eso vale

la pena aclarar desde el inicio usando fórmulas como *¿Me puedes dar tres para seis?* o *Yo te encargo cinco para diez*.

Se sientan a comer. Ella, que siempre está hablando, permanece inusualmente callada, incómoda, con la cabeza en otra parte. Él intenta sacarle plática para disipar la tensión, pero resulta contraproducente. Se da cuenta de que está hablando por hablar. Sin saberlo, este episodio será sintomático de su relación durante ese semestre.

Como el amigo con el que compartía el departamento no quiso renovar el contrato, ella empieza a pasar más tiempo ahí, ya que ahora no hay impedimento para que se quede a dormir y demás. Pronto se hace visible la incompatibilidad. Surgen conflictos por cosas insignificantes que luego escalan a pleitos que duran horas y que al final ninguno de los dos recuerda por qué están discutiendo en primer lugar. En el fondo, el motivo principal es la noción de espacio. El hecho de que ella quiera estar pegada a él todo el tiempo, queriendo hacer todo juntos y yendo a todas partes sin despegarse el uno del otro. Siente que está perdiendo lo poco que le queda de individualidad, y por lo mismo, con más ahínco se resiste.

Por esas fechas, uno de sus mejores amigos se muda de intercambio a la ciudad y empiezan a verse los fines de semana o cada que pueden. Se desahoga con él entre latas de cerveza, contándole y quejándose de todo lo que lo tiene harto. Su amigo escucha y asiente, sin aportar gran cosa, aunque logra advertir en su rostro la gravedad del asunto.

Muchas de esas peleas alcanzan ese punto de disolución en donde, por lo general, las parejas tiran la toalla y dan por terminadas las cosas. Pero sucede algo extraño. Por alguna razón nunca se puede concretar la ruptura. Más que nada porque ella reacciona de un modo extremo, como si el mundo se fuera a acabar, como si le apagarán las luces. Crisis de

ansiedad, ataques de pánico o episodios de disociación ante los cuales él no tiene la más mínima idea de qué hacer.

En una ocasión están en el departamento cuando tienen una de estas discusiones de rutina. Él dice que ya no puede más, que ya no sabe qué hacer, que tienen que terminar. Con el rostro empapado de lágrimas, ella está parada junto a la puerta con el bolso y sus cosas en la mano, incapaz de dar un paso hacia afuera. La pierna le tiembla compulsivamente sin que pueda controlarlo. Tras varios intentos en donde él abre y cierra la puerta, ella por fin sale disparada a la calle, errática, como si no supiera a dónde ir o qué hacer. Por lástima o por compasión o por inexperiencia o por un falso sentimiento de responsabilidad, él sale tras de ella sólo para asegurarse de que esté bien, de que no cometa ninguna estupidez, porque siempre que están a punto de cortar, ella le transmite una sensación inquietante y fatalista de que, si las cosas se acaban entre ellos, algo funesto va a ocurrir y será su culpa.

La sigue por las calles, la pierde de vista, la vuelve a encontrar, recorren toda la avenida una y otra vez de arriba abajo, al ritmo de un vals torpe en donde él la alcanza, la deja, ella se detiene, le grita reclamándole algo y la escena vuelve a empezar *da capo*, incapaces de desprenderse por razones y motivos que nada tienen que ver las unas con las otras. Al final, el hartazgo o la desesperación o el cansancio les gana, dando inicio a una reconciliación paulatina que, al igual que la pelea, se extiende por horas.

Regresan por fin al departamento. Al principio no se dan cuenta de que el gnomo ha desaparecido de la terraza. Se quedan anonadados, porque claramente estaba ahí cuando salieron a la calle luego de haber discutido. Sólo se les ocurren dos explicaciones: o algún vecino del complejo había aprovechado ese preciso momento para hurtarlo –aunque el gnomo llevaba ahí meses y nadie se había atrevido a tomar-

lo, además, ¿quién querría un gnomo de jardín y para qué?—o el gnomo se había caído, pero entonces habría pedazos rotos en el piso de la terraza o al otro lado sobre la banqueta. Pero ahí no hay nada, ni un solo rastro.

Piensen una tercera vía, y es que, el gnomo, siendo una criatura mágica según el folklor y la cultura popular, se había escapado al verlos reñir. Escogen esta opción para satisfacer ese apremio de inteligibilidad común a todo *homo sapiens*.

Se van las semanas sin que nada cambie realmente. Hay momentos agradables, pero cuando las cosas se ponen mal, se ponen *muy* mal. Un día ella llega con la sorpresa de que le ha comprado otro gnomo. Su expresión (la del gnomo) es más amena, mira pensativo con ojos serenos y la boca como queriendo dibujar una sonrisa circunspecta. Está sentado sobre un tronco que es un columpio, viste una camisa rojo sandía y un sombrero verde limón. Con ambas manos sujeta las cuerdas del columpio y tiene un libro abierto sobre su regazo.

Le explica entusiasmada que ha hablado con el gnomo para que no se vaya en caso de que discutan. Asimismo, le ha prometido que no habrá más peleas así entre ellos.

Pasan los meses y pasan los años. De nada sirve porque el primer gnomo se fue.

RENATO

Dejando los estereotipos a un lado, no es lo que alguien se imagina cuando piensa en un profesor nativo de alemán.

Siempre me han resultado un misterio estas casas que parecen cabañas holandesas o alemanas en la Politécnico. Pasas La Salle, más adelante del Gelo's, y enfrente de la gasolinera ahí están en una cerrada custodiada por una fila de cipreses. Una casa grande en medio y a cada lado una hilera con dos formando un ángulo recto. He descubierto que el diseño no es del todo inusual y que se puede apreciar en varias casas regadas por Quintas del Sol.

Ese verano me encuentro de vacaciones en la ciudad, interesado en tomar clases de alemán. En parte estoy agradecido, pero harto de las limitantes de Duolingo, y la mensualidad de la única otra opción que he visto sale en un ojo de la cara, sin considerar el material didáctico que hay que adquirir. Y para colmo se enfocan sobre todo en preparar a alumnos interesados en trabajar para el sector de salud alemán. Mis intereses son puramente académicos. Me gustaría leer a Spengler o a Broch en su idioma original. No pido más y eso ya es mucho.

Por eso, al pasar un día por la avenida y ver la lona con certificación del Goethe-Institut colgada afuera sobre el portón eléctrico, decido frenar y anotar el número. Cuelgo después de una llamada breve y anónima y me presento al día siguiente poco antes de las nueve.

Afuera de la cochera está un hombre de aspecto aguileño como de sesenta y tantos con las manos en los bolsillos. Alto, bronceado, típica panza chelera, barba canosa de candado discreta y cuidada, el poco cabello que le queda a los lados relamido hacia atrás con gel. Viste mocasines cafés, pantalón beige, polo blanca, un reloj de plata en la mano derecha y lentes.

Ah, Hugo, me dice o me pregunta mientras acaricia su barba de manera misteriosa.

Sí. ¿Renato?

Sí, sí. Pasa.

La verdad es que nunca me queda claro si así se llama o si yo escuché otro nombre por teléfono. Todos se dirigen a él como “profe”. Y es que nada encaja con su historial. Más que alemán parece un señor chihuahuense de los que me topo en cantinas, alguien que aprendió el idioma y se forjó una identidad nueva.

Al fondo de la cochera, a la izquierda, una puerta blanca de madera da al interior de la casa. El salón de clases es la primera habitación a la derecha, apenas abres la puerta, das un paso y ya estás adentro de él. Ahí están distribuidos en círculo unos seis u ocho pupitres escolares de color azul. Fuera de eso sólo hay un ventilador, un clóset y unos estantes. Los alumnos, en su mayoría ingenieros que jalen para alguna maquila, trabajan de manera individual, apenas apartando la vista del libro. Cuando entro asumo que están respondiendo alguna prueba o ejercicio. Renato me señala un pupitre en donde puedo sentarme, saca unas copias del clóset y me pone a resolverlas sin ninguna otra indicación.

De no ser por el conocimiento rudimentario que poseo gracias a Duolingo, no sé qué hubiera hecho. Los juegos de ejercicios son tan pero tan viejos que la moneda sigue siendo el marco alemán. La mayoría de las preguntas que se repiten –y que por lo mismo parecen ser las más importantes– son *Rauchen Sie?* (¿Fuma usted?) o *Trinken Sie?* (¿Bebe usted?)

Mientras cada quien le da a lo suyo, Renato se sienta en un pupitre y pendejea en su celular. Cada quince minutos abre uno de los cajones del clóset y saca a escondidas un cigarro de una cajetilla, el cual esconde apretando su puño, y se sale a la cochera a fumar. Cuando vuelve escoge a alguien de manera aleatoria y le pregunta cómo va con los ejercicios. El alumno los repasa entonces uno por uno en voz alta y Renato asiente (*bien, muy bien*) o cuando alguien comete un error lo corrige, pero siempre como si la respuesta fuera la cosa más autoevidente del mundo (*Natürlich*). Este método tan contraintuitivo tiene, con todo, sus ventajas. Te fuerza a perder el miedo y a sumergirte de lleno en la lengua sin preservativo. Y también, como no hay distracciones ni nada más que hacer, no queda de otra más que concentrarse en responder página tras página de las copias.

Voy de lunes a viernes, de nueve a once de la mañana. De vez en cuando llega una señora toda apurada a dejar a un niño como de cinco o seis años. Renato lo llama “el pequeño Morfeo”, porque se queda dormido con la cabeza pegada a la banca. Cuando despierta, Renato le pregunta si quiere aprender algo o resolver algún ejercicio, pero la pregunta es retórica, porque la respuesta es siempre la misma y Renato nunca insiste. Lo último que le importa a la madre es que el niño aprenda algo de alemán, sólo quiere tener donde dejarlo por un par de horas. El niño duerme una siesta y Renato cobra sin hacer nada. Un arreglo que favorece a los tres, a final de cuentas.

Renato es simpático a su modo. Con todos se lleva bien. A veces los alumnos le sacan plática y él los entretiene con sus comentarios. Está casado con la Doctora, así le dicen, a la que escuchamos alistarse y desayunar algo rápido en la cocina antes de salir disparada a su trabajo. Tienen un Schnauzer gigante negro, Fritz, que siempre está acostado en el piso del salón y que nunca causa ningún problema. Cuando a alguien se le ofrece, usa el baño para visitas que está junto al salón, pero como es el baño de una casa y no de un instituto de idiomas, se siente como una violación a la privacidad de los anfitriones. Yo sólo me atrevo a usarlo un par de veces para sonarme la nariz. A los pocos días concluyo que este wey es un genio. No paga renta, quién sabe si declara impuestos, no invierte en material didáctico, no se rompe el coco planeando su clase, nunca hay algo que no sepa, tampoco gasta en gasolina, ni en servicios o en utilidades, nunca va tarde y, sobre todo, no le tiene que responder a nadie. A cambio de una porción de su espacio privado tiene el trabajo más envidiable del mundo.

Además de corregir monótonamente los ejercicios, de repente le da por preguntarte sobre tu vida personal, tus intereses.

¿Tú estudias en México, entonces?

Sí, así es.

Yo allá viví también. Estudié en el CELE, en la UNAM. Todo Insurgentes conozco.

[...]

¿Y de qué es la tesis que estás haciendo?

Sobre el resentimiento en Nietzsche.

Ah, Nietzsche... yo lo conozco muy bien.

Con este comentario siento que quiere reclamar esa superioridad a la que toda persona mayor se siente con derecho única y exclusivamente por tener "más experiencia" de vida.

¿Y qué significa el resentimiento en Nietzsche?

Vacilo. ¿Cómo explicar algo con lo que estoy tan familiarizado, pero de lo que nunca hablo con nadie? Tengo demasiada información embutida en la cabeza que no sé por dónde empezar a dar una respuesta clara y concisa que lo resuma todo en un solo párrafo.

Bueno, el resentimiento juega un papel crucial, en tanto que fuerza reactiva, en lo que Nietzsche llama la rebelión de los esclavos en la moral, en el primer tratado de *La genealogía de la moral*...

Todo esto le parece intrascendente.

La verdadera fuente del resentimiento en Nietzsche, dice, es biográfica. Tiene que ver con el resentimiento que sentía hacia su madre y hacia su hermana. ¿Tú sabes de eso? Por eso es que era un homosexual acomplexado. De ahí también el triángulo amoroso con Lou-Andreas Salomé. ¿Tú sabes de eso también?

Sí, con Paul Rée.

Exacto.

Pero al asentir no siento que haya escuchado el nombre de Rée antes. Hago referencia al libro de Paolo D’Lorio y mi impresión es la misma. Él asegura conocer todas las referencias que menciono, pero no ofrece pruebas ni añade algo más. Aunque quién sabe. Siempre soy demasiado generoso a la hora de otorgar el beneficio de la duda. Datos como que de niño a Nietzsche le decían “Fritz” me hacen titubear.

Sí, digo, ciertos datos sobre la vida de un autor pueden ayudar a iluminar una teoría o una postura filosófica, pero esta jamás debe ser reducida a ello.

Sé que esto le suena igual de ingenuo, como si la investigación seria fuera un andarse por las ramas.

Uno de sus pasatiempos favoritos es ir a pescar a la Presa Chihuahua. Los fines de semana se levanta a las cuatro o

cinco de la mañana, sube todo a la troca y se lleva a Fritz y a otro compa a pescar. *Fischen, fischen* con Fritz. Así dice él. En repetidas ocasiones me invita muy animado a que vaya con ellos, pero mi respuesta siempre es un neutro y vago *sí...*

Lleva más de treinta años viviendo en México y sus padres siguen vivos. Pero lo que les critica, lo que no puede soportar, es justamente su manera de ser tan alemana, es decir, tan cuadrada e inflexible. Se emputan y arman un lío si el repartidor no les entrega el periódico todos los días a la misma hora. Así esté nevando o granizando, así vayan a leer el maldito periódico o no. Que igual cuando han venido a visitarlo, los ha llevado a las Barrancas o a Creel, pero nada los impresiona, todo les parece cualquier cosa y sólo buscan de qué quejarse. Que a su hermano, cuando viene, no le gusta salir de la casa, nomás quiere estarse echado todo el día tomando cerveza. Que cuando su hermano se queda con él la señora que esculca la basura se pone muy contenta porque saca unos cincuenta botes de Corona diarios. Que cuando él ha regresado a Alemania para algún rencuentro con sus compañeros de la escuela lo único que hacen es beber hasta morir y reírse frente a la foto de algún pobre diablo que ya no está con ellos, como diciendo, pobre cabrón, no te tocaba, pero bueno, mejor a ti que a mí. Que por eso no le haya mucho sentido en regresar o en ir a ese tipo de reuniones.

Pero sin lugar a dudas el episodio más icónico ocurre un jueves. Al llegar, escucho mayor conmoción en la casa que de costumbre. Minutos después, una chava le pregunta al profe si ya se había ido la Doctora a México. Sí, se va todo el fin de semana a un congreso, responde Renato. Por eso mañana no va a haber clases, mañana *fischen, fischen* con Fritz.

No pasan ni quince minutos desde que se va su señora cuando se escabulle a la cocina y sólo se escucha:

Tsssss.

Ya de ahí vuelve bien disperso, yendo y viniendo de la cocina cada cinco minutos, como si no pudiera contener semejante sensación de libertad de adolescente al que le dejan la casa sola por primera vez. Yo estoy atorado con alguna cuestión gramatical y le pido ayuda. Renato saca unos palillos y los pone sobre el pupitre.

Acomódalos de manera que formen esta figura.

Y señala una fotografía en la que aparece una figura complicada, parecida a una pirámide. Lo intento varias veces, incluso estoy cerca de lograrlo, pero no puedo.

Cuando yo estaba aprendiendo español, empieza, como si hubiera cambiado el tema de conversación, no podía decir “catorce”. Simplemente me era imposible. No sé por qué, pero simplemente no podía. ¿Y qué hice? Tuve que inventarme otras maneras que me funcionaban a mí. Aunque las otras personas se rieran. Decía “trece más uno” o “trece y uno”. Así es con los idiomas, uno tiene que ver de qué modo se las arregla y cuando no se puede por un lado –agarra los palillos y los acomoda como prestidigitador, haciéndolo ver demasiado sencillo– hay que buscar otra solución.

Esto es ya casi al final. Me queda un par de semanas en la ciudad, pero ya no tengo ganas de ir a clase para ver con qué novedad saldrá ahora o para repetir el método mecánico de contestar las unidades de ejercicios. A pesar de que reconozco cierto progreso en mis conocimientos, cuestiono los principios de este plan de enseñanza. Le invento que voy a visitar a unos familiares en Hermosillo y que tal vez vuelva para la última semana que pagué. Dejo ambiguo el asunto. Y él acepta todo, como detectando mi mentira y dándome por mi lado.

Pasan los años y me percató de que ya no está la lona del Goethe Institut. Desde que entré, la sede en México estuvo haciéndosela de pedo que porque no estaba afiliado oficial-

mente y entonces no podía usar el logo por ser publicidad engañosa.

No sé si siga dando clases, la verdad, después de la pandemia y todo. Probablemente sí. A mí lo único que se me ocurre es que no hubiera estado tan mal ir *fischen*, *fischen* con él y con Fritz.

3 SEGS

Han pasado ya tantos ayeres desde aquella tarde de verano en la que quedaste de verte con Alicia en las nieves de garrafa Santa Isabel, ahí donde siempre han estado, frente a la Deportiva, porque aunque ya contaban con la mayoría de edad, la verdad es que Alicia apenas bebía y por eso si se veían era en restaurantes o en cafés, y en esta ocasión le expusiste, le presumiste, cabría decir, tu teoría de los tres segundos, una teoría pésima, superficial, sobre todo ahora vista en retrospectiva, pero que en ese momento defendiste a capa y espada con sobrada arrogancia propia de la juventud, tan segura de sí misma, bajo la influencia de series como *How I Met Your Mother* y porque el mundo y el amor y las relaciones y la sociedad eran otras, por más que resulte difícil creer que muy poco después todo cambiaría, de manera que expusiste esa teoría que afirmaba que tres segundos eran suficientes para enamorarse de alguien y además para saber si habría algo entre ambos o no y recuerdas que Alicia la cuestionó de buena fe, siempre tan buena y tan amable incluso cuando uno se pone a decir puras pendejadas, y tú firme en tu planteamiento, contraargumentando a favor de

esa teoría que habías ideado a raíz de esa morra que te gustaba y de la que no sabes si decir que estabas enamorado, Marcelita Rodríguez, a quien habías conocido porque Leo, uno de tus mejores amigos de aquella época, quería ponerla y andaba saliendo con Evelyn, una foránea de Delicias que iba en la misma carrera con él en el Tec, muy tajante, sin pelos en la lengua respecto de cualquier tema, incluida su sexualidad, o sea que no estaba acomplejada ni era mustia ni se hacía la santa, lo cual estaba muy mal visto por la mentalidad chihuahuista que imperaba y que todavía impera, aunque quizás un poco menos, y entonces empezaron a salir porque Leo sacaba la Mamavan, pasaba por ella, le pichaba chupe y cigarros y sacaba plan, y porque Evelyn aflojaba a veces, y, como se mencionó anteriormente, lo que Leo quería era ponerla, así que las cartas estaban más o menos sobre la mesa, una relación desprovista de sentimentalismo, como es fácil de ver, de momento era lo que había para los dos y Leo llevaba semanas hablándoles de esta morra, que si ya mero, que si que esto que lo otro, hasta ese viernes que te invitó porque iba a ir a una fiesta y Evelyn había invitado a Marcelita, su mejor amiga, también de Delicias, que estaba estudiando el semestre cero de Medicina en la UACH, entonces te pidió que tiraras paro, o tal vez vio una oportunidad ahí para ti y quiso compartirla, aunque de seguro no, porque lo primordial era, una vez más, ponerla, y si no falla tu memoria, ese día andabas con Damián, probablemente pisteanado en la cocina de tu casa, y más tarde Damián sacó el Batimóvil y agarró rumbo a San Felipe, donde era la fiesta, a pesar de que estaba cayendo una tromba impresionante, de aquellas que por nada del mundo quisieras andar afuera manejando, porque era imposible conducir entre tanta inundación y charco con agua sucia y estancada, de hecho lograron llegar por puro milagro y estacionarse en el parque de San Felipe, frente a la iglesia y frente a la casa de la fiesta

que al final se había cancelado, y el Batimóvil empezó a fallar cuando llegó Leo en la Mamavan blanca, con Evelyn y Marcelita, y en ese momento reprobaste la prueba de lealtad, pasándote del Batimóvil a la Mamavan, dejando a Damián ahí a solas con el problema del carro sólo porque él dijo que estaba bien, que no había pedo y porque sabías que no podías ayudarlo de otra forma, aunque debiste haberte quedado con él, al final tuvo que ir tu padrino, en medio de la lluvia y el caos, a ver qué pedo, y luego ellos fueron por René, el hermano menor de Damián, que andaba en una fiesta, al mismo tiempo que tú ibas dentro de la Mamavan, de vuelta a la cocina de tu casa, platicando con estas morras que se veían alivianadas, buen pedo, en comparación con muchas morras fresas, mamonas e inaccesibles con las que te topabas a diario y cuando llegaron y se instalaron en la cocina jugaron juegos de retos, de tomar chots de alcohol o de cosas asquerosas, pararse de cabeza contra la pared, lamer axilas, actividades que requerían cierto grado de erudición, ciertamente, pero también volados con una moneda y si le atinabas era un beso de piquito (en tu caso, con Marcelita) o uno de lengua (en el caso de Evelyn y Leo) y una cachetada si no acertabas, pero lo que no sabía Marcelita ni nadie de ellos es que Damián, a quien venías de abandonar en la lluvia torrencial, te había enseñado recientemente un truco para hacer trampa a la hora de lanzar un volado, muy sencillo, a la hora de atrapar la moneda veías rápidamente de qué lado había caído y luego lo volteabas o no dependiendo de lo que la otra persona escogiera y funcionó, no pensaste que funcionaría, pero así te diste un piquito con Marcelita, casi al final de la velada, justo antes de que Leo las llevara de vuelta a sus respectivos depas de foráneas y quedaras flechado de Marcelita, que esa noche llevaba pantalones negros de licra, una blusa azul marino de tres cuartos de manga, botas negras puntiagudas de gamuza, aretes, un reloj

grande en la muñeca derecha (lo cual siempre te ha parecido incómodo, que lo porten de ese lado), de Marcelita, a la que obviamente se referían en diminutivo por estar chaparrita, de tez blanca, cabello negro lacio y un ligero aire a Martha Higareda y tú preguntándote cuándo volverían a salir los cuatro o cuál podría ser la siguiente movida y aquí es donde quizás sería deshonesto de tu parte querer establecer ficticiamente la siguiente vez que se vieron, para que todo goce así de coherencia y sucesión cronológica, que de una A de Apertura siga una B de Bases, luego una C de Conflicto y finalmente una D de Desenlace y pues no, la verdad es que no sabes con certeza cómo o cuándo se dio la siguiente salida, pero dos cosas son ciertas, seguía la temporada de monzones y a veces quedaban atrapados dentro del carro en el parque enfrente de tu casa, esperando que en algún momento la lluvia amainara para poder llevarla de regreso a su depa allá en Campo Bello, lo cual se te hacía lejísimos, e incluso en una de esas se aproximó un oficial que no tenía nada mejor que hacer durante la tormenta que cerciorarse de que no estuvieran follando en ese escenario diluviano, y lo otro es que fueron salidas sin mucho éxito y más bien plagadas de mucha desazón, frustrantes, lamentables, pero vas a suponer que ella te pasó su Whats o que alguien le pasó el tuyo, como sería natural, y empezaron a hablar, pláticas forzadas, hablaban sobre Leo y Evy, así le decía Marcelita a Evelyn, o sobre la secundaria y la prepa en la que estuvieron en Delicias, que supuestamente tenía muy buen nivel y en la que ellas eran las alumnas ejemplares, lo cual a ti te tenía sin cuidado, definitivamente no las mejores conversaciones en esta primera etapa, porque así como hay un primer y un segundo Wittgenstein, también aquí hay dos partes, pero te estás adelantando, di mejor que la stalkeabas en Facebook antes y/o después de ser amigos y cómo recuerdas llegar los viernes de la pendeja carrera en Ingeniería

civil y pasar la tarde escuchando canciones en YouTube, una versión en vivo de “Sugar, We’re Goin Down” de Fall Out Boy o “Cocaine Blues” interpretada por Keith Richards y luego ponías “Michelle” de The Beatles de fondo a la hora de stalkearla porque ese era su segundo nombre y te gustaba más que Marcelita y de hecho así pasó un viernes de nervios en donde te animaste a invitarla a salir así de la nada, de improviso, y ella no te contestó en toda la tarde, hasta al final, diciendo que no iba a salir o que ya tenía planes y entonces saliste con Marta y Manolo Loera a El Callejón, y tú y Manolo pidieron unos tarros de Indio buenísimos, espumosos, servidos en una bota de plástico como acostumbran en Alemania y Marta fumando Bensons y tú que habías salido sin playera, nomás una sudadera de zipper encima medio abierta, porque pensabas que se te veía bien, por más que cuando le preguntabas a los demás su opinión ellos insistían en llevarte la contraria, y de repente que se aparece Marcelita en el callejón, no en El Callejón tal cual, sino en el callejón gracias al cual o por el cual El Callejón se llama El Callejón, en una blusa azul sin mangas, labial rojo profundo, pantalones negros, casi una réplica del atuendo de la primera vez, y los dos se miraron sorprendidos, saludándose de lejos, a lo mejor ella pensó, qué pedo, pensé que ya me había salido del rancho y resulta que aquí también la gente se topa en los mismos lugares, y fue chistoso también porque justo antes de verla le estabas platicando a Marta y a Manolo de ella, pero esto fue después, cuando ya había duda, incertidumbre, hesitación, antes de eso hubo la que probablemente fue, pero de ninguna manera te atreverías a aseverarlo, la segunda salida, porque todo esto empezó entre agosto y septiembre, la temporada para el amor, tiempo de lluvias y monzones, y entonces fueron a la novatada de Ingeniería en la Granja Nogatlán, casi enfrente de la casa en la que vivía Alicia en ese entonces, que también era tu novatada, pero tú no

hubieras ido de no ser porque representaba otra “doble cita” en una granja rodeada de puro bato a punto de chingarse veinte Tecate Lights, bastante incómodo o poco propicio porque notabas a Marcelita incómoda o tal vez aburrida, como si la hubieran arrastrado ahí, es más, como si las dos estuvieran ahí a la fuerza o por error, hasta te lo hizo saber un compa cuando te acompañó por una cerveza para ti y para Marcelita, ¿recuerdas?, y es que Marcelita tenía momentos recurrentes en los que se quedaba como paralizada, mirando al frente, muy seria, antes de reaccionar repentinamente con el intento de una sonrisa que devenía en la sonrisa más ecuánime y templada de la historia, casi de estatua griega, y además con mucha amabilidad, por lo cual nunca sabías si era algo genuino o si fingía, como justamente aquella vez, que estuvo para el olvido, como para tirar la toalla ahí mismo, y hasta a Leo le fue igual de mal, pero pues bueno, días buenos días malos, supones también que después las llevaron a una PHP (Party Hard Pito), una de esas pedas destructivas con pura gente alternativa y random en el San Fra, organizadas por una anfitriona traumada con *Skins* y Arctic Monkeys, igual de traumada con el AM que tú, y obviamente se ondearon, pero aun así no estuvo tan mal, fue gracioso más que nada, mucho mejor que la novatada, sobre todo para Leo, que se desapareció para ir a follar en la Mamavan y quién sabe cómo pero los guardias fueron a buscarlo y a llamarle la atención porque una vieja sin nada qué hacer y con mucha envidia dio el pitazo y Leo, siendo residente del fraccionamiento, fue reconocido por los mismos guardias que le dijeron, ya Leonardo, vete para tu casa, y en esa peda, en la que alguien llegó de repente con una piñata de Elsa de *Frozen* que desmadraste a golpes en la madrugada al ritmo de Foo Fighters, tú y Damián se quedaron a dormir y en compañía de otros asaltaron el refri para hacerse unos sándwiches y tomar chots de tequila y cuando desper-

taron a la mañana siguiente en los sillones de la sala repararon en el suelo todo chicloso de tanto pisto derramado y papel periódico pegado al parquet, y sin embargo, a pesar de esas salidas mediocres, hubo también una vez que salieron, en realidad no sabes bien dónde colocar este evento en la línea del tiempo, pero salieron a solas y ni siquiera recuerdas bien qué hicieron o a dónde fueron, pero ibas arreglado, sintiendo que con la ropa que llevabas puesta te veías en tu mejor presentación y que eso de alguna manera compensaba tu exiguo talento para ligar, y ella también con esos jeans pegados que resaltaban sus muslos y sus esbeltos tobillos, los zapatos, unos Toms, como era costumbre, y una blusa roja y blanca con grabados de florecillas y el punto es que cuando la dejaste en su depa terminaron incómodamente abrazados de pie en su cochera, en un limbo en el que era muy difícil determinar si ella quería o no, como queriendo entrar al depa e irse, pero regresando de pronto cuando se lo pedías, un fracaso en definitiva, así se sintió, y es que no mucho después, si no es que desde entonces, Marcelita tenía algo que ver con un bato bien feo que no te acuerdas si también era de Delicias o de Ingeniería o de Medicina, no sabes de dónde salió, pero a cada rato lo veías cuando subían una foto de una peda en donde salían él y Marcelita abrazados, posando, porque Marcelita tenía una forma muy peculiar, muy sui géneris, de posar, como si la hubiera aprendido desde niña para siempre, pasaba el brazo detrás de la otra persona, colocándolo en la espalda, y luego como que se acercaba hacia adelante hacia la toma, con el otro brazo apoyado en el estómago o en las costillas de la persona, dando un paso hacia enfrente con esa sonrisa discreta que rara vez se atrevía a eclosionar por completo, entonces como que eso más el poco éxito de las salidas con Marcelita, la dubitación, hicieron que poco a poco fueras desistiendo, desprendiéndote, hasta que Paola, una morra de Saucillo a la que le gus-

tabas que iba contigo en Ingeniería civil y que te la pasabas pegado a ella porque no te llevabas con nadie más y porque es una constante en tu vida que una mujer te escoja en un nuevo entorno porque le gustas y entonces quedas prendado a ella, conocía a Marcelita y a su círculo de amistades y tenía amigas que se llevaban con ella o que eran sus amigas, y ella, estando al tanto de la situación, porque le platicabas tus desventuras amorosas, te comunicó una mañana durante clases que no siguieras depositando esperanzas en ella porque no iba a suceder nada, porque alguien le había sacado la sopa indirectamente a Marcelita y eso es lo que ella había dicho, pero luego tampoco terminó andando con el otro wey que se veía de muy pocas neuronas, de hecho todo esto se “aclararía” años más tarde cuando Marcelita ya no figuraba en tu vida, ni siquiera como un recuerdo, y quién sabe cómo brotó todo de nuevo a la superficie, quizás a través de Instagram intercambiaron números de nuevo, si es que ya no los tenían o los habían borrado, pero como fuera, ahora la plática era mucho mejor, como suele suceder siempre en tu caso cuando ya no hay presión alguna, ahora vivías en el D. F., ibas en el tercer año de la carrera, ya no la tratabas con veneración, con suma complacencia, sino como a cualquier otra persona, con confianza, sin nada que perder, sin que te importara mucho lo que pensara de tus opiniones o comentarios, incluso pecando de sardónico o fatalista, pero entonces se dio que se vieran en el verano, cuando fuiste a visitar y primero quedaste de verte con Alicia en El Coliseo, en la Morelos, que les gustaba, a ti por los tarrotes de Modelo de barril que servían, a Alicia porque pedía sus cubas de tío, porque todavía no le hallaba el gusto a la cerveza, y a los dos porque la comida estaba buena, en especial los tacos de papa con crema y salsa, esa vez te has de haber bebido dos o tres tarros, antes de ir a la Quinta Gameros a una exposición de alguien que Alicia conocía, porque tenía

que hacer acto de presencia y ahí te topaste con Luis H., a quien no veías desde la primaria, que iba con una morra a la que Alicia conocía y fue de lo más incómodo, porque él te preguntó, ¿qué no tú eras blanco?, y pues qué respondes a eso, se fueron y tú te fuiste por Marcelita, que ahora rentaba por el ISAD porque ahora estaba en la de Durango, pero te perdiste, en un punto se acabó el tramo y seguiste por pura terracería, viendo una que otra liebre saltar y pensaste, no hay manera de que sea por aquí y te empezaste a paniquear, hasta que decidiste marcarle y entonces te explicó bien, diste reversa, pegándole a una barandilla, un golpecito nada más y deshiciste todo el pendejo camino andado, ¿cómo se te ocurrió por un momento que era por ahí?, hasta llegar a uno de los fraccionamientos de Rinconadas y cuando ella se subió el incidente hasta sirvió para que se rieran y rompieran el hielo, fueron al San Luis y se sentaron en la terraza, Marcelita te pareció muy atractiva esa noche, fue ahí que le encontraste el parecido con Martha Higareda, llevaba el cabello recogido y acariciaba sus orejas con delicadeza, su estilo de vestir no había cambiado, pero ahora la notabas más suelta, sin silencios ni momentos incómodos, ¿sería porque la circunstancia era otra?, ¿porque ya no tenían dieciocho y no estaban tan mecos?, ¿o eran las ocho o nueve cervezas que traías encima transmitiéndote confianza y una dosis adecuada en contra de la cohibición?, mentira, confundes terriblemente los acontecimientos, las dos veces que salieron, por eso no tenía sentido que de su casa regresaras al centro, al San Luis, no, esa vez tú saliste temprano de tu casa y te fuiste solo al Gallito Inglés y te sentaste en la barra de madera pulida y pediste tres o cuatro Minerva Stouts pegadoras, porque además de fuertes estabas solo, y al no hablar con nadie a la mente etílica le da por divagar como si estuviera bajo los efectos de la marihuana, estabas nervioso pero las cervezas sirvieron y fue entonces que pasaste por ella,

yendo más allá de la Universidad de Durango, siguiendo por terracería, un par de liebres correteando a los lados, iluminadas por las luces largas del carro, temiendo que una de las llantas se ponchara y quedaras varado ahí, dándole un golpe a una barandilla al darte la u, justo a la altura de la Universidad de Durango, luego la recogiste y fueron al San Luis donde la plática fluyó y Marcelita desbloqueó recuerdos en tu mente, como aquella ocasión en la que te invitó a un bar en el centro porque estaba con su hermana y puros amigos de ella, todos mayores, y tú y Leo fueron y la “salvaron” del aburrimiento o de la incomodidad, y también compartieron sus versiones sobre por qué dejaron de hablarse y de por qué nunca se dio nada entre los dos, un teléfono descompuesto básicamente, básicamente descompuesto por Paola, según Marcelita, aunque quién sabe, bien pudiera ser pero todo lo que Marcelita decía había que tomarlo con pinzas, por ejemplo, también mencionó que había pensado invitarte a un evento de la boda de su hermana como acompañante y ahí todavía no reconectaban o apenas lo habían hecho, así que sonaba muy poco plausible, como un cumplido que una vecina se saca de la manga para complacer a la otra vecina, de cualquier forma te sorprendía lo bien que transcurría la plática y de pronto ella empezó a indagar en tu vida sexual, no de manera invasiva, sino más bien como un pretexto para introducir el tema y que luego ella contara sus dos experiencias y cómo el segundo tipo se quitó el condón en pleno acto y ella se quejó del dolor y tú te quedaste pensando qué tenía que ver el dolor con eso, pero te llamó la atención que lo contara todo tan natural, tan quitada de la pena, ella que era tan reservada y que lo dijera no como un reclamo o como un abuso, que eso es lo que era, sino como una anécdota, que te imaginas tenía que contarle a alguien, a alguien un poco ajeno a su vida a quien le tuviera al menos un poco de confianza, a alguien que luego la llevó a casa de

sus abuelos, ahí en la 20 de Noviembre y casi Once, enfrente de un bar con música en vivo que se escuchaba en toda la cuadra, estacionados afuera de la casa con el cinturón abrochado, agarrados de las manos, sin que te atrevieras a dar el siguiente paso, tratando de llegar a él por medio de apuestas y retos, como la primera vez, cuando hubiera sido tan sencillo lanzarse y besarla, pero no pasó nada, así quedó y de vuelta en el D. F. seguían hablando ocasionalmente, de repente le mandabas una canción de Chet Baker, “This is Always”, luego de estar bebiendo a solas en tu departamento, simplemente porque la versión larga es muy bella y emotiva, *this isn’t just mid summer madness, a passing glow, a moment’s gladness, this is love*, y a ella le encantaba, como si se la hubieras dedicado, y luego hasta le compartías tus escritos y se te hacía raro que a ella le gustaran esas canciones junto con lo que escribías y así, hasta que regresaste y entonces ocurrió todo ese preámbulo ya descrito de Alicia y la Quinta Gameros, sólo que después pasaste por Marcelita y fueron a un bar de Cantera V, a la terraza, y ahí te echaste unas Coronas, entonces sí ya andabas como diez, once cheves *deep* y volvieron a platicar muy a gusto y la llevaste de regreso no a la casa de sus abuelos, sino a su depa, pero ahora que lo piensas, la primera vez que la recogiste *fue* de casa de sus abuelos, por eso andabas en el centro con Alicia y por eso fueron al San Luis y por eso la regresaste ahí, lo que quiere decir que cuando pasaste por ella ahora fue cuando te perdiste y se rieron de eso y fueron a la terraza de este bar en Cantera V, sí, topográficamente así todo tiene sentido, así que ahora se regresaron sin percances, porque ya conocías la ruta hacia el fraccionamiento donde se quedaron estacionados afuera de su casa, de nuevo con los cinturones abrochados y hasta te desabrochaste el cinturón del pantalón porque ya no podías con la inflamación, mascarón chicles de menta, como sabiendo a dónde iba la cosa, hacia lo inevita-

ble, porque ahora sí se desabrocharon los cinturones y por fin se besaron, prácticamente cinco años después de aquel piquito y hasta acariciaste su cintura y sus caderas y ella dijo que estabas yendo muy de prisa, pero de nuevo, no lo dijo a modo de reclamo o molesta, sino medio bromeando pero medio en serio, igual, no estaba planeado que sucediera nada más allá, en todo caso especulabas si en un futuro te invitaría a cruzar el umbral de su cuarto, algún día o noche que no estuvieran sus roomies ahí, y así se estuvieron, participando en estas sesiones intermitentes de besuqueo, llegando incluso a contemplar hipotéticamente si andarían, suponiendo que tu vivieses aquí en la ciudad, hasta que dieron las cuatro y te despediste y otra vez siguieron hablando a distancia, luego fuiste de nuevo en octubre para la boda de una amiga, pero esa vez no coincidieron y es que, a decir verdad, antes de ese beso nunca pensaste que llegarías a besarla, era algo que dabas por hecho que no sucedería y que luego, cuando vislumbrabas la posibilidad, lo veías como una segunda oportunidad para corregir los errores y los deslices del tiempo, una reivindicación personal, un triunfo, una conquista a través de la repetición, enmendar el pasado, pero no fue nada de eso, no sentiste nada de eso, estuvo bien, claro, desde luego, pero no fue la gran cosa en realidad, el anhelo se evaporó, dejándote casi igual que al principio, y poco después perdiste su contacto al cambiar de celular, lo cual basta para refutar tu teoría de los tres segundos, teoría que expusiste una tarde de verano a Alicia en las nieves de garrafa Santa Isabel, ahí donde siempre han estado, frente a la Deportiva, porque aunque ya contaban con la mayoría de edad, Alicia no bebía realmente y por eso cuando se veían era en restaurantes o en cafés, una teoría superficial, endeble, que ideaste a raíz de una morra que te gustaba, que no sabes si decir que estabas enamorado de ella, Marcelita Rodríguez, una morra de la que nunca podías fiar-

te al cien por ciento de lo que decía en un momento y de lo que decía después, a quien habías conocido porque Leo, uno de tus mejores amigos de aquella época, quería ponerla y andaba saliendo con Evelyn, una foránea de Delicias que...

UN DÍA DE ESTOS

No va. Lo llevan.

El veintitrés de marzo López Gatell declara oficialmente la cuarentena debido al SARS COVID-19. Días antes días después, él agarra un vuelo que ya tiene reservado para la graduación de uno de sus amigos cercanos. En el aeropuerto hay quienes llevan bufandas en lugar de cubrebocas, unos sólo usan guantes de látex y otros traen el kit completo, doble careta y toda la cosa. Con justa razón, el evento es cancelado y él se queda en su hogar hasta que las cosas (quién sabe cuándo) mejoren. Ya no tiene ningún asunto importante que atender en la capital. Ni siquiera clases virtuales o materias pendientes, y para rematar, los trámites para las tesis de licenciatura han sido suspendidos hasta nuevo aviso. En cuanto al proceso de admisión para la maestría que empieza en agosto, puede realizarlo a distancia sin ningún problema.

Desde su torre de marfil, la pandemia prueba ser más fructífera de lo que hubiera esperado. Nunca en la vida había podido leer tanto. *Ulysses*, *Tropic of Cancer*, *A Confederacy of Dunces*. Ni ver tantas películas. *Rope*, *Black Narcissus*,

Umberto D. Una tarde, en su estancia –una cinta de Wong-Kar Wai a punto de comenzar, un vaso de whisky en la mano y las pantuflas sobre el taburete– se pregunta por qué su vida no es así todo el tiempo, si justo así debería de ser. Cada tercer día salir al Oxxo por cigarros o a los abarrotes por artículos esenciales. Entra y sale como si acabara de asaltar el establecimiento y vuelve a enclaustrarse en casa. De vez en cuando la videollamada con los amigos. No se compara con las reuniones en persona, pero es lo que hay.

Hasta aquí no habría historia que contar. De no ser por ella que sufre el encierro, que padece de ansiedad y de estrés y de una sensación abrumadora de abandono, que todos los días se coloca el termómetro bajo la axila creyendo que tiene fiebre, que ni siquiera ha empezado la tesis y que está atrapada con clases que debe cursar, otras en las que es adjunta, y que tiene que pagarse todo, renta, servicios y comida.

Le escribe todos los días, todo el día. Minuto por minuto, desde los buenos días hasta las buenas noches. Urgiéndole, por las buenas y por las malas, que vuelva, que qué importa la densidad de población de la capital en una crisis como ésta, que venga para presionar junto con los demás a la facultad para que reanuden y aceleraren los trámites de titulación, que lo extraña, que necesita que esté ahí a su lado. Pero ni uno solo de estos argumentos lo convencen. Él no quiere regresar. Ni siquiera quiere seguir con ella. ¿Pero qué hacer? O, mejor dicho: ¿Cómo hacerle?

Las cosas llegan a tal punto de exasperación que la vida acá se torna insoportable, despojada de cualquier placer posible. Peleas. Peleas interminables por mensaje cada dos o tres días. Peleas que se extienden hasta que los dedos se cansan de teclear y antes de que pueda responder ya hay otro mensaje de tres párrafos que contestar. Mejor resolverlo o intentar apaciguar las cosas por teléfono. Salir a cualquier

hora con el pretexto de que una vuelta en carro ayuda a despejar la mente. Porque no piensa tener esas discusiones en casa. Mejor, bajo el sol calcinante de junio, buscar un parque o un lugar con sombra donde estacionarse hasta que la conversación termine por disolverse.

Una gota de agua que cae y cae sobre la superficie de una piedra hasta que termina por agrietarla. Cede contra su voluntad y se dispone a volver después de tres meses de ausencia. Compra el boleto, preparándose mentalmente para el regreso con esa sensación que queda cuando uno hace algo de lo que no está convencido del todo.

Por eso no va. Lo llevan.

Llega directo una mañana a principios de julio. Ni chance tiene de dejar la maleta en su departamento. Al abrir la puerta da con el nuevo integrante: la perrita salchicha adoptada para resistir a la ansiedad de que el mundo se está acabando. Piden unos huaraches a domicilio para almorzar. Al rato conoce a la otra novedad, su roomie, una chica mayor que está estudiando la maestría con especialidad en lógicas paraconsistentes. Ninguno de los dos se cae bien de entrada, pero saben disimularlo.

Salen a la Mega para comprar despensa. Se va en pantalonera y botas, porque sus tenis (los únicos) están en su departamento. Les llueve a medio camino. Frustrado, interpreta este insignificante hecho meteorológico como un mal augurio, arrepintiéndose de la decisión que ha tomado, que nunca fue del todo suya en realidad.

Mientras arrojan paquetes y latas al carrito de súper, liberan sobre el tiempo de su estadía juntos. Dos semanas serán más que suficientes. O al menos eso piensa. Pero a ella no le parece. Se ha ido mucho tiempo, hay que aprovechar sus vacaciones (las de ella), entre otras razones que esgrime de manera forzada. Está contemplando una sentencia de mínimo tres a cuatro semanas.

Ella vive al sur de la ciudad, en Villa Panamericana, sobre la avenida homónima que circula en doble sentido desde Céfiro hasta El Imán como una víbora ensanchada a la mitad. La colonia, construida para alojar atletas y reporteros de los Juegos Panamericanos de 1975, posteriormente entregada al INFONAVIT y motivo de polémica por corrupción, cuenta con el beneficio de ser una zona hasta cierto punto tranquila y residencial, sin tener que sacrificar el acceso rápido a la ciudad.

El departamento está en el cuarto piso de una unidad habitacional con forma rectangular. El frente se encuentra custodiado por una barda corta de piedra volcánica de la cual brotan unos barrotes rojos cilíndricos. Pasando la reja hay un jardín comunitario con unas cuantas buganvillas que dan a los ventanales de las casas del primer nivel. Los muros del edificio son de un amarillo desvaído por el sol. Cada ventana cuenta con una especie de balcón diminuto, espacio suficiente para asomar la cabeza y colocar una que otra maceta. Persona que se respete de la CDMX ha acabado en una peda en alguna casa parecida.

Al cruzar la puerta del departamento, uno da con la sala y el comedor, cada uno con ventanas de piso a techo por las que se aprecian los jardines y los corredores aledaños. Desde la ventana de la sala se alcanza a divisar la unidad habitacional de al lado, que por su arquitectura y diseño, en días nublados parece de la Unión Soviética. Junto al comedor están la cocina y la zotehuela (también pegadas), con las dimensiones justas para cocinar y lavar los trastes. Saliendo, entre el comedor y la sala corre un estrecho pasillo que lleva a las habitaciones, dos del mismo tamaño y una que más bien es un estudio. En todo el departamento, salvo en el baño y en la cocina, el piso es de madera pálida; los muros, blancos. A esa altura y con ventanas en todos los cuartos, nunca falta la iluminación.

A la mañana siguiente se levanta a lavar los trastes y surgen las primeras señalizaciones. A) ¿Por qué se levanta tan temprano? ¿Qué prisa tiene? B) ¿Por qué pone la música tan alto? Isabela sigue durmiendo. C) ¿Es necesario que practique alemán en Duolingo todos los días como neurótico para no cortar su racha?

Pronto va estableciéndose una rutina. Al despertar, sacar a la perra a que cague, dando un recorrido por las rinconadas de la colonia, entre la fauna y la flora endémica del Pedregal, atravesadas y marcadas por la urbanidad que todo lo devora, buscando dónde tirar la bolsa con caca canina. A veces van hasta el tianguis de El Imán y otras hasta la avenida México 1968. De regreso traen algo para desayunar o algún ingrediente para preparar el almuerzo y nunca puede faltar el pan de dulce. Aunque come bien, todos los días se siente anémico y hasta el cigarro le deja un sabor fantasma en la boca, como a papel mojado. Isabela se levanta con hueva a mediodía y por lo general tarda una hora preparando su desayuno de cajón: huevos revueltos con tocino, espinacas y tomates cherry.

A diario se proponen metas particulares que cumplir, avanzar en esto o empezar aquello, pero sin mucho éxito. Llega la hora de la comida y ella se pone a cocinar, luego él lava los platos otra vez, y entonces ella dice que mejor se vayan a la cama a ver una serie o una película. Mañana será otro día para acabar o empezar lo que no alcanzaron a hacer hoy.

No es el único hombre que habita este gineceo. Fede, el novio de Isabela, también se la vive resguardado ahí. A diferencia de él, va y viene en su coche. Además parece estar ahí por gusto. Isabela y Fede cursan juntos la maestría y se dedican a lo mismo básicamente, con ciertos matices que habría que precisar pero que a nadie le pueden importar. Él intuye, sin mucho fundamento, que tal vez ella envidia

eso, que es algo que le gustaría tener y que de cierto modo hasta busca emular: la pareja de académicos exitosos juntos hasta la muerte. De manera que la situación consta de dos parejas viviendo en un departamento de dos cuartos, con una perrita salchicha color negro que ladra todo el día y que por su pasado traumático viene con problemas de conducta como gruñir o lanzar mordidas si le quitas su calcetín o si te acercas a la cama de manera “sospechosa”. Pero bueno, cuatro personas, en total, compartiendo el mismo espacio para cocinar, bañarse, vestirse, coger, cagar, mear, lavar ropa, limpiar el departamento, lavar trastes, tomar clases y realizar actividades extracurriculares, como Isa, que hace ballet por las tardes, o ella, que se ha inscrito a quién sabe cuántos cursos y dinámicas por Facebook. Precisamente una tarde, mientras ella toma la clase de zumba fitness en su cuarto por Zoom, sale y le recrimina lo que él ha estado haciendo mientras. ¿Qué pedo? ¿Todo eso le había bajado a la botella en ese rato? Tenía problemas. Ella, de todas las personas, diciéndole eso.

Todos, a excepción de él porque apenas la tolera, canalizan su locura en la perra. Todo el día hablando en torno a su presencia en la casa. La mayoría de sus pláticas inician a partir de lo que alguien le dice.

¡Minni! ¡Minni! ¿Tienes hambre, Minni? ¿Quieres que te haga una milanesita como ayer?

Jajajajaja, y Minni: ¿Milanesa? ¿Dónde? Dame, dame, humano jajajajaja.

Jajajajaja, ¿sí, Minni? ¿Eso quieres? ¿Una milanesita como la de ayer, así con su aguacatito y su limoncito y su tortillita y su salsita?

o

Ay no, tengo que entregar un ensayo para mañana y no llevo ni la mitad.

Mmmm, dile a Minni que lo haga por ti jajajajaja.

Jajajaja y nada que lo presenta y es el mejor de la clase.

Jajajajaja tal vez por eso estamos fracasando en la vida, porque Minni no hace nuestros ensayos por nosotras.

Jajajajaja, ya sé, ven Minni, ven, haz mi ensayo... No quiere jajajaja.

Jajajajaja, dice, *págame primero con comida.*

Jajajajaja, ¿por eso no quieres hacerlo, Minni? ¿Qué quieres a cambio? ¿Un pambazo?

Jajajaja, y Minni: *A huevo.*

Jajajaja, Minni, la perrita que escribe ensayos a cambio de pambazos.

JAJAJAJA.

JAJAJAJA.

Finalmente, tras cinco semanas en cautiverio le otorgan licencia para irse unos días a su departamento. Al abrir la puerta de su cuarto-depa, respira con alivio el contraste de privacidad y silencio y libre albedrío. Meses y meses pagando renta para quedarse a dormir en otro lado como imbécil. Y para colmo, el gusto le dura tan poco que se siente irreal. Por cada tres o cuatro días a solas tiene que pagar una semana o más en concubinato. Siguen los mensajes cada dos minutos y ante la menor ocurrencia, un dolor de espalda o un bajón emocional o un tropiezo académico, solicita su presencia de vuelta. Y así empiezan las negociaciones de a quién le toca esta semana agarrar sus pertenencias, tomar un taxi y desplazarse de Tizapán a Villa Panamericana o viceversa. En teoría, las mascotas están prohibidas en su departamento, pero la casera, dueña de una labrador, una sabueso y un gato, accede (para su infortunio) casi sin que se lo pida.

Esto da a pie a varias discusiones de las cuales no logra entender cómo termina él siendo el culpable. Como que la perra orine la cama donde duermen, como que lo haya mordido una vez que pasó cerca de la cama para ir al baño y

le clavó los colmillos en el muslo sacándole sangre, como que ella tirara por error su cenicero de J&B al suelo, estrellándose en mil pedazos. Todos estos pleitos acaban con ella juntando sus cosas, reclamándole estos últimos cuatro años, diciéndole de qué se va a morir, pero incapaz de abrir la puerta y marcharse. O cuando resuelve irse, le deja la custodia de la perra para que él se haga cargo de ella, porque *ya sabes qué va a pasar*. Peleas que terminan ahogándose en su propio vómito asqueroso y al día siguiente sentir el cuerpo como si le hubieran propiciado una paliza en un callejón oscuro y a seguir con lo mismo.

Comienzan las clases de la maestría, lo cual supone cierto orden en la rutina, pero casi nada cambia, a decir verdad. Persisten las peleas por ser grosero y ponerse audífonos para oír una canción, porque no sabe dónde van acomodados los artículos en la cocina de ella o por una simple mirada o comentario erróneo.

Él lleva una doble vida, ocultándole dos cosas principalmente: sus escritos y su investigación secreta. No entiende por qué, a pesar de conocer los diagnósticos todo este tiempo, nunca se había tomado la molestia de llevarla a cabo. Los síntomas son claros como el agua y se siente tan identificado con los usuarios de la comunidad en línea, hasta el grado en que piensa que los conoce o que ellos saben exactamente por lo que está pasando. Y es que describen con precisión quirúrgica la situación: cambios repentinos e inexplicables de humor, el famoso fenómeno de tener que estar *walking on eggshells*, la necesidad de culpar a todo mundo por su miseria, la insatisfacción perpetua, la manipulación, el miedo que da confrontarl@s, la única solución que hay. Decide informarse sobre el servicio de salud mental que ofrece el programa de la maestría y concierta una cita con una psicóloga para una primera evaluación del problema.

En una de las múltiples idas al Walmart de Perisur, yendo toda la avenida y luego subiendo por Céfiro para agarrar El Imán y cruzar el puente del metrobús en Insurgentes, todo, los puestos callejeros de comida, la basura, el calor, los paraderos de micros y de camiones, le parece insoportable, sucio, lleno de inmundicia. ¿Qué hacía en esta ciudad de mierda? ¿O en qué momento se habían puesto así las cosas?

A mediados de septiembre Isabela y ella encuentran un departamento casi cruzando la calle y deciden mudarse, no sin antes reñir con la casera por diversos motivos que a él no le cuadran. Le pide si puede venir un par de días para ayudarle con la mudanza. Por su parte, Isabela consigue ayuda de su papá y de Fede, cada uno con vehículo propio para transportar las cosas. La mudanza no empieza sino varios días después. Trasladar las cosas resulta todo un desafío por los cuatro tramos de escaleras. Lo que más trabajo les cuesta bajar es el juego de mesa estilo *Biergarten* que usan como comedor, los colchones y los escritorios. Pero nada como la colección de ochenta y cuatro (las cuenta) plantijas que entre las dos comparten, con sus respectivas macetas y huacales de madera.

El nuevo departamento es bastante similar al anterior. Sólo que, a diferencia del otro, cuenta con una amplia explanada con estacionamiento y un acceso que comunica por vía terrestre con otros complejos y rinconadas. Ahora están en planta baja, lo cual presenta un alivio y un cambio radical para cualquier salida básica. A la vuelta hay varios negocios. La panadería a la que van todos los días por pan dulce, una Similares, unos abarrotes El Pollo, una fondita, y más allá, cruzando la cuchilla, unos tacos al pastor, una heladería y el Oxxo. A todas luces, el departamento representa una mejora. Es más nuevo, más amplio, está mejor cuidado, es más accesible y los caseros parecen “mejores gentes”.

Al poco tiempo por fin cae la beca CONAHCYT de la maestría. Les llega lo de los primeros dos meses de golpe. Esa noche festejan y se dan el lujo de ir por tacos y cerveza, aunque como ocurre en toda celebración anticipada, la sobria y tibia realidad no logra coincidir con las expectativas.

Con la beca ahora no tienen que pensarla dos veces para pedir Ubereats o Didifood para desayunar, y tampoco considerar el costo de envío como un factor determinante. Ella e Isabela se muestran entusiasmadas por quedarse un buen tiempo en este departamento y dejar atrás la vida nomádica de estudi hambre tan característica de la ciudad. Juntas pueden cooperarse para amueblar y decorar el departamento. Van comprando una alfombra, un cuadro para colgar en la sala, un sillón, un mueble para la televisión, una rampa para Minni, sartenes, entre muchas otras adquisiciones.

El enloquecimiento por el encierro no sólo está repartido entre Minni y las plantijas, sino también en comprar artículos y dispositivos absurdos en Amazon, artefactos que prometen facilitar y mejorar la calidad de vida de los consumidores, felicidad, si uno quiere decirlo con una sola palabra, pero cuyo valor recae en el espejismo de volver disfrutables o divertidas tareas que todo mundo odia, como lavar, limpiar, cocinar, regar, recoger la caca del perro, y que en todo caso, dicha emoción se manifiesta en el acto mismo de la compra y en la espera del producto y en abrir el paquete y constatar su utilidad por unos momentos antes de añadir el siguiente a la *wishlist*, pensando que es absolutamente necesario tenerlo. Gadgets tan efímeros como memes o noticias o chismes de la facultad.

Los dos o tres días de mudanza se vuelven doce. Casi tiene que rogar para poder volver a su departamento. Y al final, se la voltea, arguyendo que el que está mal es él, porque le pesa tanto pasar tiempo con ella y por estar siempre contando los días o las horas. No importa cómo, pero

necesita interactuar con alguien más, hacer cualquier otra cosa. Le dice a un amigo que hagan una videollamada, y todo el día está entre que sí y que no se va a armar. Al final, logra regresarse. Ella lo acompaña por algo al departamento, pero al irse deja su chaqueta de cuero con las llaves y entonces quiere regresar por ellas y pasar la noche. Ella no sabe nada sobre su plan. Él le había dicho que iba a hacer una videollamada con su mamá, no a empedarse con un compa. Quién sabe cómo pero logra convencerla de que Isa le abra y mañana mismo él le llevará las llaves. Semanas más tarde, se le escapa mencionar un detalle referente a esta reunión clandestina y se arma un tremendo conflicto por ser un vil mentiroso.

Hablando de mentiras. Los sesenta minutos de sesión con la psicóloga a la semana constituyen otra escapatoria en la que se siente a salvo y bien consigo mismo. Trabajan y van avanzando, cada vez viendo la cuestión desde un nuevo ángulo y descubriendo aspectos fundamentales que salen a la luz. Una vez más, sabe qué hacer, pero no el cómo.

Aunque esto no se da sin añadir obstáculos a la ya difícil situación de desplazarse para tener la terapia en privado. Hay veces en las que parece una odisea salir del departamento sin que ella se tire en la cama, sumergida en depresión, y le diga con un tono pasivo-agresivo que debilita su *conato*. Qué curioso, él piensa lo mismo. En una de esas tiene que agarrar un taxi, llegar a su departamento, conectarse a la sesión de terapia, luego pasar a un Starbucks por un encargo de ella (para compensar que se fue por dos horas) y tomar otro taxi de vuelta.

Cuando consigue una racha de jornadas libres en su departamento, se arroja a una decadencia desconocida para él, atractiva y repulsiva al mismo tiempo. Hay cierto placer en tocar fondo, sin lugar a dudas. La vida de becario. Amanecer crudo, pedir algo para desayunar desde la comodidad

de la cama, revivir poco a poco, pasar el día entero fumando y viendo series que sorprendentemente no había visto, siete episodios seguidos de *Los Soprano* o *Breaking Bad*, ir por cigarrillos a la vuelta de la esquina, chingarse dos caguamas por la tarde y repetir todo al día siguiente. Estudia lo suficiente como para participar en clase. Una mañana los nietos de la casera lo despiertan jugando afuera de su puerta. Pronto llega ella a callarlos diciéndoles: “Silencio, váyanse de aquí. Aquí hay gente estudiando”. La ironía.

Una tarde calurosa van de regreso al departamento, después de que ella comprara un helado de ron con pasas, cuando a él se le ocurre pasar a los abarrotes El Pollo por un cigarro suelto. La tienda está incrustada al muro de un edificio habitacional vecino. Lo primero que hacen todas las mañanas al abrir los abarrotes es sacar los costales de croquetas y las cajas con envases retornables. Por dentro, el local es tan estrecho que uno tiene que caminar de lado por las dos filas divididas por el anaquel de papitas y galletas. A espaldas del mostrador, que queda frente a la entrada, se apilan latas y frascos meticulosamente acomodados. Del techo cuelgan bolsas de tostadas. En la tienda permea el olor inconfundible de los abarrotes, ese aroma a croquetas mezclado con polvo y con el paso de los años.

Es una pareja con sus niños la que atiende el negocio. Los dos siempre andan de muy buen ánimo y la señora se refiere a todas las mujeres como “mami”. *Ya se me acabó, mami. No me ha llegado, mami. ¿Nomás esto, mami?*

Avanza hacia el mostrador y le pide un cigarro suelto. La Mami se le queda viendo como si fuera la primera vez que escucha una solicitud semejante, como si se tratara de una frase secreta para comprar alguna sustancia ilegal.

No tengo... No vendemos. Ándele, sí, gracias.

Hay pocas cosas más lamentables en esta vida que una relación que a todas luces no funciona, que está más que

muerta, y que, sin embargo, una de las partes sigue sin darse cuenta de ello. Para afrontar los días que pasa en el departamento de ella se enajena con nuevos y viejos hobbies. Fumar tabaco en pipa, aprender a jugar Conquían y Texas Hold'Em, beber cerveza barata de Walmart. A esto se resume su convivencia básica cuando no es interrumpida por pendientes, asuntos, clases y peleas.

Por las noches despierta y por más que lo intenta no logra quedarse dormido de nuevo. Contempla con vértigo nocturno el techo de la habitación sintiéndose un prisionero, quisiera agarrar sus cosas y salir corriendo a su departamento. Atrapado sin ver la luz al final del túnel. Nunca imaginó llegar a estar en una situación así. ¿En qué momento se había jodido su vida?

Uno hubiera pensado que al estar juntos las peleas disminuirían. Todo lo contrario. Un día, ella va a presentar una clase junto al profesor titular en la que verán un texto de Agamben con alumnos de CCH. Cuando él comenta que será muy difícil que ellos lo comprendan, se le va encima, su furia escalando gradualmente hasta que sale de golpe diciendo que siempre está intentado sabotear su trabajo, haciéndola sentir menos y de ahí el problema inicial se va esparciendo como hiedra venenosa a otros lugares comunes. La clase es a las tres, y a ratos parece decidida a darla, pero luego cambia de opinión. Lo corre del departamento, y cuando lo ve agarrar sus cosas en serio y estar a punto de irse, cambia de opinión de nuevo. En una de esas disputas logra cruzar el portón. Ella se queda del otro lado retándolo a que se atreva a marcharse.

Todo mundo se va a enterar de cómo eres. Yo me voy a hacer cargo de eso.

De su rostro se desprende sin querer una mueca burlesca, una sonrisa abortada. Aunque por dentro tiene miedo y siente cómo su cuerpo tiembla a pesar de tener ambos pies

plantados en el suelo. Y cuando empieza a dar unos pasos, ella sale y lo sujeta de la guayabera y no lo deja avanzar, y lo jalonea hasta que lo lleva de regreso al departamento. Un jinete llevando a un caballo de la brida.

En lo que ella da la clase de la discordia, sale por un cigarro a El Pollo. En la fila hay dos o tres clientes delante de él. Uno de ellos compra un cigarro mentolado y hasta lo prende con un encendedor que le prestan antes de salir de la tienda. Cuando llega su turno reitera la solicitud, la cual es rechazada de nuevo. Piensa en señalar lo obvio, pero no quiere añadir más incomodidad al asunto. Mejor compra una cajetilla en el Oxxo y aprovecha para revisar el saldo de su tarjeta en el cajero automático.

No es importante cómo inicia esta otra pelea. Él abre la puerta y un repartidor la está buscando. Ella se encuentra ocupada atendiendo a Isa que algo le dice, pero es que tiene que dar su firma y el repartidor no trae cambio además. Es lo que él le hace saber, en medio de esta situación banal, estresante para ambos, que más bien deja ver que no se aguantan. Al final ella se desquita con él, a pesar de que no es su paquete y se requería de su presencia (la de ella). El hecho de que Isa y Fede siempre están en el departamento sólo le suma tensión e incomodidad a estas discusiones reprimidas.

Ellos se dan cuenta. Ellos se sacan de pedo. Ellos ven cómo eres, todo lo que haces.

En cinco minutos tienen clase. Una vez más, a encerrarse en el estudio, cada uno en su escritorio. Antes de tomar la clase y pretender que no pasa nada, ella remarca que todo está mal con él y se lanzan unas miradas fulminantes, repletas de rencor y desprecio. Dos personas odiándose a muerte en la misma habitación. Él siente la cara arder de enojo. La detesta, no sólo a ella, también a Fede, y a Isabela y a Minni, a la colonia entera, a todos los compañeros y profesores de la maestría, a los compañeros de la facultad, a la filosofía

misma, a la academia y a todos los habitantes de la ciudad. Fuma un cigarro tras otro como loco, compulsivamente. A las dos horas se termina la clase y también los cigarros. Sale sin decir una sola palabra.

Entra a El Pollo y sólo están él y la Mami. Pide un cigarro suelto. Ella está a punto de batearlo por tercera vez cuando toma una pausa y lo reconsidera.

Bueno, ¿tú vives aquí?

Sí, aquí vivo.

Sí, ¿dónde?

Aquí enseguida, en el Centro Urbano.

Y señala el edificio adyacente.

Se queda mirándolo con una sonrisa nerviosa, con una mirada estúpida que lo que quiere es que ambos jueguen este juego de yo ya sé que tú sabes, así que vamos a hacer como que no sabes y al final diremos cosas que quieren decir otra cosa, pero sabremos lo que quieren decir y nadie dirá nada al respecto en última instancia.

No, es que fíjate que no te lo puedo vender, porque luego si alguien o la policía se entera vienen conmigo y me meto en problemas.

No le dice nada, sólo sale de la tienda. Se detiene un momento y se queda mirando la banqueta. Regresa a los abarrotes como si se le acabara de ocurrir una gran idea.

¿Qué pasó, joven?

Un cigarro suelto, por favor.

No, joven, ya le dije que no se puede.

Mira, Mami, así le vamos a hacer, me vas a vender un cigarro suelto o vas a tener un problemota cuando alguien le informe a la policía que aquí se están cometiendo varias infracciones a la ley. ¿Cómo ves?

La Mami lo mira sin saber qué hacer y un par de segundos después produce un cigarro suelto de la cajetilla, sin

que la sonrisa falsa y la mirada nerviosa desaparezcan de su rostro.

Ahora sí. ¿Cuánto es?

Así déjalo, así está bien.

Toma el encendedor que cuelga amarrado a una cuerda del techo y prende el cigarro soltando un par de bocanadas de humo.

Da la vuelta y sale otra vez a la calle. Mientras fuma con una mano en el bolsillo, voltea a ver la ventana del estudio. Las cortinas están a medio cerrar y aun así puede ver que ya no hay nadie ahí.

Cuando el cigarro se consume, lo aplasta contra la suela de su bota y lo avienta con el índice y el pulgar al piso. Mira hacia la ventana vacía de nuevo. Todo sigue igual, pero piensa con una seguridad recién descubierta: *Un día de estos algo va a pasar. Es sólo cuestión de tiempo.*

POLVO

Polvo eres y en polvo te convertirás.

GÉNESIS, 3:19

Ahora vivimos entre polvo. Era un hecho que llamarían a la puerta, sólo era cuestión de tiempo. Aun así, no esperaba que fuera tan pronto, sólo dos días y medio después de haber detonado mi propio *Project Mayhem*. Fue entonces que marqué y le pedí refugio en su casa por una o dos semanas. El típico *run to the hills*, ocultarse en New Hampshire (*Live free or die*) hasta que se calmen las cosas o esconderse entre los cerros, las montañas o el desierto, como una canción de Marty Robbins.

Por eso ahora vivimos entre polvo. No es una cuestión de causa-efecto, aunque pudiera parecerlo. O quizás sí. La verdad, si algo he aprendido es que las cosas siempre son más complejas y complicadas de lo que parecen.

No estaba al tanto de que estuviera en el proceso de mudarse, tampoco sabía por qué. Por eso tanto polvo. Imagino duendes malignos esparciendo sistemáticamente corpúsculos terrosos durante las horas secretas de la noche.

Por alguna extraña razón, esta capa polvorosa le otorga un aspecto elegante y decadente, una especie de tono anacrónico cargado de lujo y abandono. Por fuera, la casa tiene una cierta aura de *clout*, con tres camionetas estacionadas en la entrada de la cochera, escaleras que dan a la puerta principal y una gran ventana al lado que cancela cualquier posibilidad de discreción a la hora de atender el timbre.

Una vez dentro, no son tanto los espacios o sus dimensiones –salvo del patio– lo que sobresale inmediatamente a la vista, sino el detalle con el que están distribuidos los objetos, el cual pasa desapercibido para el espectador promedio. Dicha repartición consiste en una sobreabundancia de artículos específicos que rayan en lo absurdo. Tres asadores de distinto tipo, colocados uno al lado del otro, una cantidad incoherente de pesas y aparatos para hacer ejercicio por todos lados (incluyendo el minibar), sistemas de sonido BOSE en el interior, el exterior y en ambos pisos, juegos y juegos de copas de vino en la cocina, en el comedor, en el otro comedor, una cava de adorno, dos hieleras Tommy Bahama y otra más en la terraza, maletas que colman los clósets de cada habitación y la presencia incuestionable de una pantalla en el minibar, la sala, la estancia, la recamara principal y la de huéspedes.

En la cocina no puede faltar carne seca, tortillas de harina, salsas, chiltepín, molcajetes de barro y de madera, colocados obsesivamente adentro y afuera de la casa. Lo único que se ingiere con frecuencia se encuentra desplegado sobre la barra. Por lo general suele ser la carne asada del fin de semana que dura días en una charola cubierta de aluminio, junto con tupperes de comida ya hecha y lista para comer adquiridos en tiendas de conveniencia. El asador se usa casi a diario, para asar cortes o pescado. Lo mismo el disco, para una carne molida con papas o discada. El resto de los alimentos consiste en aderezos o quesos endurecidos,

expirados hace muchísimo tiempo. Hay más despesa que comida, aunque representa un reto encontrar algo que no esté caduco, debido a dos sencillos principios: las fechas de caducidad son una mentira y no es necesario refrigerar lo que se consume durante la semana. Existe una fe ciega en que la comida y los guisos del desierto nortero están hechos para sobrevivir a temperatura ambiente. En lo personal desconfío si la validez de estas costumbres se ha sostenido con el paso del tiempo. Después de todo, todo es histórico. Le pese a quien le pese.

En los baños combate la soledad ontológica mediante una multiplicidad de entes cosméticos: batas de baño, cremas para la cara, el cuerpo y las manos, champús Redken For Men Silver Charge, American Crew Daily Shampoo, Herbal Essences Argan Morocco Oil, acondicionadores, *bodywash*, rastrillos, rasuradoras, espejos.

Como se ha dicho, el patio es lo más impresionante por su tamaño. Cuenta con alberca, jacuzzi, ventiladores, rociadores, baño exterior y un número ridículo de mesas y sillas que en conjunto apuntan a que ésta es la sede de grandes eventos y reuniones familiares. La flora: ciprés de Arizona, cedro deodar, higuera, manzano, pino, palmera, maguey, menta, tomillo, romero. Un intento por replicar el Edén.

El domingo del Super Bowl, le comento a Pepe, con suma seriedad, mientras me ayuda a encender la parrilla, que lo verdaderamente lógico sería hacer una peca como si fuera 2013 otra vez, y quemar todo al día siguiente, sin esperar una remuneración por parte del seguro. Un fracaso nostálgico *à la Gatsby* en lo que espero al cuerpo de bomberos.

Cuando lo veo noto que su cuerpo inevitablemente empieza a adoptar el look de un gambusino viejo y desahuciado, con la camisa de franela fajada, de esos que padecieron fiebre del oro. Su semblante severo es como el de un león cansado y desgastado, con líneas y arrugas bien trazadas y

definidas. En él se puede detectar este fenómeno tan común en el padre mexicano promedio: el nerviosismo paterno. Nunca ha sabido cómo convivir con su prole. Proveer, castigar e inculcar valores sí, pero su inquietud cuando estamos a solas es patente. Por ello la dinámica se desenvuelve en silencio. Hay una verdadera economía del lenguaje, como si cada palabra costara lo que un mensaje de texto. Todo se lleva a cabo sin hablar, por lo que uno se ve forzado, cual *homo hermeneuticus*, a todo el rato estar interpretando el sentido y la intención del patriarca. Así como el Oráculo de Delfos que, según Heráclito, no dice ni oculta, sino que indica, uno se ve obligado a descifrar qué quiere en cada situación. A veces tomar la iniciativa resulta peor que si uno no se hubiera tomado la molestia. *Damned if you do, damned if you don't.*

Siempre que voy abordamos los mismos temas en el mismo orden: 1) mi situación académica y laboral; 2) el desempeño actual del Cruz Azul; 3) AMLO y la política nacional contemporánea; 4) independencia financiera y criptomonedas. Parecen nombres de cursos y materias universitarias. Las únicas circunstancias en donde se le ve disfrutar de las maravillas del lenguaje es alrededor de gente que proporciona un servicio, como trabajadores y empleados de restaurantes. Nada como alguien que te quiere vender un producto para iniciar una conversación. Sí, ¿qué nos recomienda? ¿Está fresco el pescado? ¿Ya lo probó usted? ¿Las tortillas son hechas a mano? ¿Quién las hace? ¿Qué día les llegan estos pays? ¿Y de qué otros sabores hay? Todo, claro está, en medio de una docena de bromas incómodas para todos menos para él.

Debido a la mudanza y a que aún faltan algunos arreglos, hay trabajadores viniendo todos los días. Para cualquier otra persona, esta presencia resultaría una molestia, algo con lo que uno quisiera acabar lo más pronto posible. No es el caso con él. Estos duendes de Santa proporcionan no

sólo un servicio de reparación, sino además compañía. Hay veces en las que mi deber es asistir a alguno de estos sujetos. Es entonces cuando tengo que instruirme en el conocimiento del mundo masculino y fingir que sé todo lo que hay que saber sobre válvulas y refractarios y motores y baleros. Podría discurrir por horas sobre el problema de la técnica (*techné*) en Heidegger y de cómo estamos experimentando los estragos de lo que el Mago de Messkirch con mucho acierto denominó la *Gestell*, pero sospecho que no es lo que el señor Gálvez tiene en mente cuando se refiere a algo “técnico” o “práctico”. Como cuando me toca ir a la ferretería y uno de esos viejos que parece que se la vive formado ahí, cenizo, con la uña negra puteada y un rengueo permanente, me empieza a explicar para qué sirve la pieza que ando buscando sin que yo se lo haya pedido.

Como decía, creo que en realidad disfruta sentir la presencia de subordinados trabajando para él. Lo mismo aplica conmigo. Si ve que estoy leyendo un libro o viendo una película, algo dentro de él empieza a irritarse. Si, por el contrario, me ve realizando una tarea, por más mecánica e insignificante que sea, como barrer un pasillo por dos horas, se puede apreciar un brillo de felicidad en sus ojos.

Siempre he tenido esta sospecha. Necesita que la cubierta de la piscina esté limpia, pero más que eso, necesita que *yo* haga algo “productivo” y por eso me manda a limpiarla. En algún momento me equivocaré o no haré el trabajo a la perfección, y entonces, como a los quince años, me dirá que no todo en la vida son libros, saboreando cada palabra mientras pronuncia esta frase. Sin importar la edad sigo siendo un Kerouac sin callos en las manos empecinado en escribir una novela mágica.

En medio de esta frustración y humillación, una amiga me llama para inquirir sobre ciertas conductas tóxicas por medio de las cuales los hombres de estos rumbos preten-

den demostrar su hombría. Me siento capacitado por haber leído *Fight Club* y haber visto la adaptación de Fincher para hablar sobre el problema de la emasculación occidental y cómo sobrellevarlo.

Por muchos años pensé que si uno quería rebelarse contra la autoridad parental entonces bastaba con blasfemar y declararse ateo. Nada más alejado de la realidad. Las creencias religiosas son personales y se respetan. Sin embargo, cada quien tiene su dios íntimo y secreto al que le rinde culto y contra el que nadie debe atentar. Descubrí que la fe de mi mamá era la limpieza; la de mi papá, el trabajo. De haberlo sabido antes hubiera bastado con dejarme crecer las uñas y redactar una apología del *otium*.

De manera que Dios es el trabajo, el trabajo es Dios. Resulta gracioso porque no se da cuenta de la entonación autoindulgente que emplea al recordarme –una vez más– que mis bisabuelos tuvieron que migrar de Jalisco para venir a probar suerte a estas áridas tierras. Es como escuchar a un rabino relatando el Éxodo o el inicio de *Cien años de soledad*. Esta obsesión enferma por la cultura del esfuerzo y del trabajo me permite comprender mejor el enigma impreso en los rostros karamazovianos de mi familia, *these fucking russian peasants*.

Si quieres complacerlos sólo ponte a chingarle con el pico y la pala y nomás come para andar parado porque a todo se acostumbra uno en esta vida menos a no comer y es que hay que sufrir para merecer.

Si los quieres hacer enojar, haz un trabajo a medias y di que da igual si quedó bien hecho o no. Con esto transgredes la *harmonia praestabilita* según la cual Dios recompensará a los que trabajaron arduamente, mientras que castigará con fuego abrasador a los webones.

Por último, te enteras sobre las verdaderas opiniones políticas de tus padres cuando están dos botellas de vino *deep*.

Esta *Real Politik* no es muy distinta de la basura que uno escucha en programas de radio como los de Esteban Arce o Fernanda Familiar. Sueños húmedos en los que Porfirio Díaz impone orden y progreso azotando a los trabajadores revoltosos que organizaron la huelga laboral en Cananea o en los que somos anexados por Estados Unidos o España. De niño, cuando era Navidad, lo escuchaba conversar con mi tío y el diálogo me parecía inaccesible, fuera de mi alcance por siempre. Ahora me suena simplón y reduccionista. Pero más allá de la guerra abierta contra AMLO, percibo en él un aire profundo de desilusión política mezclado con un pesimismo y un miedo por volver al neoliberalismo de los ochenta, cuando no había ni para limpiarse la cola.

Mientras se explya en temas que van desde los masones a la educación financiera, llegando incluso a negar la Conquista de México, yo escucho atento y transijo con el sólo propósito de avanzar la conversación. Cuando intento hacerle ver –como estableció claramente Gadamer en *Verdad y método*– que sus opiniones no son la verdad absoluta, sino más bien interpretaciones que dependen de un horizonte de comprensión no exento de prejuicios, me interrumpe con un movimiento negador de cabeza:

Sí, pero ese fulano pudo pensar eso porque ya tenía la papa asegurada, por eso.

Sí, pero ya no estamos hablando de eso, sino de que...

Noooooo...

Y así hasta altas horas de la noche.

A la mañana siguiente me despierto a una hora razonable, ni muy temprano, ni muy tarde, y me baño. Considerando la cantidad de alcohol que ingerí, acepto la ligera cruda con gratitud. Salgo y me visto. Afuera no se escucha ni un ratón en los demás cuartos. Por primera vez en la vida pienso que me le adelanto, que ha de estar deshecho en la cama, no

queriendo saber nada del mundo. Pero paso por su oficina y ahí está, pegado a la pantalla de la computadora, vestido y bañado como si nada, como si anoche hubiera estado tomando té.

Toma. Están buenos estos lonches del centro.

Y me da un lonche de frijoles con chorizo, pensando que con eso es suficiente.

HENRY

I

Conocí a Henry Ørth en un intercambio escolar de la prepa. Era 2013, tenía diecisiete años y llevaba ya un rato sintiendo la necesidad de estar por primera vez a solas, sin familia, amigos, conocidos y lejos del entorno en general que me envolvía. Los motivos eran de corte existencialista o romántico –que en ese entonces era decir lo mismo– y tenían que ver con amores no correspondidos y con una vaga noción de *spleen*, asuntos que ahora me parecen menores y hasta triviales, pero que quizás no lo eran tanto. Para mi desgracia, pronto me enteré de que no era el único y de que otras diez personas de la escuela estarían acompañándome. Desde entonces mi vida ha sido una incesante búsqueda, siempre frustrada e interrumpida, de soledad.

Realicé mi primer viaje por cuenta propia en agosto de aquel año y en el trayecto no faltaron infortunios y percances. Tenía que tomar dos escalas, una en Houston y otra en Cleveland. El vuelo de Houston se retrasó o quizá sí llegó a tiempo a Cleveland, pero con las distancias, los protocolos de seguridad, los mapas y los transportes que tenía que

tomar para llegar al otro extremo del aeropuerto, perdí el vuelo. Por poco, pero lo perdí, a fin de cuentas. Creo que se apiadaron del hecho de que era menor de edad y me dieron (al menos prometieron darme) cierta prioridad para abordar el próximo vuelo a Montreal. En la sala de espera intenté comunicarme sin éxito alguno con la que sería mi anfitriona y con mis padres.

Ya más relajado en el asiento del avión vi cómo un *shooter* de Tito's Handmade Vodka rodó por debajo del asiento de enfrente hacia mí. Un regalo caído del cielo. Sentí el alcohol quemar mi estómago que en todo el día sólo había ingerido una rebanada de pizza y *The Dharma Bums* de Jack Kerouac.

El día de la inducción nos dividieron en grupos para las dinámicas. Éramos como quince mexicanos (de Chihuahua, Aguascalientes, Saltillo y León) y quince alemanes. Formamos un círculo y cada quien tenía que compartir una palabra que le pareciera graciosa en su idioma natal. Sólo recuerdo que alguien dijo *chimichanga* y que, llegado el turno de un alemán, éste respondió *Scheiße*. Después sonrió con naturalidad y malicia, como si estuviera aquí para jugar con el orden y poner todo patas pa'riba. *Alles auf den Kopf stellen*.

Me acerqué a hablar con él mientras nos daban el recorrido por el colegio. Curiosamente, antes de hacerlo me recibió con una sonrisa, como si todo este tiempo hubiera estado esperando que lo hiciera, como si fuera el consecuente lógico a su respuesta. Siempre he sido bastante torpe a la hora de abordar gente de otra cultura o de otros lugares. Lo primero que hice fue interrogarlo sobre Goethe.

Have you read Faust?

Fost?

Yes, Faust.

What is that?

It's a play by Goethe, Faust.

Oh you mean Faust.

Yes, Faust.

Oh, 'cause this is Fost.

Y señaló sus nudillos.

Hicimos clic de inmediato y pasamos a hablar sobre un torbellino de cosas. Henry era oriundo de Düsseldorf, pero se había criado en el *Midi* francés, en Niza. La Ø de su apellido en Facebook era por mamón, aunque ahora que lo pienso bien podía pasar por noruego. Hablaba francés a la perfección –pronto remarcó que su francés era mejor que el mío, pero que mi inglés era mejor que el de él–. Había pasado su adolescencia en internados, pero prefería no tocar el tema porque algo muy triste y lamentable le había sucedido ahí. Era un excelente golfista, tenía varios hermanos y ya había estado de intercambio en otras latitudes del mundo.

Al día siguiente nos llevaron de excursión para que conociéramos el centro de Montreal y aprendiéramos a desplazarnos un poco por la ciudad. Retomé la plática con Henry y mencioné el cine de Fellini, de Lindsay Anderson, las canciones de Jacques Brel. Henry estaba de acuerdo y sonreía, conocía todo esto, pero no decía más al respecto. O quizá sólo lo conocía vagamente de oídas. Me contó que justo antes de venir a Montreal había estado en Londres y que en una noche de fiesta se fondeó una botella de ginebra y terminó vomitando en la calle. Lo que más me llamó la atención fue la manera en que platicó la historia, como niño entusiasmado y feliz que refiere un relato a sus amigos del colegio. Cerca del puerto hicimos una parada para comer. Todos los mexicanos se formaron en el área de comidas para comprar platillos que rondaban entre los ocho y diez dólares. Henry esperó afuera y produjo de su maletín –un maletín de cuero negro con un aspecto retro que hacía pensar en el fútbol alemán de los ochenta– un sándwich, unas *baby carrots* y una botella de agua. El sándwich estaba hecho con las últimas rebanadas que le quedaban de *Brot*. Todos

los días registraba sus gastos en una libreta. Nos veía con una mirada que era una mezcla de decepción y de lástima por malgastar nuestro dinero así. *Pff*.

Era además un oportunista exacerbado. Poco antes de que comenzaran las clases hubo una proyección de cine en los jardines frente a la entrada del colegio. Por alguna razón estaba sentado en el pasto con Henry y los demás alemanes que fumaban despreocupados. Cuando una de ellas habló le dije que tenía una voz wagneriana. Ella me devolvió una sonrisa alegre y vacante.

En un puesto estaban regalando hot dogs y sodas para todos. Nos formamos y después de que nos dieran nuestra comida regresamos al lugar en donde estábamos sentados. Mitad como reto, mitad por gusto, Henry me dijo que nos formáramos otra vez. No habían pasado ni cinco minutos. No sé cómo, pero a pesar de que evidentemente nos reconocieron, le dieron a Henry no sólo uno, sino dos hot dogs y dos refrescos. A mí no me dieron nada, a pesar de que estaba formado con él.

Where are you from?

Ge(h)many.

Nice, and where are you from?

Mexico.

Oh, yeah, you do look Mexican.

Ok? (wtf).

Y así fui conociendo a los alemanes y sus extrañas maneras de ser (*Sein*). Había dos tipos: el primero estaba compuesto por seres extrovertidos que sobresalían y que se expresaban con seguridad; el segundo, por tipos callados, retraídos y “falsos alemanes” (entiéndase por ello lo que se quiera). Con las mujeres pasaba lo mismo. La diferencia se advertía hasta en sus posturas y en su modo de andar. Los primeros se sentían con derecho legítimo a todo, mientras que los otros preferían pasar desapercibidos y no hacer mucho ruido.

Nuestros “grupitos” eran mucho más heterogéneos y tenían que ver más con afinidades personales, quién se acoplaba chido o quién caía mal, cosas de ese estilo.

Un viernes por la noche Henry me invitó al centro. Ese fin tenía casa sola. ¿Qué vas a hacer? le pregunté en francés. *Se branler*, me contestó por mensaje. Quedamos de vernos en la parada de camiones de Fairview. Los mexicanos también iban a salir, pero Henry no quiso esperar una hora o más a que todos llegaran al punto de reunión, así que me fui con él y con sus amigos cercanos, otros tres alemanes. Durante todo el trayecto no hablaron más que en su idioma. La única vez que Henry se tomó la molestia de traducir algo fue para informarme que al padre de uno de ellos le habían revocado la licencia por conducir a exceso de velocidad, cosa sorprendente en Alemania.

Primero llegamos a Les Trois Brasseurs, una cervecería con excelente cerveza y comida. Empezamos a beber y los alemanes se abrieron más y más con cada brindis intimidante en donde tenía que mirarlos fijamente a los ojos antes de tomar un trago. Parecía más un duelo cara a cara que cualquier otra cosa. ¿Qué puedo decir de los otros? Jordi era una garrocha que jugaba basquetbol y que siempre estaba sonriendo por todo. Sin lugar a dudas, era el más alivianado y el que mejor hablaba inglés. Me contó sobre su fiesta cuando cumplió dieciséis años en donde se puso pedo y perdió la virginidad. Despedía cierto *joie de vivre*. Max era el más joven de todos. Tenía cara de bebé enojado, pero era muy alto y tenía una fuerza bruta que no dudaba en emplear cada vez que alguien decía algo negativo sobre su equipo de la Bundesliga o cuando se emborrachaba y te golpeaba de una forma que no sabías si era una provocación o un gesto de aprecio. Le gustaba mucho el rap alemán y en un viaje en autobús me puso a escuchar un álbum completo con él, volteando y asintiendo entre cada pista como si yo entendiera

la letra a la perfección. Lorenz parecía el Pingüino de Batman. Era gordo, chaparro, feo y granoso; el estereotipo de lo que esperarías encontrar en un pueblo bávaro o en pleno Oktoberfest. Se quejaba del frío y decía que en Alemania nevaba, pero que no hacía frío, al menos no como aquí. Los cuatro fumaban como chacuacos mientras intercambiaban frases en una lengua desconocida para mí.

De ahí fuimos a otro bar con unas morras que ellos topaban no sé de dónde. Una era una canadiense güera y yonqui que tocaba la guitarra, otra era una morra muy guapa, mezcla de una madre japonesa y de un padre francés. Ah, cómo *Hiroshima, mon amour*, pero al revés, le dije. Y de nuevo, ahí estaba esa sonrisa vacante y vacía. Fue una gran noche, pisoteando y tirando desmadre afuera del bar en la calle. Lorenz me pidió prestados diez dólares para pedir una ronda de chots. No sé qué hacía una economía tan sólida como la alemana pidiéndome fondos, pero valió la pena verlo hecho un bulto quince minutos después de que se tomara cinco chots seguidos.

A los de la escuela se les ocurrió organizar un partido amistoso de fútbol. El único austríaco se anexó a los alemanes y con nosotros se vino todo lo que fuera de Latinoamérica. Más que el resultado *–jugamos como nunca, perdimos como siempre–* me impresionó el hecho de que los mexicanos poseíamos mayor talento individual, es decir, más técnica, más gambeta. Pero los alemanes, a pesar de no componer la mejor representación nacional, cumplían con el papel específico que a cada quien le correspondía. Se pasaban la pelota entre ellos, mandaban centros, armaban jugadas, sometién-dose al orden colectivo. Nosotros, en cambio, hacíamos lo que podíamos e intentábamos que la pelota llegara arriba, donde los medios y delanteros se la jareaban y trataban de burlar a tres alemanes. Todo mundo con la mano levantada y el pase no llegaba nunca. Al final del partido, Henry exclamó:

mó con sorpresa: *Why are you so good?* Y esto no era un cumplido, era incredulidad, algo no le cuadraba en su cabeza.

Henry y yo compartíamos una clase en común: Negocios. Yo, porque era una materia obligatoria del programa; él, porque a eso quería dedicarse. Yo quería ser escritor; él iba a hacerse cargo del negocio familiar. No por nada había aprendido a jugar golf tan bien. Una tarde después de clase me invitó a su casa. Él vivía en Pincourt, a media hora del colegio en camión y a una hora caminando. El plan era cortarnos el cabello antes. Encontramos un lugar en el camino que cobraba dieciocho dólares, lo cual no era ni caro ni barato. Nada pendejo, Henry me usó de conejillo de indias para ver si la quebequense era buena con las tijeras. Mientras la estilista me hacía el corte, ella y Henry hablaban en francés con enorme facilidad. Henry remarcó casualmente que ella era muy alta y muy grande. Al salir y contemplar mi corte, Henry expresó lo aliviado que se sentía de no haberse cortado el cabello ahí. Lo cual sonaba descarado, si Henry hubiera sabido lo que era el descaro. Volvió a mencionar lo grande y alta que era la peluquera en unos términos menos amables que cuando estábamos dentro.

Cruzando el puente que separa Pincourt de la Baie-d'Ur-fé, Henry sacó un Lucky Strike y me ofreció uno. Bueno, me "ofreció" uno.

But I don't even smoke.

Yeah, bot chu ahr my friend.

Pos bueno, ni qué hacerle. Fumé el cigarrillo sin poder inhalar el humo hasta que llegamos a su casa. Sus anfitriones –y esto Henry me lo había dejado bastante claro de antemano– eran *canadian white trash*. Se quejaba de sus emociones y de sus hábitos alimenticios. Por eso eran gordos y miserables. Al entrar por la puerta, el señor se asomó por el umbral de la cocina. Henry me presentó.

Yah, this is Bernardou, my mexican friend.

El señor se detuvo y se irguió como gato, sus orejas erizadas. Tenía muchas preguntas para mí.

Mexico??? Are you part of the cartels??? Is that how you got the money to come here???

Nunca supe si el comentario había sido una mala broma o si era una duda genuina. Definitivamente sonó más a esto último.

En efecto, comimos alitas calentadas en el microondas con Mountain Dew. Después del incómodo banquete subimos al cuarto de Henry, el cual estaba hecho un desastre. Era como si unos ladrones se hubieran metido a robar la noche anterior. Al parecer, Henry confundió la fecha de entrega de un trabajo y se pasó toda la noche temblando y trabajando en un proyecto del cual no tenía ni el título. Estuvimos ahí un rato sin hacer nada. Él ocupándose de sus asuntos como si no hubiera nadie más en la habitación. Luego me acompañó a la parada del camión y en lo que esperamos decidí sacar un ejemplar de *Mexico City Blues*:

*The wheel of the quivering meat conception
Turns in the void expelling human beings,
Pigs, turtles, frogs, insects, nits,
Mice, lice, lizards, rats, roan
Racinghorses, poxy bucolic pigtics,
Horrible unnameable lice of vultures,
Murderous attacking dog-armies
Of Africa, Rhinos roaming in the jungle,*

[...]

What is dat shit? Doesn't make any sense. Pff.

Como nadie pasaba por la ruta, decidimos regresar a la casa y Henry le pidió a su señor anfitrión si podía darme un ride a Baie-d'Urfé. Durante el trayecto el señor se la pasó quejándose del precio de la leche. Como si yo supiera algo o tuviera que ver con eso. Al menos no mencionó nada sobre el precio de la gasolina.

El Pioneer era un bar universitario que se saturaba todos los fines de semana por estudiantes amontonados en la barra en donde un cantinero con aspecto de leñador hacía lo posible por servirles a todos. Ahí estaba yo una noche tratando de conseguir un trago cuando llegó Henry y me pidió que le hiciera el favor de pedir uno para él. Al rato también apareció Lorenz para pedirme cinco dólares. Ni siquiera me había pagado los otros diez, a pesar de verlo todos los días en la fila de la cafetería. Al Pioneer también acudían las morras que había conocido en el centro. De vez en cuando coincidíamos en lugares aleatorios, pero siempre las veía drogándose o drogadas. Entre ellas había la típica morra inalcanzable, güera, ojizarca, Barbie, buena onda. A ella le gustaba Henry. O al menos eso parecía. Henry se la pasaba quejándose y corrigiendo su *québécois*. Bueno, al menos no era el único que tenía que soportar eso y eso que ella era nativa.

Una tarde al salir de clases por el pasillo del sótano, un pasillo semioscuro con casilleros a los lados, los vi teniendo una conversación muy seria. Se veían tristes o consternados. Henry dirá que él no quiso concretar la relación, aunque años después un amigo contradiga esa versión alegando que fue Pauline quien lo rechazó. Haya sido como haya sido, así quedó la cosa. En nada.

No recuerdo si logramos despedirnos al llegar diciembre. Henry se quedaría un par de meses más en Montreal antes de emprender rumbo hacia otro lado. Desde los primeros días me había dicho que fuera a visitarlo a Europa y mencionaba el yate familiar con el cual podíamos hacer un crucero por el Mediterráneo. Le dije que como estaba la cosa era mucho más pelada que nos viéramos en México. Efectivamente, creo que no nos despedimos en persona; los alemanes se fueron de viaje a Nueva York los últimos días que yo me pasé recorriendo Saint Catherine de cabo a rabo.

II

Cinco años más tarde, en el 2018, yo me encuentro estudiando filosofía en la UNAM. Un día veo que Henry sube unas historias a Instagram en las que sale en Puebla. Parece irreal el asunto. Le escribo de inmediato diciéndole que vivo en México y que puede venir a visitarme a mi departamento. Accede diciendo que vendrá en un par de semanas.

El viernes acordado voy a recogerlo a Taxqueña. No traigo mi celular conmigo o creo que él no tiene pila, pero lo veo llegar a tiempo con una enorme mochila verde de viajero colgada de su espalda. Al verme sonríe con la misma sonrisa, como si todo estuviera planeado, como si fuera lo más natural del mundo. Nos subimos a un taxi y nos dirigimos a mi departamento. Hablamos como si nos hubiéramos visto ayer. Henry menciona que yo sigo idéntico, a excepción de la barba. Él, por su parte, tiene el cabello más largo, un intento de barba que más bien es piocha y usa lentes. Está sorprendido por su impresión de la ciudad.

I thought it would be moah... dusty dice restregando su pulgar con el índice. En mi mente imagino escenarios caricaturescos de Chano y Chon o algo por el estilo.

Esa tarde vamos a Coyoacán. Henry nunca pudo pronunciar Coyoacán correctamente. Siempre es “Cocoacán”, “Cocoyecán”, “Cocoloacán”. Los nombres mexicanos le causan gracia, como si el alemán no estuviera plagado con palabras impronunciabiles de cuarenta letras. No hacemos gran cosa, sólo nos sentamos en las bancas de la plaza y vamos a cenar gringas. Henry está obsesionado con encontrar una gringa mejor que la de su taquería poblana favorita. En general, Coyoacán le parece bonito, muy parecido a Puebla. Muchas cosas no le traen chiste habiendo estado ya unos meses en México y habiendo visitado otros países. Pero ya llegaremos a eso más adelante.

El sábado decido que lo más prudente, dado que Henry sólo estará en la ciudad este fin de semana, es ir al Centro Histórico. En el camión rumbo al metro le llega una llamada a Henry y mientras responde en un alemán acelerado a mí me dan flashbacks de Vietnam por aquella noche de ininteligibilidad germana rumbo a Downtown, Montreal. Tomamos la línea tres del metro. Henry no dice una sola palabra, no me voltea a ver ni aparta su vista de enfrente. Al descender del vagón en Hidalgo sentencia que nunca imaginó que existiera un metro peor que el de París. Si supiera que esta línea es de las mejorcitas.

Caminamos hasta la calle Bolívar y comemos en una Casa de Toño (idea suya). Pedimos pozole con unas Coronas y él degusta la quesadilla de chicharrón. Cuando nos traen la cuenta se sorprende de lo barato; pensaba que sería más caro por ser un local concurrido y demás. Como buen fenomenólogo, paga en señal de amistad y veneración.

El Zócalo es parada obligatoria. Henry quiere entrar a conocer la catedral. Al ingresar se persigna con mucho respeto y se queda unos minutos a escuchar la misa. Yo espero afuera.

Yah, theah no churches like this back in Ge(h)many. Por supuesto, el claro contraste entre la expresión americana del barroco y la sobriedad del protestantismo.

Seguimos con el Museo del Templo Mayor. Contemplando las ruinas y los restos de las bases piramidales de Tláloc y de Huitzilopochtli, Henry me pregunta muy sinceramente: *Where are all the aztecs?* No vi venir esa curva. Saliendo del museo están los conchos danzando y haciendo limpias. Henry se queda pasmado y empieza a grabar con su celular, luego pausa el video para admirar la demostración como si fuera la octava maravilla del mundo. *Here are the aztecs!* seguro piensa.

Deambulando por la Plaza de Santo Domingo Henry no deja pasar la oportunidad de jugar fútbol con unos niños. Les grita desde lejos que le pasen la pelota y se están un rato mandándose pases largos de lado a lado. Es impresionante cómo Henry podía conectar con cualquier persona, no importa que fuera una estilista canadiense o un niño chilango de la calle.

Siento que he cumplido cabalmente con mi papel de guía turístico y que toca un más que merecido descanso. Conozco justo el lugar para pasar a la parte más interesante de todo recorrido: la parte ética. Henry no puede estar en mejores manos. Lo llevo a la calle de Regina, con los bares pegados uno con otro. Casi al final de la calle hay un lugar con buenas promos. Un misil por ciento sesenta y cinco. Aquí mero, le digo. Henry rechaza la iniciativa por varias razones que jamás hubiera imaginado: la calle no es de su agrado ni tampoco eso de andar pidiendo cervezas jumbo como los gringos. Más aún, ¿cómo nos vamos a beber tres litros de cerveza entre dos? Puta, me los puedo beber yo sólo, pienso. Lo que Henry quiere es una terraza con vista al Zócalo, no sillas de lámina, chelas y rock en español.

Así que vamos de regreso al Zócalo. En las faldas de uno de esos edificios enormes y antiquísimos, una señora se acerca ofreciendo justo lo que el güerito busca. Si los huelen a los cabrones, lo predecibles que son. Nos hace seguirla hasta un local con cortina metálica, la levanta y deja que pasemos. Luego subimos escalera tras escalera hasta a llegar a una azotea tranquila con vista agradable. La misma señora que nos conduce hasta ahí se vuelve nuestra mesera. Nos trae una mísera cubeta que compartimos entre los dos. La primera cerveza no sabe mal, pero la segunda está tibia y sin gas. Se lo hago saber y de la manera más atenta le pido si me la puede cambiar. En eso estamos cuando llega de metiche el capitán de meseros pensando que hay un problema.

¿Tú se las destapaste? Okey, entonces te la vamos a descontar de tu salario, exclama y desaparece.

Quiero arreglar las cosas, explicarle que esa nunca había sido mi intención, que sólo quería que me cambiaran la cerveza sin llegar a esas represalias. Pero no se pudo hacer nada. La mesera se me queda viendo como si todo hubiera sido mi culpa.

Sintiéndome mal no puedo evitar analizar lo ocurrido. Hablo de Derrida y de la singularidad, de cómo para esa señora ese dinero significa mucho dadas las condiciones económicas y laborales del país, de cómo en una ética situacional hay que ver personas y no bultos. Henry despacha la viabilidad de la postura con argumentos kantianamente categóricos, basados en el sentido común.

Camino a casa paramos en un Circle K. Le pregunto si quiere llevarse un doce al departamento. La respuesta, de nuevo, es negativa. Henry bebe con moderación y ahora yo soy el alcohólico y fumador empedernido. Tiempo después me pongo a pensar que tal vez Henry no quiere beber por temor a bajar la guardia y que le pase algo en la ciudad, viéndose tan notoriamente europeo. En el departamento hablamos de su novia, la cual yo conozco sólo por fotos. Es catalana y Henry ya sabe o entiende un poco de español. Son una pareja instagrameable, aunque de repente ella llegue a decir que Henry es un cabrón egoísta que sólo piensa en sí mismo. Lo sé porque Henry me pide que le traduzca un mensaje de texto que le llegó. Sentados en los sillones de mi cuarto-depa, a Henry le llama mucho la atención mi librero repleto de libros. Le causa gracia que viva rodeado de ellos como si fueran mi única compañía.

What do you do when you get home from school? Read your books?

Yeah, what do you do?

I fuck ma gi(r)lfriend. (Sonrisa).

Por curiosidad saco a tema a Heidegger, para ver si se le conoce en Alemania.

¿Heidegger?

Noup.

Die Sprache ist das Haus des Seins?

No, I have not heard dis.

(¿Qué raro, no?)

¿Wittgenstein?

No. I don't think so.

Die Grenzen meiner Sprache bedeuten die Grenzen meiner Welt?

Henry sacude la cabeza hacia los lados.

Kant, ¿Kritik der richt...?

Der reinen Vernunft. Yah, that one yeah.

And Hegel?

Oh yah, Hegel also.

Y luego Henry me confiesa que en Francia es más fácil hablar de filosofía, o de insensateces, o de *n'importe quoi*, a diferencia de los alemanes que son muy cuadrados. Con un alemán no tiene sentido ni siquiera intentarlo. Y pensar que una vez Heidegger comentó que cuando los franceses quieren filosofar aprenden alemán.

El último día, el domingo, vamos a Chapultepec por la mañana.

Hey, why you dressed like narco?

Me le quedo viendo y luego miro mi atuendo. Llevo puestos unos pantalones de mezclilla y una chamarra negra de piel. Al principio no entiendo su comentario, uno sobre el cual ya ha insistido varias veces a lo largo de su estancia. Tardo en comprender que es una broma y que Henry recuerda los días en Pincourt. Al contemplar el panorama urbano desde la cima del castillo a Henry le parece desordenada y sin sentido estético, el cual es un juicio que uno esperaría de cualquier europeo promedio.

Sus amigos alemanes que ya han visitado México le han dicho que no puede perderse las luchas. Henry quiere ver Polanco también. Le informo que no hay tiempo suficiente para las dos actividades. Así que vamos a la Doctores y compramos nuestros boletos en la Arena México. Se me hace una buena idea matar tiempo en La Hija de los Apaches, una pulquería a dos minutos caminando de allí. Qué afortunado es Henry de tener un guía como yo, no sé qué haría sin mí, pienso. Pues tan sólo llegamos y nos sentamos, a Henry le cambia la jeta *ipso facto*. Con ese cabello largo, esa piocha y esos lentes parece James Hetfield en los noventa. Otra vez el silencio y la mirada en blanco. Me doy cuenta de que no se siente seguro. Apuro la caguama lo más rápido que puedo y nos vamos. Cruzamos Avenida Cuauhtémoc, que separa la Doctores de la Roma, y tan pronto ponemos un pie en la banqueta al otro lado de la calle, Henry respira aliviado.

Man, why it feels so different, bro, it's yost the other street...

Yo no le había platicado nada de la zona, fue él solito y su intuición. Nos metemos a un bar de alitas y ahí se relaja y pedimos unos tarros.

Henry, where do you think the Aztecs come from?

From the mud. (Sonrisa).

¿Me estaba rompiendo las bolas con un comentario deliberadamente racista o era una alusión errónea al relato de la creación en el *Popol Vuh*?

Da la hora y entramos a ver la lucha libre. Henry mira absorto el espectáculo de chicas Tecate, enanos, gordos, villanos, lesbianas y monstruos que este gallinero proporciona. Yo me dedico a beber. Para él las luchas y los conchos son el clímax del viaje, no Coyoacán ni los bares en Regina.

A la mañana siguiente Henry me despierta apresurado mientras empaca sus pertenencias. Se le hace tarde para llegar al aeropuerto. Me pide doscientos pesos prestados, se

los doy, abro la reja y nos despedimos. En esos días yo podía volver a dormir sin ninguna otra responsabilidad más que ir unas cuantas horas a la facultad y entregar proyectos finales.

A diferencia de Lorenz, Henry me deposita el dinero en cuanto llega a su destino y me manda un mensaje agradeciendo mi hospitalidad. Pasan los meses. En abril le mando una felicitación en alemán por su cumpleaños que nunca contesta. Poco después, borro mis redes sociales por motivos que, al igual que Henry con el tema del internado, prefiero no tocar.

El punto es que pierdo su contacto y no sé qué haya sido de él, pero me lo imagino exitoso, casado o próximo a casarse con la catalana o con otra mujer, con dinero en su cuenta de ahorros, recorriendo el mundo. Seguro si me viera ahora con mi bigote, mi camisa de trabajo, mis botas y viviendo en Chihuahua, diría lo mismo. Que parezco narco.

SASHENKA

Si voy a una ciudad grande y no quiero toparme a nadie, ¿es más probable que eso pase? Digo, porque si se trata de una ciudad chica o incluso de un pueblo rascuache, pues a huevo te vas a topar a alguien. Ya sabes lo que dicen: pueblo chico, infierno grande. Por otro lado, el que haya mucha mayor densidad de población en una metrópolis incrementa las probabilidades de un encuentro y al mismo tiempo las reduce, porque resulta más fácil perderse entre la multitud y el anonimato.

Dejo estas preguntas sobre la mesa mientras espero. Aunque a estas alturas estoy cansado de esperar, tanto para cosas intrascendentes como para lo más importante, porque la vida se va en esperar, en esperar el día del vuelo, esperar en la sala de abordar, esperar a que el avión despegue, esperar a que recorra mil quinientos kilómetros a doce mil metros de altura, esperar a que aterrice y uno pueda desabrocharse el cinturón de seguridad, esperar a que el equipaje salga en la banda, esperar a que el taxi atravesase el tráfico de la ciudad y luego esperar hasta mañana para arreglar el asunto pendiente porque hoy es domingo. Y todavía habrá una

respuesta que implica más horas, más procedimientos, más trámites, más expectativas y todo se consume y se extiende en un plazo infinito.

Me asombra el desapego con el que paso por lugares en los que estuve o en donde ocurrió algún evento significativo en mi vida. Ya no despiertan nada en mí, ni siquiera curiosidad o interés. Ya no me hallo, lo percibo hasta con los taxistas que no entienden cuando les pido que me lleven a la UNAM o al Parque México y me voltean a ver como si fueran los sitios más insólitos del mundo. Pero es cierto lo que reportan las redes sociales y las noticias sobre la invasión gringa en la Condesa. No recuerdo que hubiera tanto gabacho durante todo el tiempo que viví en la ciudad. En una librería tres gringos sostienen una conversación en su idioma natal mientras considero si debería unirlos y preguntarle al dueño si el precio de ese ejemplar autografiado por John Cheever es de dos mil pesos. Pero bueno, también es una librería de expatriados en plena Legión Americana. ¿Qué esperaba?

Sólo veo fantasmas, espectros de sueños y de personas que en algún momento conocí. Por un instante creo que ese wey que practica capoeira en Las Islas es Carlitos o que Lucía es esa güera que pasea por Condesa junto con otros dos blancos. Pero no, se ve muy pija, diría ella. Y sí. Con toda razón.

Restos de lo que había.

El lunes, después de realizar los trámites correspondientes, regreso a Condesa y después de matar el tiempo un rato por ahí decido ir hacia la Roma rodeando por San Luis Potosí, viendo si logro salir exactamente a la calle de la librería que busco. Por algún azar del destino agarro Frontera y subo unas cuantas cuabras y cuando levanto la vista en la esquina con Zacatecas cruzo miradas con Karina Sashenka y me

quedo incrédulo porque he visto tantos fantasmas recientemente, pero sí, claro que es ella, no hay duda, permanece un resquicio de incertidumbre, pero por supuesto que es ella, en esas fachas, en esa ropa apretada y sensual con aspecto de gitana, con ese andar torpe y voluptuoso, y sigue su camino y giro la cabeza para observarla hasta que poco a poco va desapareciendo de mi vista.

Karina fue mi segundo crush de la carrera. Tardé mucho en saber cuál era su nombre. Pensaba que Sashenka era un alias de Facebook que se había puesto sólo por mamar, como estaba de moda entre las morras alternativas de la fac (*justo*). Pero luego descubrí que su verdadero nombre era Karina Vivanco Sashenka y ese fue un hallazgo dichoso, como abrir una caja de chocolates o encontrar un billete de veinte pesos en el pantalón, porque para mí el amor siempre ha estado vinculado a nombres que ejercen un magnetismo y que son como un sigilo o un hechizo que se repite en voz baja sin cesar. Y su belleza rusa me hacía pensar en lobos esteparios, tormentas de nieve y recetas de sopa de papa.

De ella conservo tantas impresiones vagas y superficiales, como que era bien hippie y pacheca y que se había metido de todo en CCH. Tenía gustos psicodélicos y eclécticos (Pink Floyd, mandalas, gatos). Había quedado flechado por su físico y por su voz algo ronca y sosegada que hubiera podido escuchar de forma ininterrumpida. Siempre aparecía bajo un aspecto proteico en el que todo le sentaba bien. Una vez le pregunté saliendo de una clase de Historia de la Filosofía V qué capítulos de la Ética de Spinoza había dejado el profe de tarea y otra vez en una peda hice un chiste sobre la tendencia colonialista de los lasallistas en sus misiones y se rio. Y a eso se resumen nuestros intercambios. Pero recuerdo las peregrinaciones que me aventaba en quinto o sexto semestre desde mi depa en Ferrocarril del Valle, yéndome por el mercado de San Ángel y luego entrando a Guadalupe

Inn por la calle del Museo de Arte Carrillo Gil, la iglesia y el parque, y vagaba tratando de reconstruir mnemotécnicamente uno de los primeros lugares que había pisado en la ciudad hace años, y de ahí me cruzaba a San José Insurgentes, pasaba a comer a la taquería de El Negro y terminaba el recorrido en la colonia San Juan, en la plaza Gómez Farías, de frente a la iglesia y con la casa del abuelo de Octavio Paz en la esquina.

Pues ahí está la respuesta a la pregunta del inicio.

Después de ir a la librería tomo un taxi para acercarme a Polanco y mientras recorro Masaryk y Horacio sólo escucho un murmullo que sale de todas las mesas y terrazas de los restaurantes. *Ah, okay, súper bien, súper...*

Me siento un rato a leer en el Parque Lincoln. Un cuento de Onetti que me cuesta y que no me está gustando. Y en eso veo a una morra que contesta una llamada, una morra con una belleza björkiana (si es que eso existe), pero digamos entonces una belleza nórdica o escandinava o gélida. Trae chamarra de piel negra, pantalones de licra beige que parecen de vestir, botas negras y una risa que es exclusivamente para ella, una carcajada que estalla por sorpresa para luego contenerse dentro de sí misma. Intenta asomarse por un agujero al aviario que está cubierto con una lona para ver lo que hay dentro y luego se desplaza por varias bancas mientras sigue hablando sentada por teléfono, una conversación que de repente parece seria o grave y por momentos se torna graciosa, y cuando decido irme paso a su lado y sólo alcanzo a escuchar una frase que abandona su boca: *Me hubiera gustado que me quisieras...* y eso es lo que queda para mí de ese Sueño capitalino de películas y de atardeceres en la Condesa y de paseos en bicicleta por la Anzures o por Polanco, tanto misterio, tantas noches enormes, inabarcables, tanta inmensidad como si fuera la última frontera.

Porque ahora sólo es el purgatorio, un purgatorio del cual llevó más de dos años intentando salir, pero todavía habrá que esperar una respuesta del jurado por correo. Por eso me voy a El Depósito a embriagarme y a esperar a que el Rulo me alcance ahí y nos vayamos, porque él tiene las llaves, no las llaves que abren la puerta de los Sueños, pero sí las llaves de su departamento y eso ya es mucho. Me pongo pedo con seis pintas de una madre que se llama Sombrero Verde en medio del olor a lluvia y fritanga y fábrica cervecera.

Al día siguiente no tengo nada qué hacer. Despierto sin sentir la cruda, luego pienso que sólo es eso y que con unos chilaquiles y un Gatorade se me pasará, pero no. Pinche cuerpo cortado, me duele caminar o incluso estar recostado en el sillón. Ni el caldo de gallina (mollejas) de puesto que me echo a mediodía me levanta. Nada qué hacer más que chutarme tres películas de Mubi seguidas, cada una mejor que la anterior, *Los insólitos peces gato* (porque expira hoy), *El sabor de las cerezas* de Kiarostami y por último *La caza* de Vinterberg. *Qué joya, ¿no?* Y ahí la llevo más o menos hasta que al repartidor de Amazon se le ocurre tocar el timbre con un paquete de cubrebocas KF94 que el Rulo había pedido y entonces el pinche Dobby se pone todo ansioso queriéndose salir y hay que mencionar que el Rulo me advirtió sobre esto y si me quedaban dudas ahí estaba el pinche moretón en el brazo del Joaquín. No sabía que los corgis podían ser criaturas tan agresivas. Cuando intento cerrarle la puerta en el hocico para que no se salga muerde mi pie descalzo.

AAHHH PUTA MADRE, CABRÓN.

Cuidado, joven, responde el repartidor sin inmutarse, con una calma... *La voz de la experiencia.*

En el pasillo trato de ponerle la correa, pero el hijo de su puta madre me vuelve a enseñar los dientes y se me lanza mordiéndome de nuevo en el mismo pie. Me tiro como teporocho derrotado a esperar a que llegue el carnal del Rulo

y luego hasta él batalla para meter al pinche perro. Desde el día uno le dije al Rulo que el Dobby es un impostor que esconde su verdadera naturaleza de asesino. Nunca me creyó. Como prueba ahí tengo todavía la marca del colmillo en el empeine.

El miércoles alcanzo a hacer los pendientes con la poca energía que me queda y mejor regreso al depa a descansar. Cojo, con el cuerpo cortado y algo que se avecina como una infección viral, pienso que sólo necesito dormir arropado, porque ni tiempo hay de pensar en que sea COVID. Qué oso. Ya mañana me toca recaudar las firmas que faltan y eso es todo.

Despierto sintiéndome un poco mejor, pero en realidad igual. Al pisar la facultad por tercera vez, por fin comprendo que es como contrastar la última temporada de Acapulco Shore con la primera. Un nuevo *cast* del cual no topo a nadie. Ya no reconozco el mundo del que formé parte cuando estuve aquí. Tal vez la facultad sea eterna, pero no hay nada más efímero que las generaciones y los espacios que se configuran “por un breve momento” dentro de una institución. Por lo mismo me siento a salvo de no tener que ver a ningún conocido, hasta que me topo a Roberto en el pasillo que va hacia el Ágora.

Primero finjo demencia pero de nada sirve porque él se acerca a saludarme y resulta que ahora hasta es adjunto de Greta, entonces los dos vamos a donde mismo. Me sorprende cómo él y los demás profesores que veo después de tanto tiempo me reciben con afecto y me hacen recordar que la facultad y la UNAM y la CDMX y los chilangos no son tan malos después de todo, simplemente tomé muchas malas decisiones, pero de otra manera creo que hubiera sido muy feliz aquí.

Y nomás de entregar las últimas firmas y de que aprueben la fecha para el examen siento cómo se descarga un enorme

peso de mi espalda. Había quedado de ver a Zponge y pienso en cancelarle de lo puteado y jodido y desgastado que me siento. Mi cuerpo está aguantando justo en ese punto de *make it or break it*. O me recupero y salgo ileso de ésta o todo vale verga y duro enfermo quince días. Pero nomás de digerir que ya he cumplido con la misión burocrática y tomarme cuatro litros de ámbar con Zponge, a quien no había visto en siete años, se me pasa. Enfermo que come y caga, como dicen. Hablamos como si nos hubiéramos visto ayer. Llego bien pedo al depa de Rulo y cenamos unos tacos dizque de El Compadre que la neta están buenos.

Al día siguiente me despido de Rulo en Barranca del Muerto con un apretón de manos y un abrazo fraternal de hombres rancheros, y quedamos en una ida pendiente al Balalaika. Desayuno en la Casa de los Tacos en Felipe Carrillo Puerto. No he venido en años, al menos no durante todo el tiempo que estudié la carrera. Y fue decepcionante, casi todos los restaurantuchos en donde comí no se compararon para nada con los puestos de tacos y de chilaquiles y de caldos de gallina. Son de las pocas cosas que verdaderamente extraño y para las que no hay un reemplazo genuino en donde vivo.

De ahí me voy casi directo al aeropuerto porque no quiero andar cargando una bolsa con doce libros por Coyoacán. Cuando atravieso la banda de revisión, el wey de seguridad hojea los libros y me pregunta muy pendejamente:

¿Cuánto te toma leer todos estos libros?

Años.

¿Años?

Años.

Y me siento a esperar en la terminal dos, aunque como dije, a estas alturas estoy harto de esperar.

Aimer, c'est agir.

VICTOR HUGO

*All cowardice comes from not loving
or not loving well, which is the same thing.*

ERNEST HEMINGWAY

3

Poco después de la presentación me topo a _____ durante un receso y vamos a la cafetería que está por los salones de idiomas. Ese día lleva unos pantalones de mezclilla ajustados con agujeros, unos flats grises opacos con brillantina, una blusa blanca y un suéter abierto de rayas grises y rosas. Nos sentamos en una mesa a charlar mientras ella come unas Doraditas. El ímpetu de la conversación sigue fresco, aunque no hablamos de nada en realidad. Lugares comunes. Qué nos gustaría estudiar y demás. Pero esas pláticas son como chispazos de esperanza de que tal vez no perderemos contacto. Después caigo en cuenta de que nuestros

canales de comunicación son muy distintos. Por mensaje hablamos bastante y es más fácil mantener la conversación con vida. En persona no sucede lo mismo por diversos factores. Primero, porque rara vez nos topamos en la escuela, y segundo, porque cuando llega a suceder, ella va acompañada de amigas o de personas a quienes yo no conozco y que yo sea tan introvertido y me ponga tan incómodo alrededor de extraños sólo empeora el asunto. Ese es el gran dilema siempre. Cuando ____' y yo estamos solos todo parece fluir con naturalidad sin ningún problema, pero en cuanto alguien más entra en la ecuación, yo sólo me cohíbo y actúo más torpe que de costumbre.

En aquellos días lo que sostiene el hilo de nuestros intercambios es que Teresa encargó a ambos grupos la lectura de *Del amor y otros demonios* de Gabriel García Márquez y ____' recurre a mí a cada rato para pedirme que le explique preguntas que vendrán en el examen. Yo estoy en plena educación sentimental con *This side of Paradise*, *The Great Gatsby*, *The Sun Also Rises*. Los libros que se quedan contigo para siempre.

Las interacciones con ____' nunca me dejan tranquilo del todo. Siempre queda un aire de incertidumbre. No sé si ella sabe que me gusta. No sé si yo le gusto a ella o si sólo le intereso vagamente. No sé si está jugando conmigo o si sólo quiere que le ayude con la lectura. No sé si ella se la pasa a gusto o logra disimular muy bien su incomodidad. Lo más probable es que ni siquiera tenga una idea muy clara al respecto ni que le preste tanta importancia al asunto, pero cualquier mínima acción hace que yo sobrepiense todo y que sienta la balanza inclinarse hacia un lado o hacia el otro.

En una de las sesiones más memorables del taller literario, Fermín nos habla de Lezama Lima. "Ah, que tú escapes" es un poema al que siempre vuelve y que repite de memoria a la menor provocación. Del autor cubano destaca

su gordura y erudición patológicas. Sabe tanto que la gente piensa que tiene pacto con el diablo, como es el caso con la mayoría de los escritores. Una vez, uno de sus alumnos llega a su casa y le platica:

Maestro, qué curioso... venía yo vagando por la calle, pasando por mi escuela primaria y pensé en Pedro, mi mejor amigo de la infancia... ¡Y al doblar la calle que me lo topo! ¡Hace veinte años que no lo veía!

Eso no es nada sorprendente, chico; es lo que yo llamo el “azar concurrente”. El azar es un orden tan complicado que no lo podemos comprender, pero lo que menos te imaginas que te pueda pasar, lo menos probable... es lo que el caos te da. En el momento en que menos te lo esperas. Por ejemplo, yo desearía que ahora estuviera conmigo la mujer más bella, pero no se puede.

Verdad que está usted loco, maestro.

Verás que llega y toca.

Pasaron quince minutos y mientras bebían algo en la cocina oyeron que alguien llamó a la puerta.

¿Usted es Lezama Lima el escritor?

Sí, dígame.

La nueva Miss Cuba nos ha pedido como su deseo venir a conocerlo a usted.

Esa noche me quedo dormido escuchando el cover de “Do You Wanna Dance?” de John Lennon. Al estar enamorado, la canción insinúa la apertura a una miríada de emociones y aventuras amorosas hasta el momento desconocidas, exploradas, apenas intuitas.

Alrededor de la madrugada, entre sueños y vigilia, despierto y un extraño magnetismo me impulsa a revisar mi iPod. Veo que tengo un mensaje y tengo que corroborar cinco veces, frotándome los ojos con los puños, que mi borrosa vista no me engaña y que no estoy soñando.

Holaaaaaa, estas?
Eres grande, Lezama Lima, grande.

9

Pero una voz comienza a disuadirme y por eso mejor saco ficha para la UACH.

Al principio no me va mal. En mi mente sigo en la prepa, así que hago la tarea sólo por cumplir. Pero a las dos horas me queda claro que no voy a durar mucho ahí. Para octubre nomás piso la escuela para reunirme con otros dos amigos y nos vamos en camión al centro o al casino a empeñar cualquier chingadera que tengamos arrumbada en la casa para sacar dinero pa la peda o a comer una hamburguesa mientras vemos un partido de la Champions en el casino del mall. Son los “días productivos”.

Cada vez más se define la idea de irme al D. F. a estudiar filosofía en la UNAM. No me inscribo el siguiente semestre a la UACH. En cambio, balanceo mis días entre la peda y estudiar para el examen de admisión. Una noche a finales de marzo llego a casa después de una fiesta y reviso los resultados. Pasé. A partir de ahí todo fluye. Encuentro un departamento y al enterarme de que un amigo se irá a estudiar al ITAM decidimos ser roomies.

Siento que la vida por fin comienza. Los primeros días, los primeros meses experimento una sensación de libertad y plenitud absolutas que ahora considero irrepetibles.¹ Pero dura poco, como todo. Había ido en busca de experiencias,

1. The Strokes- Is This It
The Kooks- Inside In/Inside Out
The Kooks- Konk
The Kooks- Junk of the Heart
The Kooks- Listen
The 1975- The 1975
The Black Keys- El Camino
The Black Keys- Brothers
The Gaslight Anthem- Get Hurt
Zoé- Andrómeda
Zoé- Game Over Shanghai (Liu Yang River)

aventura, romance, pero es verdad que los sueños fácilmente pueden volverse pesadillas. Y así tal cual pasa. Conozco a una chica de la facultad y empezamos a andar. Por razones que no viene a cuento mencionar, poco a poco y de una manera subrepticia e inadvertida voy cayendo en espiral, una bola de nieve rodando que se hace inmensa. Me cuesta cinco años salir de ahí. De esa relación solo queda el bloque de un iceberg enorme e inmóvil avanzando en silencio.

Con _____ ya no hablo. Nos seguimos en Instagram y ella a veces le da like a mis estados de Facebook. Una noche, poco antes de que empiece la pandemia, salgo de La Antigua Paz bien pedo y le contesto una historia que dice algo similar a *lo que no me mata sólo me hace más fuerte*. Le pongo: *Was mich nicht umbringt, macht mich stärker*. Intercambiamos una que otra frase casi como en los viejos tiempos. De ahí en más nada. Es la última vez que hablamos.

Unos meses más tarde, ya en plena pandemia, Katia me escribe preguntando cómo me encuentro, cuándo iré a Chihuahua, etc. Le digo que estoy en las cimas de la desesperación. Ella dice que tiene que hablar conmigo.

Esto es poco antes de que mi relación explote. Regreso a Chihuahua en diciembre para pasar Navidad y cuando veo a Katia vamos por un café y luego un rato a su cochera a pistear. La noto algo rara, y yo mientras sigo hable y hable puras estupideces. Llegado cierto punto, me empieza a contar que había encontrado unas cartas que yo le había escrito en la prepa y que de pronto todo tuvo sentido. No sé exactamente a qué se refiere con esto. Más bien, no sé qué espera que suceda al decírmelo. Le hablo de epifanías joyceanas y de cómo la pandemia ha suscitado este tipo de realizaciones en muchas personas. Se pone algo incómodo la cosa.

La siguiente vez vamos por una cerveza artesanal a la Local y decido contarle toda la verdad sobre mi relación y de cómo ya no sé qué hacer al respecto. Estoy desesperado.

Es algo que ya había platicado a detalle con otra amiga. Aun así, sigo sin poder dar el paso decisivo que detone el plan que traigo borboteando en mi mente desde hace meses. Doy un largo rodeo, no sabiendo por dónde comenzar a explicar todo lo acontecido en cinco años. Hablamos, Katia llora, nos besamos en el carro afuera de su casa. *Ya llevas cinco años así, ¿quieres que pasen otros cinco?*

Tres semanas después, en pleno aniversario, tengo otra discusión de rutina con mi novia. Cuelgo la llamada de Zoom y de inmediato borro todas mis aplicaciones y redes sociales. También abandono la maestría que estoy cursando junto con ella sin avisarle a nadie. Parecerá extremo, pero en cinco años es lo único que funcionó. Claro, no es así de fácil. Ella agarra un camión al día siguiente y viene a pararse afuera de mi casa a gritar durante dos horas hasta que llega la policía y aun así rehúsa irse. Me refugio dos semanas en casa de mi papá, por miedo a que vuelva al día siguiente. Compro un nuevo celular, cambio de número, abro una nueva cuenta de correo y dejo de responderles a los de la maestría. En marzo me traigo todas las cosas de mi departamento en México y me despido de la ciudad.

Ella logra contactarme por el único cabo que queda suelto: mi cuenta de ok.ru, una suerte de Facebook ruso en donde puedes encontrar casi cualquier película con subtítulos. Me manda una carta enorme con la extensión de una novela corta, la cual ignoro antes de proceder a borrar mi cuenta. Luego, sin saber cómo, ella empieza a pedir cosas desde su cuenta de Amazon usando mi tarjeta. Esto lo sé porque llamo al banco y tras “adivinar” la identidad de la persona sospechosa me confirman que, en efecto, se trata de ella.

Eso es lo último que supe al respecto.

Katia y yo comenzamos a salir justo después de todo esto. Es un año difícil. A pesar de que lo peor ya pasó y de que logré salir con vida de ahí, ahora no tengo ni escuela, ni

trabajo, ni título. Es como si hubieran apagado las luces y tuviera que reconstruir mi camino a tientas. Así transcurre casi todo el año, hasta octubre cuando logro conseguir un trabajo en un centro de llamadas, que dejo luego de cuatro meses.

En abril, Katia me dice que verá a Joaquín, porque se le ha expirado su visa de trabajo. Se encuentra exiliado en la ciudad, se siente fatal y necesita hablar con alguien. Ellos dos nunca dejaron de procurarse y con el paso de los años se habían vuelto mejores amigos. Quedan de verse en El Gallito Inglés. Yo estoy en casa viendo el juego de los Cervecedores y como media hora más tarde Katia me manda un mensaje invitándome a unirlos.

Llego y los encuentro en una mesa alta y apretada en medio del bar. Joaquín me saluda como si nada, hasta con gusto, diría yo. Ahora porta un bigote poblado y una gorra, lo cual hace que se parezca a Marc Maron o a Chico Che, o, en todo caso, a camionero gringo de los setenta. Hablamos, más que nada Joaquín y yo. Me percaté de que, a pesar de tantos años y de nula conversación, hemos compartido un destino muy similar y tenemos los mismos gustos heterosexuales por el cigarro, el béisbol, el cine y la literatura. Le pregunto si alguna vez ha ido al Balalaika. Cuando me dice que no, le describo el lugar y me ofrezco llevarlo. Total, los dos estamos desempleados.

N'ombre, ni mandado a hacer dice Joaquín apenas cruzamos el umbral. Y después nos la vivimos ahí todos los jueves. Joaquín se mentaliza para que pase por él a las dos de la tarde. Se la pasa desvelado, fumando veinticinco cigarros al día en el patio de su casa, quejándose del calor, esperando una entrevista de empleo. Llegamos a esa hora para alcanzar botana. Los jueves siempre dan unas albóndigas picosas para toda la bola de crudos. Joaquín no le da suficiente importancia a mi advertencia y a pesar de que está enchilado

se aferra a terminar el platillo. Casi una hora después sigue dándole cucharadas intermitentes al caldo. Noé, uno de los cantineros, igual de cansado que yo de este triste espectáculo, le retira el plato sin avisarle. Seguro que a los siete borrachos de la Industrial que frecuentan el bar todos los días les resulta cagado ver a dos mamadores pasar el día entero tomando y discuriendo en voz alta sobre Carver & Kerouac, Lynch & Scorsese, Weyes Blood & Father John Misty.

Nos volvemos regulares del lugar durante tres meses, una vez por semana, pisteando y fumando, en una recreación de encuentros entre *beats*. A veces nos aventamos doble cartelera y vamos temprano al Balalaika y de ahí a un juego de Dorados por la tarde. Tengo que instruir a Joaquín, acostumbrado a la vida del otro lado, a que no reparta propinas a todo mundo. El estadio en aquellas noches de julio se vuelve un sauna. Salimos a fumar para agarrar aire, por más paradójico que se escuche. Bajando las escaleras alguien le grita claramente a Joaquín: “¡Chico ché!”. En una de esas ocasiones los dos alucinamos que el juego se acaba una entrada antes y toda la noche la pasamos convencidos de una realidad alterna. A menudo nos asaltan ataques de hipo en las butacas o en los Didis y Joaquín me comparte su técnica para combatirlos. Hay que inhalar, inflar los cachetes, sostener la respiración y pasar saliva cuatro veces seguidas.

Por fin consigue empleo y tramita su permiso de trabajo. Ahora tiene que hacer un par de viajes a México para las entrevistas de la visa. Cuando se la dan, resulta que hay una cifra elevada del pago que él no había contemplado. Sin decirle a nadie, Joaquín mete todo el dinero que tenía a un parlay de nueve juegos de la MLB. Los primeros ocho resultados se cumplen y, en el último, Paul Goldschmidt, primera base de los Cardenales de San Luis, lo tiene sudando la gota gorda en un turno al bate de trece lanzamientos. Joaquín dice que se sintió como en *Uncut Gems*, una de las

películas favoritas. Retira el dinero, regresa a El Paso y yo consigo un empleo como intérprete de llamadas desde casa.

Siento que volví o que todo sigue igual a como estaban las cosas diez años antes, en el 2012. Ando con Katia, Joaquín es mi mejor amigo. Hablo con los dos, todos los días, de lo que sea. Sólo que ahora es Katia la que recela nuestra amistad. Sobra decirlo. Katia es el amor de mi vida. No hay nadie más con quien desearía estar.

4

El mundo y mis intereses se reducen al taller de creación literaria, a leer y a escribir, y a tratar de conquistar a _____. *Carpe diem*: a eso se resume todo. Siento cómo el tiempo marvelliano me respira en la nuca, me pisa los talones y late en mis oídos. Desde que la invité a salir, cuando he vuelto a sacar el tema siempre se sale por la tangente con un pretexto desafortunado, dudoso pero verosímil a la vez. Siento que ya no puedo dejar pasar más oportunidades, que tengo que dar el siguiente paso para salir de este limbo y de este ciclo vicioso en donde no concreto nada con ella.

Mientras tanto en el taller se va gestando un pequeño universo literario compuesto de textos abortados (“El escriba de fuego”, “El libro de Jesús”, “J’and”, “El movimiento”, “Monsieur Robert”).

Uno solo de estos textos logra esquivar la papelera de reciclaje. “Bórrale, Baudelaire”. Un experimento por escribir sobre algo que aún no sucede, pero que tendrá lugar en una fecha concreta. Casi siempre que se escribe se escribe sobre algo del pasado, rara vez de algo que todavía no sucede. ¿Se puede escribir sobre algo que está por venir, si sabemos cuándo ocurrirá, pero no de qué manera? El texto, cuya preocupación gira en torno a la oposición entre expectativa y realidad, retrata lo que posiblemente sucederá al leer este mismo texto en el taller. Narra cómo introduzco

la USB, cómo el texto se proyecta contra la pared, cómo los compañeros leen este texto que ahora yo les estoy leyendo, predice el resultado, la confusión, los comentarios, anticipa sus reacciones. Un texto *meta* y profético que se anuncia a sí mismo y cuya efectividad real es performativa y sólo existe en el futuro. Me temo que nadie en el taller, ni siquiera Fermín, le entendió.

1

En la secundaria estaba enamorado de mi mejor amiga que, a su vez, andaba con mi mejor amigo. Los tres formábamos un triángulo equilátero amoroso del tipo Clapton-Harrison-Boyd. Esto duró dos años. Dejé de hablarle a Joaquín poco antes de que terminaran a finales del primer semestre de prepa, y después a Katia, cuando prefirió conseguirse un canco en lugar de andar conmigo. Ahora que empezaba tercer semestre estaba consciente de que era yo y mi orgullo contra todos y contra todo.

Una mañana, al salir de una clase en el tercer piso, estoy acodado en el barandal que da a la explanada, viendo a la gente pasar, sin nada qué hacer hasta que comience la siguiente clase. En eso la veo pasar. Lo recuerdo como si hubiera sido ayer, a pesar de que han pasado más de diez años. Esbelta, alta, el cabello ligeramente recogido, blusa verde de tirantes, pantalón de mezclilla blanco, sandalias y una mochila de piel blanca. Cruza la explanada con un balanceo de caderas hipnótico, agraciado, voluptuoso, hasta diría que exagerado o demasiado consciente, pero es que nunca me había impactado así la gracia de unos movimientos.

Es como si hubiera salido de la nada.

Poco después me entero de su nombre. Compuesto por tres vocales (dos fuertes y una débil) y una consonante; con acento agudo y la omisión de la doble “e”, que, a diferencia del francés original ____´ se mantiene en el masculino ____´.

Uno puede encontrarse con ciertas variaciones como ____´, ____´, ____(_)_ o ____´. El nombre vino a varar en nuestra lengua y sus padres optaron por el más sintético y cabal de todos y con el cual la conocí, ____´. Letra por letra; azul, amarillo, blanco, verde. Todo junto; un nombre escrito en una nota con tinta negra, curvas perfectamente delineadas por dedos desconocidos en la arena de una playa perdida.

Siendo tercer semestre, tenemos que participar en unas lecturas en atril de *El principito*. La maestra encargada de dirigir la lectura realiza audiciones seleccionando varios alumnos al azar para que lean unos diálogos. Cuando llega mi turno me pide que haga la voz del zorro. Improviso una voz pedorra que le causa gracia a todo mundo y que a la profesora le encanta porque le habrá parecido enternecedora o chistosa o quién sabe. Y así me quedo con el papel.

La siguiente clase, el primer ensayo propiamente dicho, nos citan a los lectores en el salón y me llevo la sorpresa de que asignaron mi lugar junto al de ____´. A ella la seleccionaron para el rol del farolero y del eco y por alguna razón providencial y misteriosa (logística, al fin y al cabo) debemos estar sentados el uno al lado del otro. Y los ensayos se resumen a eso: yo nervioso y a la vez sumamente agradecido, más feliz que nunca, imitando una voz ridícula que cada tanto provoca que alguien suelte una carcajada, entre ellas ____´. La miro de reojo y le ayudo a recoger sus líneas cuando se le caen al piso por accidente. Supongo que después de una desilusión amorosa lo que me emociona es que escenarios como éste correspondan con la Ficción. Entre los descansos y las comidas la busco para tratar de sacarle plática, porque ahora tengo aquello que necesitaba y que de otra forma hubiera sido muy difícil conseguir, una justificación o un pretexto para hablarle. Cuando no tenemos nada que hacer nos quejamos de lo tedioso que resulta esta actividad o nos reímos de las voces de los otros lectores.

Decido invitarla a salir al terminar la presentación, cuando todo esto acabe. Esto induce a que entre en un delirio personal y que mi conducta se torne bastante extraña. Un montón de convicciones y creencias empiezan a poblar mi cabeza, obviedades que ya conozco y con las que comulgo, pero que ahora se me presentan como tremendas epifanías. No sé bien cómo escribir esto, esta parte. Es como estar ebrio todo el tiempo. Por ejemplo. Llego a casa después de los ensayos, me desvisto hasta quedar en calzones, me acuesto en el piso frío de mi cuarto y me quedo mirando el ventilador del techo. Afuera el viento de agosto sopla furibundo, agitando las palmeras de las casas vecinas. Salgo a la terraza y leo poemas a la luz de una linterna y a esto lo llamo “arranques de posesión blakeana”.

Me obsesiona la teoría del efecto mariposa y la concatenación borgiana de las causas. La preocupación por invitarla a salir alcanza dimensiones metafísicas cuando empiezo a razonar del siguiente modo: si consideramos por un momento que todo, absolutamente todo, hasta el más mínimo detalle de lo que ha ocurrido en la Historia, ha producido este preciso instante en el cual desemboca mi persona, entonces no hay nada más valioso que el presente y lo que yo haga con él. Es decir, que, si todo se ha alineado y entrelazado para que yo esté ahora en posición de invitarla a salir, entonces estoy frente a una oportunidad cósmica que no puedo dejar pasar, y que si lo hago, seré la persona más pendeja que haya pisado el planeta Tierra. El hecho de que considero llevar a cabo esto que se siente como una gran empresa en secreto como algo contra todo pronóstico, contra toda probabilidad, contra viento y marea, le añade un peso inmenso al asunto, como dice Borges respecto de las mil y una noches.²

2. Foster the People- Chin Music For The Unsuspecting Hero

Llega el día de la presentación y a los lectores nos maquillan las caras y terminamos viéndonos como niños que salen los domingos del Parque del DIF pintados de animalitos. Esa tarde no sólo estoy nervioso por pararme en el escenario. Para mí hay algo mucho más importante y crucial en juego. Es lo único en lo que puedo pensar durante toda la lectura, que al final sale sin ningún percance. Flashazos, cierta intensidad entre pausas. Tras la ovación y los aplausos ____' me pide que la acompañe por sus cosas. Desfilamos de regreso al camerino improvisado.

Me vas a extrañar ahora que ya se acabó esto, le digo medio en broma. Ella asiente con una sonrisa muda.

El salón es un caos de saludos, felicitaciones, despedidas y observaciones de la lectura. ____' y yo nos quedamos en el umbral esperando a que nos digan que podemos irnos. Cuando llaman su nombre en la lista ella levanta su mano, me mira apurada y se acerca para darme un medio abrazo, lista para evacuar.

¡Bye!

Oye, le digo antes de que se esfume entre la multitud. Ella gira su cabeza y se da la vuelta.

Pues como me vas a extrañar mucho, para que no me extrañes tanto estaba pensando si querías ir conmigo al cine mañana...

Con las dos manos sosteniendo su teléfono y la vista fija en la pantalla, mira de soslayo y responde:

Mañana cumple años una amiga, pero si quieres la próxima semana.

¿No podía su amiga esperarse hasta el próximo año? pienso. Le digo que me parece bien y esta vez se acerca para despedirse con un abrazo efusivo, hace una especie de gancho recto con su brazo, acercándome y apretándome contra su pecho.

Salgo a buscar a Menny porque su mamá me va a dar ride. Caminando por los senderos del campus apenas puedo contener la emoción y el entusiasmo que llevo dentro, un soplo mágico de *élan vital*. No dijo que no. Eso es lo más importante. Una respuesta ambigua para una pregunta igual de ambigua, un sí indefinido, una aceptación incierta, no un sí loco y desbocado, pero lo más importante, no un rechazo, porque mi corazón había estado latiendo como locomotora por días y semanas, solamente esperando el momento adecuado para sacármelo del pecho y quitarme la presión de encima y, sobre todo, no acobardarme en el último momento.

Por fin doy con Menny. Atravesamos la ciudad tirados en la caja de la troca, mirando al cielo y contemplando la noche del jueves 30 de agosto de 2012, bautizada como “la gran noche estrellada”, el punto más alto de mi existencia, lo más vivo que me he sentido hasta entonces.

6

Pero después de un encuentro así de mágico e inesperado pueden pasar días sin que vea o sin que realmente hable con _____. Lo peor es la sensación de anhelo y de agonía por no interactuar con ella durante toda la semana. Cuando es el caso, llego a mi casa los viernes por la tarde demacrado y exhausto y pongo películas de culto que saqué del CIT mientras bebo vino a escondidas.

Arranca el siguiente semestre y es difícil saber si mi empresa conserva el mismo empeño y ambición que antes o si mejor debería rendirme. Con la fecha de San Valentín a la vuelta de la esquina, delibero entre conseguirle un regalo que denote mis intenciones o simplemente no hacer nada. Estoy cansado de mis recursos patéticos. Saludarla de espaldas tocando dos veces su hombro para que volteé hacia ese lado mientras yo me desplazo al otro. Hablar siempre del mismo tema que me saco de la manga cuando la veo. O lo

peor de todo: tratar de hablar con ella en la café en días de Champions, con todos los fifas con sus playeras del Bar a o del Real Madrid, gritando y llevándose las manos a la cabeza alrededor de la pantalla.

Para esto, Danya, una amiga de la secundaria, está vendiendo flores y ella conoce a _____. Aprovecho la oportunidad para contarle todo. Ella, siendo una persona romántica que se emociona con poco, termina encargándose de escoger el arreglo de flores y de dárselo personalmente a _____ cuando vaya a entregar los otros pedidos.

Ese día suspenden clases durante un rato para que todo mundo intercambie sus regalos en la explanada del edificio principal. En ese momento aparece Danya y se acerca para saludar a _____ con una sonrisa al mismo tiempo que le entrega mi arreglo floral. _____ va ataviada de acorde al día. Lleva puestos unos pantalones de mezclilla blancos, unos flats con metal dorado en las puntas y una blusa roja de manga larga. Las dos se emocionan y luego _____ viene a donde estoy yo parado debajo de un árbol y me da las gracias añadiendo que le han gustado mucho las flores. Yo sólo alcanzo a sonreír y a asentir con un poco de pena, como si no fuera gran cosa. Un paso hacia adelante y dos para atrás. Así siento esto.

Como en todo, si no te pones las pilas, tarde o temprano alguien más lo har . Julián Ferro pertenece al programa multicultural, que es lo mismo que el bilingüe, a excepción de que toman un tercer idioma desde primer semestre y los llevan a Alemania, República Checa o China, en lugar de a Estados Unidos. Aquí sólo hay de dos sopas. O eres un fresa adinerado o un subnormal adinerado. Y es gracioso observar cómo conviven ambas tipologías.

Ferro también se había percatado del mismo enigma. Le tom  más tiempo darse cuenta, es verdad, pero va resolviendo el acertijo de mejor forma. Es blanco, cabello rubio des-

peinado y algo ondulado, estatura por debajo de la media. Tiene una expresión de ido y se ríe casi por cualquier cosa. En lo particular me desespera lo lento que es para todo y su sentido del humor forzado, simulado. Nunca sabes si te está tomando el pelo o si en realidad es tan sonso como te da a entender. Es gris, adinerado y flemático. Por eso, cuando veo que Ferro comienza a tirarle la onda a _____ empiezo a desesperarme y a dar patadas de ahogado, como queriendo salvar el semestre o ganar la carrera acelerando en la última vuelta.

Danya me sigue echando la mano y le presto mi casa – esto durante los dos años en los que vivimos en Jardines– para que celebre su cumpleaños. Invita a _____ y ella va. Como sólo conoce a Danya, la única interacción que tengo es mientras las dos están sentadas en los escalones de la cochera. La saludo, pero más allá de eso ando en mi papel de anfitrión, tratando de apantallarla con gestos ridículos y varoniles o con el hecho de que la fiesta es en mi casa. En lugar de sólo acercarme y mostrar que lo que me interesa es pasar un rato con ella, todo tiene que ser calculado y premeditado, y en última instancia, en vano. No se queda mucho tiempo y se va sin que ocurra nada. Ni siquiera recuerdo si me despedí de ella o no.

De cierto modo, doy por hecho que el próximo semestre me iré de intercambio.³ Estoy cansado de todo, de la vida en Chihuahua, de las opiniones de mis padres, de la medianía de mis amistades, de la estupidez de mis compañeros y de no llegar a nada con _____. Quiero estar a solas, completamente a solas, por primera vez en la vida y ser el único en registrar esas experiencias.

3. Procul Harum- A Whiter Shade of Pale
The Band- The Weight
Janis Joplin- One Night Stand
George Harrison- Awaiting On You All
George Harrison- My Sweet Lord
The Rolling Stones- Beast of Burden

Por ello, conforme se aproxima el verano y el final del semestre, decido volver a probar suerte e invitarla a salir, sin escalas, sin pelos en la lengua, sin ambigüedades. Además, siento que es el mejor momento para hacerlo, porque, aunque no nos vemos mucho en persona, hablamos un montón por mensaje. Y cuando se lo pregunto por Facebook me quedo esperando pegado a la pantalla, dando vueltas y vueltas por la casa, caminando con ansiedad, hasta que por fin responde aceptando la invitación. Y entonces festejo como nunca en la privacidad de mi cuarto.⁴ Pero pocos minutos u horas después me escribe diciendo que había olvidado por completo un compromiso que tenía con alguien, una amiga. Para entonces yo sé que la cosa va en serio con Ferro. Sólo metió freno para que el impacto no fuera tan grave.

Bueno, supongo que te veré en la fiesta de despedida de Ferro, entonces.

10

Joaquín me invita a pasar Thanksgiving en El Paso, el Thanksgiving más peculiar de la vida en Lloyd's, un *dive bar* con puro personaje. Vaqueros que parecen Sam Elliot en *The Big Lebowski* tomando una cerveza junto a un negro. Una familia *white trash* quemando el pavo entre *smoke breaks* cada cinco minutos. Camareras pasivo-agresivas. Eso sí. Todos de pie con la mano en el corazón a la hora del himno nacional porque juegan Cowboys contra Giants.

Unos días antes veo a Selene. Como es costumbre, platicamos un rato estacionados en un parque en lo que, casualmente, le sale un plan con otro amigo y me invita a que vayamos. Por suerte, el depa de su amigo Marcos está cerca. Un departamento de dos recámaras y un baño en un segundo piso en Las Granjas.

4. Thin Lizzy- Dancing in the Moonlight

Charlamos entre tragos y Fermín sale a tema. Los tres, de alguna forma, hemos cruzado camino con él. Selene y yo por el taller de la prepa y Marcos porque sus amigos llegaron a ser muy cercanos a él. Incluso él y Fermín fueron vecinos por un rato. Y Fermín sale a tema precisamente por un amigo que ellos tienen en común llamado Dan, a quien describen como un genio y un neurótico cuando se trata de la puntualidad. Alguien con una condición mental no diagnosticada. Alguien que sabe mucho de todo, sobre todo tipo de cosas que no te esperarías. Un erudito, vaya. Y Marcos platica una historia de hace unos meses cuando estaba con Dan en el Galope echando un pisto y pasaron unos rarámuris vendiendo gordolobo y Dan les habló en rarámuri, algunas palabras las dijeron en español los dos, pero el rarámuri se emocionó tanto que llamó a su amigo que ya iba más adelante y le dijo, no mames, este berga habla rarámuri. Le preguntaron cómo había aprendido el idioma y él les dijo que tiene raíces rarámuris por parte de su abuelo. Fue tanto el júbilo de los rarámuris que los tres se abrazaron.

A partir de ahí la historia desemboca en tantos detalles y rumores y chismes que giran en torno a la lamentable muerte de Fermín y que constituyen la médula de esta parte que estoy escribiendo. Me siento dividido entre no dejar que nada intervenga con contar la historia tal como la escuché o respetar su privacidad, sobre todo por su familia y amigos. Al final, en una noche llena de brandy se me ocurre la brillante idea de escribir que iba a escribir sobre eso precisamente, sin entrar en detalles. Escribir que escribo (como el grafógrafo) sobre todas estas cosas que pasaron, en lugar de escribirlas como lo hubiera hecho en un principio. De alguna forma, eso es lo que he hecho todo el rato con ____': escribir de las cosas que había escrito en ese entonces. Así, cuento tal cual lo que pasó (que entré en conflicto y no supe qué hacer y al final opté por esta solución ecléctica) sin la

necesidad de referir nada en específico. Negación de la negación en un intento por complacer a todos.

Pienso en que la última vez que llegué a ver a Fermín con vida fue de lejos, en La Antigua Paz, y que en ese momento no lo quise saludar por pena o por vergüenza. Pienso en que no había manera de que él pudiera sospechar que con el paso de los años pasaría de estar comentando mis relatos en el taller a quedar plasmado en uno de ellos. ¿Y qué diría al respecto? No lo sé, pero tal vez yo le diría lo mismo que él dijo en una ocasión. *Que tenía que hacerse*. Y creo que Fermín estaría de acuerdo con ello. Y creo que lo he hecho lo mejor que pude.

Ahora es de noche –cuánta razón tiene Alejandro Zambra, siempre es de noche al final de los textos– y estoy sentado en la terraza del depa de Joaquín fumando un Lucky Strike. El Monte Franklin está cubierto de nieve. Pienso en esta ciudad y estas calles que _____, al igual que Joaquín, ha recorrido. No sé qué terminó estudiando ni en qué trabaja. Por un rato fue instructora de este ejercicio que es como gimnasia con aros. Sé que es fan de la música electrónica. Desconozco si tiene pareja o no. No recuerdo su segundo apellido. Pero recuerdo su piel ligera color miel, su boca, los ojos matutinos, el larguísimo cabello castaño claro.

Pienso en lo que pudo ser, en lo que pudo haber sido, pero que no fue y no será jamás.

Si hubiera logrado andar con ella en la prepa, si hubiera estudiado en UTEP con ella y con Joaquín, si no hubiera cruzado camino con mi ex, si Katia y yo no hubiéramos terminado juntos.

¿Y qué haces con lo que pudo ser? ¿de qué sirve? ¿es algo que uno debe superar de una vez por todas? ¿a eso le llaman madurar? ¿purgarse y librarse de estos “malos pensamientos”?

Dicen que es normal que algo que pudo ser duela más que algo que sí fue, porque siempre permanece en potencia y nunca se aclara. Nos deja con demasiadas preguntas. Mientras que lo otro, lo que sí se desarrolló hasta que ya no dio para más, se resuelve de manera contundente. Un final abierto, un desenlace cerrado. Una historia que estuvo muy cerca de coincidir con la Ficción. El pensamiento contrafáctico, especular sobre la línea paralela del tiempo, siempre será una constante inevitable para mí, como un papelito que encuentras en los bolsillos del pantalón o como el monstruo debajo de la cama. Produce vértigo pensar en todo lo bueno que pudo haber ocurrido, pero que no sucedió, del mismo modo que resulta reconfortante considerar todo lo malo que pudo haber pasado y que, afortunadamente, tampoco sucedió.

Esto es una carta de despedida, una elegía al amor, a los sueños y a la juventud perdida. No porque la vida se acabe, pero a estos en específico hay que decirles buen viaje y adiós, *auf Wiedersehen*, a sabiendas, de que de vez en cuando seguirán asomando su rostro, apoyándose en un pie y haciendo la seña de amor y paz con una sonrisa oblicua y los ojos entrecerrados.

2

Terminadas las lecturas en atril otra actividad extracurricular las reemplaza. A diferencia de las lecturas, ésta es opcional y voluntaria. La maestra Teresa, que imparte las asignaturas de Literatura y Español, es una señora culta que al principio pone cara de fuchi y se porta medio snob con todos, hasta que cada quien pasa la prueba de fuego de no ser un imbécil. Durante la clase comenta que va a organizar un taller de creación literaria dirigido por su amigo Horacio Fermín, en caso de que a alguien le interese apuntarse.

La primera sesión se siente algo incómoda porque sólo somos unos cuantos alumnos esparcidos en el mismo salón sombrío en donde tomamos la clase de español. Fermín cruza el umbral de la puerta. Un hombre de cincuenta años de aspecto típicamente chihuahuense. Pantalones beige, zapatos negros, playera blanca interior, camisa guinda. Delgado, pero con panza chelera. Bigote recortado. Cabeza de niño en forma de huevo con entradas, rostro rojizo quemado por el sol y unas manos alargadas que despiden gestos como una pintura de El Greco.

Nos reparte cierto material que ha preparado. Un juego de copias con párrafos y ejemplos. Nos pregunta a cada uno qué nos gusta leer, cuáles son nuestros autores predilectos. Mi cerebro se congela y sólo alcanzo a mencionar a Fitzgerald y a Hemingway, literatura americana en general. Al principio parece que sólo aceptó hacerle este favor a Teresa –en su juventud ella misma había asistido al taller de Fermín– por mero compromiso, sin mucho qué esperar de un grupo de adolescentes de escuela privada.

La siguiente sesión es en un salón mucho más grande e iluminado, con proyector y mesas alineadas en forma de U. Las reuniones tienen lugar los viernes a las tres de la tarde, la última actividad antes del fin de semana. Fermín es políglota (ha estudiado unas treinta o cuarenta lenguas, aunque es el primero en admitir que evidentemente no habla la mayoría de manera fluida), poeta, editor, intelectual, promotor de lenguas indígenas y coordinador de talleres literarios. A veces llega puntual, a veces no, porque viene de otros compromisos. Entra cargando su maletín negro y se quita la chamarra de piel del mismo color. Cuando llega sin comer pasa primero a la cafetería por unas salchipapas que engulle junto con una Coca-Cola de lata.

Las sesiones duran dos horas. Por lo general, los primeros treinta minutos platicamos y repasamos algunos conceptos

clave con ejemplos, pero Fermín pronto se desvía y comienza a hablarnos de Milorad Pavić y del *Diccionario jázaro*, de Antonin Artaud perdido voluntariamente en la Sierra y de la vez que un político lo dejó dar el grito de Independencia en un pueblito sin nombre (*esta historia sólo la oirán de mí*), de cómo los rarámuris buscan sus almas cuando enferman, del teatro kabuki, de Lezama Lima, de “Goodbye, my brother” de John Cheever, de Arreola y Rulfo llegando a los golpes por ver quién era el mejor escritor, de *Lolita*, de la vez que se aventó *Crónica de una muerte anunciada* en una noche y al día siguiente alucinó con los personajes en su jale de mantenimiento de un edificio, y de Nabokov encerrado en la biblioteca de su abuelo haciendo avioncitos de papel con hojas que arrancaba de volúmenes de Shakespeare, pero también de la vida, el amor, la vejez, *and so on and so on...* La figura anómala de Servín resulta un respiro de aire fresco entre tanta cultura de innovación y emprendimiento. Conocerlo en esa época de la vida es equivalente a descubrir las drogas.

Pero al tratarse de un taller de creación literaria lo que le interesa es que escribamos y compartamos nuestros textos para que sean comentados y sometidos a la crítica grupal. Como siempre, hay personas tan tímidas que por nada de la vida se atreverían a leer un texto suyo proyectado en la pared, así que casi siempre participamos los mismos.

El primer texto que presento se llama “Exilio Voluntario”, el inicio de una novela que posteriormente abandonaría. El protagonista, un *workaholic* cincuentón, recapitula distintos episodios de su pasado, alternándolos con otros de su enajenada vida actual. Lo único rescatable es la atención al detalle de ciertas descripciones (*desodorantes con aroma a primavera irlandesa, a prueba de agua y con duración resistente, jabones circulares para la cara con aceite de almendra, acondicionadores, cremas humectantes, cepillos, champús...*) y el cierre del

primer capítulo (*¡Qué tarde!*, las bocinas de la radio anunciarían vibrando, *Manolete se llevó las palmas*).

¿A poco tú escribiste eso? pregunta Fermín. A ver, regrésate a la parte del desodorante olor a primavera irlandesa.

Sí, yo lo escribí.

Porque yo sé darme cuenta cuando un texto es plagiado o pirateado de internet.

Más que inquisitivo, el tono es de sorpresa. Nunca en la vida me he sentido más halagado que ante ese ligero escepticismo.

Y así es como empiezo a habitar esas dos esferas que se van entrelazando, volviéndose indistinguibles, la literatura y el amor, el querer escribir y el estar enamorado, Fermín y _____, los encuentros azarosos o buscados con _____ y las sesiones programadas del taller, todos los viernes a las tres, la semana escolar expirando y el fin de semana asomando su nariz. Vivir y escribir. Escribir y vivir.

5

El enigma que me cautivó desde el inicio respecto a _____ es que, tan pronto la vi y me enteré de su nombre, asumí que debía ser una de las chicas más populares y pretendidas de la escuela. Resulta que no. No pertenece al grupo de los populares y tampoco es una marginada ni mucho menos. Tiene un grupo bastante definido de amigos y se lleva bien con todo mundo, es atractiva, atlética, pero se mantiene en un perfil bajo. No es la chica inalcanzable, no está rodeada de pretendientes. Lo cual me parece algo extraño. Como si se tratara de pata de mono. Como si fuera demasiado bueno para ser cierto. Como si yo fuera el único en darse cuenta de que algo no cuadra del todo aquí.

A lo lejos, recargada sobre un poste de madera bajo una carpa verde, con sus largas piernas formando un ángulo agudo extendidas hacia el suelo; con la boca entreabierto, absorta en su bufanda rosa que entreteje en sus dedos y el

sol reflejando en su rostro; perdida entre las pocas personas que la rodean, vestida elegante, blusa blanca con saco, botas negras y unos pantalones verdes oscuros color militar.

Todas las mañanas al alistarme anticipo los encuentros con ____'.⁵ Tengo que aprovechar la oportunidad cuando se presente y no rehuir de ella por timidez, prefiriendo ahorrarme la vergüenza. Debo incluso buscar que coincidamos. No más pretextos, no más excusas. Algo tiene que cambiar, algo tengo que hacer diferente. Conjurar a ____' se vuelve un ir y venir por los pasillos más solitarios, cambiar mis rutas habituales, subir las escaleras de la biblioteca, el CIT, tomar largos rodeos hacia el salón de clases, excursiones espontáneas a los baños.

Una vez dejo a unas personas con las que estoy hablando y atravieso la mitad del campus para ir a la cafetería. Entro con la vana esperanza de que esté ahí sentada a esas horas, sólo para verla o que me vea. No me atrevo a voltear por completo a la derecha y ver los rostros y cuerpos de la gente, pero de inmediato intuyo que ella no está ahí. Miro con disimulo como buscando algo entre los estantes. La señora de la cafe me ve y me pregunta qué se me ofrece y yo pienso que sospecha que en realidad he venido por otra cosa.

¿No tiene sangría, verdad? titubeo.

No, responde. Y ya está mi cuerpo en la puerta cuando me llama de nuevo.

Ah no, sí. Espera. Creo que sí. Se dirige a la hielera de donde saca una botella tibia.

¿Cuánto es?

Diez pesos.

Pongo la moneda sobre el mostrador y al salir por la puerta camino derecho hasta dar con una banca de madera mal pintada que está a punto de romperse debajo de unos árbo-

5. The Rolling Stones- Sex Drive

les. Miro a mi alrededor. No hay nadie. Dejo la sangría nueva y sin abrir en la banca, como símbolo de estupidez y locura.

Jugar a las escondidas con la presencia y la ausencia de _____, adivinar su rostro felino saliendo de una oscura y frondosa vegetación o eclosionando lentamente como una rosa salvaje, produce uno de los pocos poemas decentes que he escrito.

CONJURO

Por arte de repetición te proyectas en mi mente
con tu silencio de conflagración encendida
acudes a mi llamado como fiera que ausente
sale de su nada, de una selva escondida

Entre destellos de magia, luces y sombras apareces
oyes mi aullido prolongarse sin fe alguna
que se pierde en el extraño conjuro que eres
desde el centro de esta límpida y verde laguna

Desconoces los senderos de un destino
al que, sin poder saberlo, perteneces
y la memoria que no cede al olvido
te concede instantes que no mereces

El infierno de tus llamas, el humo blanco
que sube, son tus ojos de Circe hechicera
mi sacrificio voluntario. Me han dejado
quemar en el fuego circular de la hoguera.

Como parte de un sigilo secreto escribo *Angie* sobre la palma de mi mano izquierda, un nombre cifrado cuyas vocales preservan el mismo orden que el de _____.⁶ Procurarla

6. The Rolling Stones- Angie
Neil Young- Motion Pictures
Neil Young- Ambulance Blues

es un vaivén entre emoción y desilusión, esperanza y pesimismo, anticipación y decepción, entusiasmo y derrota. No ver a _____, o verla de lejos, o que sólo pase sin percatarse de mi persona me deja con una sensación agrídulce de melancolía que en veces disfruto como se disfruta una adicción.⁷

Y es que antes de que suceda algo definitivo yo vislumbro el fracaso en el horizonte, y pronto la estremecedora idea sobre lo que pudo ser, lo que pudo haber sido, pero que no fue, *what might've been*, despierta una atracción particular en mi espíritu.

No sabría cómo describirlo con exactitud, pero empiezo a ficcionalizar mi existencia como si fuera un personaje literario, el protagonista de una película con un soundtrack de fondo. Un desdoblamiento personal en el que me vuelvo teatro, público, actor y representación, todo en uno. Tiene razón Schopenhauer cuando dice que sólo así la vida –la rutina, las tareas, las clases aburridas, la gente, el hastío– se torna soportable. Por eso, hasta cenar un plato de spaghetti con albóndigas o una sopa de tallarines con pollo en Denny's es una cuestión estética en la que no sólo soy yo, sino además un *beat* sentado en la mesa de un *diner*. ¿Y no es la vida, después de todo, una prolongación de jugar a ser algo o de fingir ser alguien más? Pasos medidos, calculados, cadenciosos, premeditados, una fusión inusitada de lucidez y melancolía; desapegado y despierto, la conciencia sumergida en todo y los sentidos más aguzados que nunca. Un tempo narrativo, una existencia estética. Una tonalidad afectiva como cuando tienes una canción atorada en la cabeza.

A la vez, lo que las enseñanzas del taller y lo que mis propias lecturas de autoaprendizaje van transmitiéndome es la necesidad impetuosa de, por primera vez en la vida, comenzar a vivir *en serio*, intensamente, estéticamente.

7. The Rolling Stones- Almost Hear You Sigh
The Rolling Stones- Slipping Away

Por ese entonces estoy realizando mi servicio social en el CIT. Un trabajo en el que organizo archivos y paso información de una computadora a otra. Una especie de secretario que estorba más de lo que ayuda, pero lo que sea con tal de que desquite la beca que me otorgaron.

Debido a eso hay ciertos días de la semana en los que me dirijo a la biblioteca después de clase, subo las escaleras y paso las paredes de cristal de la primera sección. La mayor parte del tiempo ahí está ____' con alguna amiga en la computadora vecina, haciendo tarea o simplemente perdiendo el tiempo. En ocasiones nos miramos y nos saludamos, en otras yo le toco el vidrio con los nudillos y ella voltea sorprendida, y a la vez no tanto, como si lo esperara o como si ya me hubiera visto.

El punto es que durante las dos horas de servicio yo suelo salir innumerables veces al baño, a la biblioteca, por agua, a dar la vuelta, sólo para ver si ____' sigue ahí, para hacer acto de presencia o tener contacto visual con ella. En una de esas ocasiones logro hablar con ____'. Como digo, la parte más difícil es agarrarla a solas y vencer los nervios, pero una vez que veo esa sonrisa aparecer en su rostro, todo empieza a fluir con facilidad. No sé cómo la conversación desemboca en un plan que diseñamos para gastarle una broma a mi jefa del servicio. ____' se dirigirá hacia la recepción y preguntará por mí. Lo sustancial no es tanto la broma en sí, como el haberla conspirado juntos, al igual que dos niños que sus padres habían dejado sin supervisión.

Yo regreso a mi lugar y cuando ella aparece ahí, muy casual, interpreto la parte que me corresponde y ella me sigue la corriente. Nadie más se percata de la supuesta broma, sólo nosotros dos, reflejando y devolviéndonos risas en secreto. Al final, salimos al mismo tiempo y vamos a sentarnos al bloque de cemento en la entrada a esperar a que pasen por nosotros. Una imagen congelada en el tiempo, como si en

verdad fuéramos los dos últimos islotes de hielo en el mundo, nadie más, sólo nosotros a solas en un espacio que de pronto se ha vaciado tornándose silencioso, cerca del cielo.

8

En agosto parto hacia Montreal. El intercambio es breve, cuatro meses. Conozco gente de todas partes del mundo, morras, me divierto, etcétera-etcétera. Lo sorprendente es que durante todo ese tiempo a distancia hablo muchísimo con _____. Prácticamente todos los días. A veces le cuento algo y ella está al tanto porque Ferro, quien estaba de intercambio conmigo, ya se lo había comentado.

En Halloween hay una fiesta de disfraces en uno de los bares que están por la zona colegial. Ferro y sus dos amigos se disfrazan de Power Rangers. Sánchez y Medalla, sus mejores amigos que parecen sus dos postes, siempre uno a cada lado de Ferro. A ellos se les ocurren las ideas y Ferro les sigue la corriente.

Durante esta fiesta tres chicas se les acercan dizque a perrear (perreo blanco) durante una dinámica. Un episodio más que insignificante. Pero al día siguiente me topo a Ferro en los casilleros y pide un minuto para hablar conmigo. Se ve muy consternado. Pienso que me la va a hacer de pedo por hablar tanto con su novia. Veo que batalla para decirme lo que me quiere decir.

Oye, sé que eres amigo de _____, así que si pudieras no mencionarle nada de lo de anoche, por favor.

¿De qué cosa? De la fiesta. Ah, eso, sí... no te preocupes (*wtf*).

Cuando regreso a Chihuahua para el último semestre de la preparatoria veo a _____ el primer día de clases en la oficina de tutorías. Pero como está con su amiga Ana siento la eterna discordancia entre nuestra relación por mensaje y nuestra relación en persona. Ese semestre tomamos cálculo

integral juntos, así que la veo una o dos veces por semana, sin esperar ya nada. Ella sigue con Ferro. Llevan juntos desde antes de la fiesta en la mansión. Sólo en ese momento no me cayó el veinte.

Me atrevería a decir que no sucede nada memorable. Sólo al final en la fiesta de graduación me toca ver ese lado alocado de ____'. Toma y como que se sale de sí. Se ambienta y busca a alguien que le siga la pista. Yo estoy parado sorbiendo mi vaso de whisky con Coca cuando llega provocativa, me toma de la mano y me jala a un círculo a bailar. No duro mucho y, todo meco, me voy por incomodidad. Veo que aplica la misma con otro wey que anda por ahí. Y Ferro detrás, al pendiente, tratando de controlarla de la manera más pasiva posible, sin una idea clara de qué hacer.

Para este punto la mayoría tiene un plan más o menos definido de lo que va a hacer de su vida, menos yo. Quería era ser un hombre de letras, por así decirlo. Pero las presiones paternas me conducen al proceso de admisión para estudiar Ingeniería civil en UTEP. Vemos lo de la beca, el dormitorio, el lugar de bagels donde desayunaría todas las mañanas... Saboreo incluso esa tristeza americana de moteles nocturnos. Lo único bueno es que ____' también va a UTEP. Desconozco en qué carrera. Da la impresión de que es más por la universidad o la ciudad en sí. La veo en El Paso cuando tenemos que hacer el TOEFL y, de nuevo, a solas platicamos como dos personas que se conocen de hace tiempo. Es julio, hace un calor avasallador y ella lleva unas chancas blancas y un minishort que resalta sus muslos, sus torneadas y arqueadas piernas color bronce.

7

La fiesta en casa de Ferro es conocida como "La noche de la perla negra".

ALTERCADO

Roberto Esparza era un buen tipo. Casado y con tres hijos, quién sabe de dónde sacaba energía para pasar toda la noche pisteanado y levantarse al día siguiente a cumplir con sus obligaciones maritales y paternales. Casi todas las fiestas y reuniones eran en casa de los Esparza, una casa grande de dos pisos en un terreno inmenso en donde bien hubiera cabido otra de igual tamaño. En un extremo, detrás de la cancha de básquet, había una pequeña casita de madera. Arrumbados al lado, un archivero y una silla de consultorio dental. Dispuestos así, parecía la escena de un interrogatorio clandestino. También estaban regados todos los carritos y casitas Fisher Price con los que habían jugado sus hijos de niños y un bote de basura con la cabeza de un payaso como tapa.

En el patio convivían un cerdo (Oliver), una dóberman (Shelly), una pastora alemana casi ciega (Peke), y un pug (Toño). Adentro, su hijo Juan Carlos tenía un cuyo (Ferrison). A veces traían a algún caballo y se quedaba ahí en el patio por un par de días. El Demonio de Tasmania era el personaje de caricaturas favorito de Roberto y en las reuniones él iba

de aquí para allá como remolino, Tecate Light tras Tecate Light, mentolado tras mentolado, tirando carrilla, contando chistes, frases, consejos y anécdotas. Joe Pesci en *Goodfellas*.

Fíjate, llega mi compadre Raúl, camarada de toda la vida –yo lo quiero mucho al cabrón, muy buena gente– pero llega la primera vez aquí a la casa y estamos aquí en el patio pisteano y me dice oye, Roberto, ¿me prestas tu baño? Porque así habla él, es muy propio. Y yo le digo no, no te lo presto, we, pero obviamente de broma, pos queso de andar pidiendo el baño, suna pendeja ¿vea?, dime dónde está tu baño o voy a pasar a tu baño, pero el wey sí se lo tomó en serio y dijo ah sí, culero, y se fue a la gasolinera ésta que está en la esquina y hasta la fecha si viene él no va al baño aquí, se va a la gasolinera o de plano no hace.

Su esposa, Ariel –a quien todos le decían “la Nena”– le seguía el pedo y siempre estaba cocinando y recibiendo a las visitas. En algún momento Roberto ejerció como ingeniero civil, pero si lo veías pensabas que era un vaquero. Vestía con ropa de trabajo, botas cuadradas, mezclilla, cinturón con hebilla y portanavaja, playera blanca interior, camisa vaquera de cuadros o de rayas, y sombrero o cachucha. Juan, que era el mayor, jineteaba y participaba en concursos de barrileadas. A veces se iban los fines de semana a la casa en Ranchería y asaban carne y montaban a caballo. Roberto llenaba unas alforjas con botes de cerveza y cabalgaban todo el día bajo el sol. La mayoría de sus amigos también eran vaqueros, hombres que hacen y saben hacer cosas de hombres, como cambiar tuberías o reparar el motor de una troca o pegar un remolque. De esos hombres que a la menor provocación desarmen algo que no sirve y de los que cada vez hay menos.

Siempre que él iba a la casa de los Esparza, los padrinos de su novia, se sentía muy bien recibido.

Esa vez era Navidad y él estaba afuera en el patio con su novia y con Roberto. Ellos fumaban mientras Mariana acariciaba a las perras. A ella siempre le habían encantado los perros. A él también le gustaban, pero de lejitos, no tanto como a ella.

Peke, Peke, ven, peshosha, véngashe, peshosha, qué buena niña eres, shí, muy buena.

Shelly se acercó inmediatamente a que le hicieran cariños, quitando a Peke.

La Shelly es bien celosa, ¿verdad? No deja que le hagan cariños a nadie más.

Sí, está bien chiploa la wey.

Y tú siempre has tenido puras perras, ¿verdad?

Sí, yo siempre he sido de perras, porque es más fácil. Ahorita que tenemos a este cabrón, al Toño, es lo que no me gusta, que bombea mucho el pinchi perro. A cada rato quiere bombearlas, pero ni alcanza el wey.

Jajajajaja.

Ya le dije a Enrique, cuando no le quiere dar comida, que sería el primero en irse de esta casa. Es que el problema con los machos es que al principio todo está bien, pero llega un punto en el que se te ponen al tú por tú para medirse, y si te dejas, ya no te la acabas, tienes que ponerles sus patadones para que entiendan. Y con éstas no. Hubo una vez nomás, que estábamos dormidos y me despierta Ariel y me dice, Esparza, se están peleando las perras, y sí, se oían unos gritos y ladridos que tú dices, no es normal... Entonces salgo en pijama y con la fusca, y las veo que se están agarrando a mordidas, pero así, gacho, gacho, entonces voy y pum, le meto una patadota a una y se va y luego voy por la otra y en eso viene otra vez y pum, le doy otra patada y luego ya calmo a la otra, y así las tuve que separar, órale, cada una a su rincón, pero ya, de ahí en fuera nomás esa vez que se alocaron. Fuera de eso, son muy tranquilas y muy chiples,

pues ya ves que siempre andan aquí en las reuniones entre la gente y no molestan a nadie. Muy nobles los dóberman. Ah pues de hecho Rogelio, sí conoces al Chino tú, ¿verdad? Él ya me dijo: cuando la vayas a cruzar, dime, porque yo quiero unos y de una vez te los aparto.

En eso quedó. No pensó para nada en la conversación hasta unos días después que iba manejando y que le cayó el veinte.

Primero se acordó de la bofetada que recibió el Tommy por cagarse en el pasto. Cómo lo agarró del pescuezo y se la soltó entre los chillidos del beagle. Luego recordó ese período incómodo y difícil de la adolescencia. No había hecho nada grave, simplemente no entregó un par de tareas porque le gustaba una compañera del salón, y algunas tardes, por estar chateando con ella todo el día por Messenger, se olvidó de hacer los ejercicios de inglés. Cuando se acordó en la mañana, trató de acabar el ejercicio en lo que la maestra pasaba por las bancas recogiendo las tareas de sus compañeros, pero no pudo. Esto le costó un reporte. Y como nunca les había dado ningún problema y siempre había sido un estudiante ejemplar del cuadro de honor, sus padres se lo tomaron demasiado en serio. Ese día lo fueron a buscar y lo llevaron a comer al Carl's Jr. del Periférico. Pareciera que lo estaban premiando, aunque era todo lo contrario. Lo miraron solemnemente y le dieron un discurso como si lo hubieran agarrado robando o traficando droga en la escuela. Como si estuviera tirando su vida a la basura. Todo acabó en un ultimátum y en la hamburguesa más incómoda y paradójica de su vida.

Un par de meses más tarde llegó la boleta y él se las mostró el sábado por la mañana cuando bajó a desayunar. Había algunas calificaciones que no les parecieron, uno que otro ocho o un siete punto algo. De inmediato lo increpa-

ron. Esperaban que tuviera buenas calificaciones, mínimo, era su única responsabilidad. Una mala calificación no era sólo eso, sino un fracaso imperdonable, un pecado. Él comenzó a sentirse acorralado y que lo estaban tratando injustamente, con demasiada severidad para lo que ameritaba la situación. Reaccionó.

Ay sí, como tú nada más vendes bolsas...

En cuanto salieron las palabras de su boca supo que había cometido un grave error. Pero ya era demasiado tarde. En su mente –si es que alcanzó a reparar en ello– sonaba muy distinto. No había querido denigrar el trabajo de su madre o menospreciarla. Simplemente se había sentido atacado y por un momento la idea de vender bolsas le pareció preferible que estar bajo el yugo del cumplimiento académico.

Los dos pararon de comer, dejando caer los cubiertos sobre los platos. Su padre lo agarró del antebrazo y lo llevó a la sala en donde lo aventó contra el sofá. Lo veía a unos pasos de distancia, en ropa interior y playera sin mangas, iracundo, no sabiendo por dónde empezar. Su madre llorando al pie de la escalera. Se acercó y lo agarró de las sienes, estrujando y zangoloteándole la cabeza, mientras le decía unas frases que no alcanzaba a comprender. Luego lo soltaba, se quedaba quieto por un momento dando pequeñas vueltas alrededor de sí mismo y luego se acercaba de nuevo a repetirlo todo. Como si no le hubiera quedado claro, como si cada jaloneo fuera una reiteración, un hacerle ver lo que era ser adulto y estar casado y tener un hijo y trabajar y pagar facturas y seguro médico y el predial y créditos bancarios y ser un hombre de verdad y pagarle una educación en una escuela particular y clases de guitarra y todas las oportunidades y comodidades que él nunca tuvo en su infancia clasemediera, que siempre pintaba más austera y paupérrima de lo que probablemente fue. Aunque quién sabe cómo haya sido en realidad. Él no estuvo ahí.

Después de eso las cosas no fueron las mismas por un tiempo. Unos meses en los que no se hablaron para nada, por orgullo y por dolor. Luego todo quedó en el pasado, enterrado en la memoria, hasta que volvió a salir a flote con los comentarios de Roberto.

Pensó que en ese sentido los perros y los humanos no eran tan distintos.

SORPRESA

Resulta extraño, pero tampoco es la primera vez que nos pide algo así. Existe otro antecedente hace dos años, cuando nos puso en el grupo que nos viéramos todos en un bar porque tenía algo importante que decirnos. En aquella ocasión abrió con un debraye sobre la verdad, un comentario extenso al capítulo siete de *Ulysses*, hasta que por fin pudo decirnos que iba a dejar la maestría y a regresarse a vivir aquí, y que nunca más dejaría la ciudad, salvo con las dos patas por delante. No iría más al norte que a El Paso y no más al sur que a Parral. Desde entonces aprendí que, como amigo, no hay más que confirmar tu asistencia y reservar cualquier pregunta para el final.

En un grupo aparte de Whats nos da por especular. Si se trata de algo fortuito o más bien funesto. Si está en apuros o sólo necesita un consejo y desahogarse. Las opciones más probables: o su novia está embarazada o piensa mudarse de la ciudad, a pesar del juramento proferido aquella noche hace un par de años.

Y todavía le agrega tensión al asunto el mero día mandándome un mensaje diciendo que llegaría una hora antes

al bar, por si podía caerle. Le digo que voy a ver, sabiendo que no me será posible porque tengo que dejar a mi hermana en su trabajo y luego recogerla más tarde cuando salga. Por eso espero que la cosa no se prolongue demasiado. Después de todo, es martes.

Al llegar, lo encuentro en el estacionamiento hablando por teléfono. Cuando me ve, se acerca con el celular todavía pegado a la oreja derecha. Apago el motor y cuando desciendo del auto alcanzo a escuchar que se está despidiendo.

Arre, ya está, mijo... Simón... Ya dijo, ahí lo veo en agosto... Sale, pues, cuídate... Bye.

La chocamos.

¿Qué pedo, men? ¿Cómo andas?

Chido, chido, we.

¿Quién era?

Ah, estaba hablando con el Emilio.

No mames, ¿y qué te dijo el wey? Yo tengo un chingo que no hablo con él.

No pues nada, lo mismo de siempre, nomás que ya me dijo que se va a regresar ahora en agosto.

No mames, ¿ya ya definitivo?

Simón.

Entramos al Black Lion y pienso que no le doy el crédito que se merece al lugar. La escenografía de un típico pub o bar de *sitcom*: los focos amarillos a media luz que cuelgan de los muros en ángulo recto, las paredes de ladrillo falso, las sillas altas, los asientos con cojín, las mesas lustradas de madera roja. No se me ocurre un sitio más discreto que la parte de arriba para discutir algo importante. Tal vez por eso escogió aquí. Huele a recién trapeado y en los dos pisos no parece haber nadie más que nosotros. Nos sentamos cerca de la entrada.

Qué pedo, está bien muerto, ¿no?

Simón, pues de hecho por eso estaba allá afuera, porque llegué y todavía no abrían, y dije, ah, voy a aprovechar para marcarle al Emilio. Aparte es martes.

¿Y ahora por qué llegaste tan temprano, men?

Ah no, es que mi jefe invitó a sus amigos a la casa, entonces pues me corrió antes. Ni él quería que estuviera ahí ni yo tampoco, por eso me lancé.

Ora, ora.

El único mesero, vestido de pantalón y polo negra, pasa con los menús y antes de que se vaya le encarga una cubeta y seis chots de whisky.

¿Qué pedo, wey? Es martes, dale tranqui.

Sonríe nervioso sin decir nada.

Dos hombres recién salidos del trabajo llegan, se sientan en la barra y piden caguamas. Vuelve el mesero con la cubeta en la mano y en la otra una charola de chots. Veo que se fondea la primera Corona y decido ir directo al grano.

Bueno, pues, men, ¿qué nos ibas a contar?

No, cámara, men, ahorita que lleguen todos para contarles al mismo tiempo, si no tengo que volver a empezar cada que llega alguien y repetir todo desde el principio.

Ta bien, ta bien.

Como un par de viejos jugando a la baraja, cada quien se quiebra la mente pensando en alguna novedad, chisme o suceso que referir. De pronto es como si pescara algo y lo soltara sobre la mesa, todavía vivo y aleteando.

¡Ah no mames, wey! ¿Te acuerdas del _____?

Simón, ¿qué tiene?

Ya es papá el wey.

Órale, no sabía.

No, pero eso no es lo impactante, lo cabrón es con quién lo tuvo...

No mames, ¿con quién?

Con _____, mamón...

¡Ah cabrón! Yo nomás sabía que se llevaban o que se conocían del mismo grupito.

Simón, yo también me saqué de pedo, pero pues obvio no ha de haber sido planeado.

Mientras bebemos se me ocurre platicarle de las entrevistas de trabajo que tengo esta semana. Una es el jueves para una maquila infame que no me entusiasma mucho en particular. La otra, al siguiente día, es para un puesto de ingeniero de calidad y le tengo más esperanzas. Él voltea la segunda cerveza vacía dentro de la cubeta y agarra otra. En eso estamos cuando se abre la puerta de dos hojas de madera y veo entrar a Carlos. Se detiene para escanear el lugar con la vista. No le toma mucho tiempo ubicarnos.

Después de chocarla se sienta en la silla entre los dos y limpia sus lentes con el faldón de su camisa.

¿Qué pedo? ¿Ya le contaste lo que nos ibas a decir?

Nel, wey, justo estábamos esperando a que llegaran los demás para eso.

¿Pues ya nomás quién falta? Lalo, ¿no?

¿No puso nada en el grupo?

Dijo que no estaba seguro, que porque tenía que ver unas cosillas. Pues yo digo que lo esperemos un rato y ya si pone que no va a poder o no llega, ya les cuento.

Empuja la cabeza hacia atrás y se pasa el primer chot.

Va.

Carlos agarra una cerveza de la cubeta.

Ahora interrogamos a Carlos. Cómo van las cosas en el trabajo, qué hora de entrada y de salida tiene, cuánto le pagan más o menos al mes, por qué le caga ese bato con el que a veces tiene que hacer rondas allá por Aldama para checar alguna fuga.

¿Y ahora no fuiste a baile, Carlos?

Nel, apenas alcancé a salir del trabajo, llegar rápido a la casa a comer, echarme un sueñito de media hora y venirme para acá. De hecho estoy pensando en ya salirme de baile.

¿Y eso?

Pues es que son demasiadas horas. Yo la neta estaba bien a gusto en principiante, pero ahora que me subieron a intermedio me dicen que vaya a la clase y *aparte* a la de principiante para pulir la técnica y corregir unas cosillas que se me van, y lo que me caga es que en la de intermedios se lo toman muy en serio, hay morras que hasta te ven feo si te equivocas en un paso, entonces, no sé, como que ya no me está latiendo tanto.

Sí no, aparte dos horas diarias más el jale pues ta cabrón. Ey.

¿Cómo andamos? pregunta el mesero. ¿Otra?

Otra, responde sin pensarla dos veces.

Miro discretamente mi reloj. Ya ha pasado más de la hora y no parece tener prisa por contarnos lo que sea que nos iba a contar. Parece que quisiera postergarlo, aplazarlo lo más posible. Regresa el mesero con la cubeta, pasa las dos que nos quedan de la otra, y se lleva la vacía. Carlos revisa la pantalla de su celular y se queda viéndola como tratando de descifrar un código.

Es Lalo. Que no va a poder porque está con su carnala en la casa cuidándola y porque además tiene tareas que entregar para hoy.

Ah, ok ok, ya.

Pos bueno, si ya no va a venir el Lalo, ya cuéntanos, men.

Siento que se pone incómodo. Resignado y sin muchas ganas, se acaba de golpe la cerveza y agarra otro chot. Luego se acomoda en la silla, cruza la otra pierna y se inclina hacia adelante.

Bueno, pues ahí les va. El otro domingo fui a comer con Melissa a Las Alitas, y de ahí nos pasamos a Soriana para

comprar pisto y botana y estarnos un rato en su sala. Entonces ahí estaba yo en licorería, viendo qué llevar, cuando un wey me habla desde uno de los pasillos, y me dice, joven, joven, y ya a las quinientas me doy cuenta de que me está hablando a mí y volteo y voy hacia donde está con un carrito de súper junto a una caja registradora, y me dice, estamos dando esta ginebra que tiene un costo de ochocientos pesos en ochenta y nueve pesos, y yo de, ah cabrón, espérate, como que mi cerebro tardó en reaccionar y le pregunto, por qué o qué, no, que van a cambiar el diseño, todas estas ya van de salida y que por liquidación ese es el precio, y le digo al wey, y no iré a quedarme ciego si la compro, no, no, para nada, joven, cómo cree.

Oye, ¿y sí era un empleado de ahí o qué tal que nomás era un wey que entró y se puso un gafete de Soriana?

Jajajaja.

Jajajajaja, no no, sí era empleado de ahí y todo, y pues ya, le digo que me voy a dar una vuelta y que si me animo orita me la llevo. Entonces me voy por los pasillos, doy la vuelta, buscando qué servicios llevar para prepararme unos cocteles con la ginebra, y digo, chingue su madre, por noventa pesos cómo no voy a comprarla, y me regreso, pero mientras voy caminando veo y escucho a unos de carnicería cuchichear, no no mames, wey, sí hay que comprarla, a huevo conviene, por noventa varos te pone pedo. Total, llego y está una doña también de Soriana, con el uniforme y toda la cosa, con cinco botellas apartadas para ella.

Pos a huevo, hasta para la reventa está bien vergas.

Sí, wey, y cuando me fui a dar la vuelta, fácil había diez botellas si no es que más en el carrito, y ahora que llego le pregunto al wey de la caja si todavía quedan y nomás sacude la cabeza. O sea, yo no pensé que fueran a llegar tantos clientes en tan poco tiempo, pero no tomé en cuenta a los mismos empleados de Soriana que arrasaron con todas las

pinches botellas. Pero en eso veo que en el carrito quedan aparte dos de whisky, de buena marca también, porque sé que esa botella anda como en seiscientos cincuenta, por ay.

¿Y esas en cuánto estaban?

En dos veinte.

No mames, pues súper bien también. No tanto como la otra, pero igual, es un ofertón.

Sí, pues hasta de hecho mi plan original era comprarme una botella de whisky, para no andar gastando en las latas de Jack, que la neta están bien buenas, pero no mames, como tenía un chingo que no las tomaba no sabía que habían subido tanto de precio.

¿Pos en cuánto andan o qué?

En treinta y siete, wey, cada una, pinche compras cuatro y ya se te van ciento cincuenta varos.

No mames, sí están cariñosas entonces.

Simón, igual ponle que de esas no te tomas doce, seis a lo mucho, pero pues aun así. El punto es que en eso me dice el wey que le cancelaron la compra de una de ginebra y que si todavía la quiero, pos a huevo, mijo, véngase pa acá, y por trescientos varos terminé llevándome dos botellas que en total hubieran costado casi mil quinientos, me sentí como esas doñas que ya se la saben y que con poco arman la despena para todo el mes.

Jajajaja, no mames, tal cual.

Pues entonces regresamos a casa de Melissa y nos ponemos a pistear. Yo abro el whisky y me lo empiezo a tomar así solo, pero después de dos o tres dobles dices, ya no me está entrando este pedo, porque la neta está cabrón ponerte a pistear whisky así a las tres de la tarde.

Ayay, wey, no seas mamón.

No, es neta, no es por mamón, otra cosa es cuando ya comiste chido ese día y después de las seis ya le puedes entrar duro, pero así nomás después de almorzar a mediodía está

cabrón. Por eso cuando siento que me está dando para abajo, voy al expendio a la vuelta de la esquina y me compro un agua mineral y un ginger ale, pues sí qué pendejo, ¿verdad? ¿Cómo no se me ocurrió antes prepararlo como las latas de Jack? El pedo es que no sabía igual, no sé si porque no era Jack o porque no le estaba atinando a las medidas, pero ahí estaba, pistéele y pistéele. Como te digo, ando pedón, entra-dón, y se me ocurre decirle a Melissa si no quiere ir al Celta. Al cabo es temprano todavía y sí alcanzamos bien y todo, y ya me dice que sí, se mete a la casa, me quedo fumando un cigarro afuera y al rato sale y nos vamos.

Toma una pausa para depositar la cerveza vacía en la cubeta, agarrar otra y otro chot, sin muecas, como si nada.

Ya desde que venía por la Ortiz Mena me sentía pedón manejando. Paramos rápido en un cajero para sacar dinero, y luego ya, le dimos hasta el Celta. Y pues esto es algo que ya sabía, pero que siempre se me olvida. Nunca vayas a un motel el domingo por la tarde. Porque están hasta el culo y no dan abasto limpiando los cuartos, entonces vas a tener que hacer un chingo de fila. Así nos tocó. Pero dijimos, chingue su madre, y ya ahí nos quedamos aplastados, sin que se moviera ningún carro. Yo creo que pelada hicimos como veinte minutos de espera, muchos de la fila se salieron y se fueron e igual otros nomás llegaban y veían cómo estaba la fila y mejor ni se metían. Pues ya, por fin empezaron a avanzar los carros de adelante, y yo, haz de cuenta que estaba justo pasando la pluma, porque el wey, un pinche morrillo nuevo de ahí, me había dicho que me moviera pasando la pluma. Entonces me hace la seña de que me toca *literalmente* la primera cochera a la izquierda, pues me muevo en caliente y se me va el pedo y doy reversa y nomás escucho un putazo y me saco de onda, y tardé un segundo o dos en darme cuenta de que le pegué a la pluma, y en eso sale el otro wey que trabaja ahí, neta, pinche wey con cara de gorila, hin-

chada así de los lados y con las fosas nasales abiertotas, con cara de emputado siempre, de que odia su vida, su trabajo y a sí mismo, y así está siempre, nunca cambia de expresión, y me dice, no que sí te la chingaste, la vas a tener que pagar y son cuatro mil lanas, y en eso se hace a un lado y le habla a su patrón, y me sigue viendo todo el tiempo mientras está hablando por teléfono, y luego me dice, son tres mil, ¿qué quieres hacer?, y yo, pues pagarlos, wey, y ya se va por la terminal y cuando regresa me entra no sé qué, como que me emputé por la situación y con el wey por cómo me estaba hablando y por su pinche jeta de mojón, y me empiezo a pelear, diciéndole que el morro me dijo que pasara la pluma y luego se le ocurre darme la habitación más pegada y que cómo voy a caber si me tengo que hacer para atrás a huevo y él no levanta la pluma ni nada, y el otro wey defendiéndose diciendo que yo no le bajé el vidrio y que como no le dije nada no le di chanza de levantar la pluma, y yo sigo enfrascado, por un momento siento que puedo remontar y ganarles, como esa vez en Torreón que me peleé con un taxista porque quería cobrarme más de lo que me había dicho, pero ahora sé que no tengo muy buenos argumentos, y que aparte estoy pedo y probablemente lo notan ellos también, seguimos el wey y yo, yo hablándole recio y diciéndole wey, y él, por qué me hablas así, pues cómo te estoy hablando, ya sabes, cosas por el estilo, hasta que dice, bueno, deja le hablo a una patrulla para que esté presente porque es protocolo, y como que ahí reacciono y se me baja tantito la peda y digo, madres, si viene la chota ya valí verga, directo al bote, como cuando Lalo chocó el portón de ese fraccionamiento y se dio a la fuga, entonces le digo, bueno pues ya, le digo que voy a pagar lo de la pluma pero que me regresen mi dinero del cuarto porque ya no pienso usarlo y simón, nos arreglamos en caliente y me fui a la verga de ahí.

Normalmente cuando alguien de nosotros cuenta una historia nos la pasamos interrumpiéndonos, pero ahora lo escuchábamos en completo silencio.

No mames, ¿y qué hiciste después? ¿Se regresaron a la casa?

Otra cerveza, otro chot y sigue.

No pues nos fuimos al California, que está por ahí también, y lo mismo, la limpieza de los cuartos y a esperar otros veinte minutos, pero ya todo emputado y agüitado. Y ya, nada que ver con el Celta, en la tele había diez canales pasando Master Chef y afuera de la puerta se escuchaba como si alguien estuviera intentando abrirla con una llave, pero era nomás la argolla de la cortina que se movía por el viento y por la lluvia, pero a pesar de eso, no pienso volver a darle un puto peso al Celta en mi perra vida jamás.

No mames, qué heavy el asunto.

¿Y esto era lo que nos ibas a contar o tiene que ver...? indaga Carlos.

Para allá voy. Llevé a Melissa a su casa, me regresé a la mía y me dormí casi al llegar. A la mañana siguiente, me despierto a las seis, pero bien raro, sin batallar, sin sueño, sin cruda, pero siento las sábanas todas mojadas y pegadas, y luego me siento todo empapado en sudor y pienso que tengo fiebre y luego me vuelve todo lo de ayer y me empiezo a poner todo paranoico, tanto que no hallo qué hacer, así que mejor me paro y me visto y salgo a caminar al parque del fraccionamiento, nomás a darle vueltas. Y ya regreso, me baño, me alisto, desayuno y digo, chance si voy a la biblioteca a estudiar me pueda distraer un poco, agarro el carro y cuando voy por la Universidad como que empiezo a racionalizar mi paranoia.

1) Culpa por haber gastado tanto dinero ayer a lo pendejo.

2) Culpa por haber actuado imprudentemente, en todos los sentidos.

3) Preocupación de que por alguna razón mi jefe vea algún putazo en el carro y me pregunte qué pedo.

4) Miedo de que el wey, por la vía legal, quiera tomar cartas en el asunto y después me manden un citatorio o que el incidente quede registrado, porque ya ves que al llegar anotan las placas del carro, o que me llegue una multa aparte o yo que sé.

5) Miedo de que el wey, por la vía no legal, trabaje para alguien pesado o que esté metido aparte en cosas turbias, y que con las placas me rastreen y me sigan y me quieran dar un levantón o meterme un susto o que le pase a mi jefa cuando usa el carro, entonces, no sé, wey, me empecé a preocupar por un chingo de cosas a la vez. Me daba culo también de que fuera a llegar una carta o una correspondencia a la casa mientras no estaba y se la dieran a mi jefe.

Pero ya, fueron pasando las horas y como que se fue dissipando la sensación, aunque seguía algo nervioso y cada tanto me volvía a acordar de todo el pedo. Me daba culo que me fuera a entrar alguna llamada de un número desconocido o algo así. Pero no. No pasó nada. Y se fueron yendo los días y al tercer, cuarto día, dije, ya estuvo, ahí quedó. Como siempre, nomás estuve haciéndome chaquetas mentales pensando que lo peor iba a pasar.

No mames, wey, está bien culero cuando a uno le pasa eso, pero lo bueno es que no pasó nada al final, como dices.

Sí, eso creía yo. Hasta hace dos días. Estaba en mi casa viendo el juego de Cervecedores, ya me había olvidado por completo del asunto cuando de repente suena mi celular y contesto pensando que de seguro es Telcel y digo, bueno, y me responde una voz más o menos familiar, diciéndome que el patrón me quiere ver para aclarar lo que pasó con la pluma del motel y me cita el viernes en The Show, el table que está allá por la Homero. Que vaya solo y que si no, ya tienen toda mi información y sólo me va a salir peor.

Nos quedamos petrificados. Nadie había anticipado nada remotamente parecido. El aire se vuelve espeso y por hacer algo se me ocurre intervenir.

¿Y ya pensaste qué vas a hacer? ¿Ya le dijiste a alguien más o vas a llamarle a la policía?

No, no mames, ¿para qué? No me queda de otra más que ir y afrontar lo que sea que vaya a pasar.

Pero si vas a valer verga, no tienes idea de lo que te vayan a hacer o de nada.

Pues justamente por eso los convoqué, para que me tiren paro.

¿Pero cómo? Si te están diciendo que vayas solo y se lleguen a enterar o ven que vas acompañado se va a poner la caca a peso.

Sí, pues el chiste es precisamente que no se den cuenta, que ustedes pasen desapercibidos, por eso tenemos que planear esto bien, a fondo.

Bueno, y no es por ser culo, pero, ¿de qué sirve que vayamos nosotros? Si se ponen pendejos no hay nada que podamos hacer.

Por eso estaba hablando con el Emilio, porque me acordé que él tiene un primo que es dueño del Mamitas, entonces chance conoce al patrón o tiene algún contacto que lo conoce como para enmendar el asunto, pero nel. Aunque eso sí... Nos puede ayudar con otra cosa.

¿Con qué?

Con conseguir unas fuscas.

Ambos lo miramos pensando que ya está pedo y nos está gastando una broma, pero todo parece indicar que va en serio. Le da un sorbo al caballito y se lo pasa con cerveza.

¿Fuscas? ¿Tas pendejo? Aparte nadie de aquí ha disparado una en su vida.

Eso no es lo importante, lo importante es ir ensayando y practicando tiro de aquí al viernes. Mañana voy a pasar por

ellas para que nos veamos después, nos vamos lejos a algún terreno o cerro donde no se escuchen los disparos.

¿Y luego? ¿Quieres que balaceemos el table o qué pedo?

No, lo que se me ocurre es que el viernes Carlos se estacione cerca del lugar y que tú entres después que yo y te mezcles entre la gente. Ahí no necesitaríamos tanto las fuscas, porque no creo que me hagan nada dentro del establecimiento. Más bien, el pedo es por si de ahí me quieren encajuelar y llevarme a otro lado, entonces ustedes reaccionan. Lo que necesito saber es si puedo contar con ustedes para esto. A Lalo ahorita que llegue a la casa le marco para ponerlo al tanto, pero por mientras, ¿ustedes qué dicen?

Carlos y yo permanecemos estólidos, pasándonos la bolla con los ojos, esperando que uno de los dos abra la boca.

Mira, yo la neta no es por... titubea Carlos.

Dejo de escucharlo porque veo que alguien entra por la puerta. Mi expresión se contrae en un gesto involuntario de extrañeza. ¿Será o no será? No tiene sentido y sin embargo es Sergio.

¡Qué pedo, weyes! ¿Cómo están?

¿Tú qué haces aquí, cabrón? ¿Qué no estabas en México?

Sí, wey, pero me dieron las vacaciones de una vez.

¿Y luego, cabrón? ¿Por qué no avisas que aquí estás?

Nomás le dije a este wey para que les dijera y que fuera sorpresa.

Ah no mames, wey, qué culo.

¿Entonces tú sí sabías?

Simón, y sabía que si no les decía que tenía algo importante que contarles no se iba a armar que vinieran todos.

Jajajaja no mames.

Jajajajaja qué cagado.

¿Entonces todo lo que nos acabas de contar no era cierto, nomás era para que viniéramos o también nos ibas a contar otra cosa?

Chot. Golpea el caballito sobre la mesa chorreada. Exhala.
Bueno, sobre eso, ya que ya llegó Sergio...

ESTRATEGIA

El jueves pasado le cayó Gustavo Herrera a mi casa. Le dieron vacaciones y por eso andaba de visita. Sacamos las sillas Tecate y nos instalamos afuera, en el jardín, con una hielera roja entre nosotros como un tercer invitado. Mandamos a paseo las playlists, las turbochelas y los chots para poder dialogar como se debe, como nobles, como atenienses. En algún punto, ante algo que comentó, yo le dije:

Ah, como la vez de Mateo y el Uber.

Pero en lugar de reírse sólo se me quedó viendo y pronto me percaté de que en realidad no sabía de qué estaba hablando.

¿En serio no conoces la historia de Mateo y el Uber?

Jajaja, no, we.

No mames, la hemos contado mil veces, ya es canon.

Y procedí entonces a contarle de la vez que Francisco Rivas, Mateo Gallardo y un servidor fuimos a ver a Molotov a la Feria de Santa Rita. Esto fue el año pasado, el jueves 26 de mayo. Me acuerdo bien de la fecha porque también fue un 26 de mayo, pero del 2013, que el América ganó esa mítica

y legendaria final contra el Cruz Azul, y, desde entonces, todos los años me aseguró de recordárselo a Arturo Villalobos. Pinches Chemos, ya se creían campeones. Llevaban dieciséis años sin ganar la liga. En el partido de ida se habían llevado la ventaja por mínima diferencia, gracias a un remate de cabeza que conectó el Chaco Giménez en un tiro de esquina, mandándolo al rincón inferior del poste izquierdo. En el de vuelta, todo parecía favorecer al equipo cementero. Jesús Molina, jugador del conjunto americanista, se fue expulsado a los quince minutos; Teófilo Gutiérrez marcó otro tanto, ampliando la ventaja temprano en el partido; esto sin mencionar varias oportunidades claras de gol, en especial aquella que Teófilo, solo frente a la portería, estrelló contra el poste.

Yo nunca le he ido a ningún equipo mugriento de la Liga MX –puro Real Madrid, carnal–, pero debo reconocer que esa escuadra del Cruz Azul –Torrado, Chaco, Barrera, Pavone, Gutiérrez, Corona, etc. – movía muy bien la bola; desplegaron un excelente fútbol, dominando al rival a lo largo de noventa minutos. Claro, eso hasta que vino un cabezazo de Aquivaldo Mosquera un minuto antes del final y otro de Moisés “el Tortas” Muñoz en tiempo de compensación que la pierna de Alejandro Castro desvió hacia dentro. Todo mundo conoce el resto de la triste historia: los tiempos extra, la tanda de penales (donde Alejandro Castro, para colmo, volvió a errar), la celebración del Piojo Saiyajin nivel tres, la enésima corona conseguida aquella noche lluviosa en el Azteca y una de las finales más emocionantes en la historia del fútbol mexicano.

Ambos partidos los vimos en la casa en donde vivía antes Arturo. El domingo, durante el medio tiempo, se compró un six de XX Lager y tuvo suerte de que no le pidieran identificación. De regreso en la sala, el wey andaba vuelto loco, se había quitado la playera y la agitaba en el aire, festejando

con una Coca de tres litros pegada a los labios. Me acuerdo que Irving Jiménez le preguntó, antes de que aconteciera la tragedia: ¿Qué se siente que estás a cinco minutos de ser campeón? Y Arturo le contestó: Pues nada, wey. Durante el tiempo extra nomás se estuvo en silencio, como que ya anticipaba la cruzazuleada, y cómo no, después de tantos años de ver a ese equipo más malo que la carne de puerco. En la tanda de penales, él, Óscar Berterame y Alex García se abrazaron sólo para valer verga. Al terminar el partido, Arturo se encerró en su cuarto como quince minutos a llorar, pero no le salieron las lágrimas.

El día del concierto quedamos de vernos en casa de Francisco temprano para precopear, porque cada vez está más caro e inaccesible ir a la Feria y pasarla bien sin derrochar una fortuna. Te cobran el estacionamiento, la entrada y la pinche lata de cerveza anda en cuarenta bolas. Y como nuestra intención era mamarnos, también acordamos en que nadie manejara; de ahí pediríamos un Uber y en la noche otro de regreso para quedarnos a dormir en casa de Francisco. Le dijimos en el grupo a Arturo pero el mamón dijo que Molotov le quedaba chico como para ir a verlo a la Feria con todo lo que implica, y que mejor se iba a quedar en su casa a escribir una novela que lleva como tres años tratando de terminar y nomás no. Samuel Cisneros está haciendo la residencia de psiquiatría en el Fray Bernardo, en la Ciudad de México. Por eso no fue.

Calculábamos que Molotov empezaría a tocar alrededor de las diez, así que con que pidiéramos el Uber a las siete y media y llegáramos a eso de las ocho ya la armaríamos. A mí me aventaron a las cinco, esperamos a Mateo, que llegó como a la media hora, y nos fuimos en chinga loca al Oxxo a comprar cheves para el Frenzy. Frenzy es el nombre que tenemos para un torneo específico de Mario Kart que jugamos

casi todos los fines de semana. De las dieciséis pistas escogemos cuatro aleatoriamente –picándole al L y al R– que son de pistear. Igual jugamos todas las pistas, pero en esas que son las de pistear te tienes que terminar una cerveza antes de dar las tres vueltas completas y no puedes pistear mientras manejas (no como en la vida real). Así que debes encontrar un balance entre conducir y tomarte la cerveza lo más pronto posible. Puedes, como hace Mateo porque tiene garganta de camionero, empinártela en cuanto arranca la carrera y ya no más dedicarte a manejar; puedes darle sorbos y avanzar por tramos; puedes pararte justo antes de la meta final y acabarte lo que te quede de la lata. Tú decides. Es cuestión de estrategia. Pero, sea como sea, el punto es acabar hasta el pito.

De los personajes sólo seleccionamos a los de peso ligero. Francisco siempre escoge al Diddy Kong y al ParaKooa, Mateo a los “Toads” (Toad y Toadette) y yo al Baby Mario y a Baby Luigi. Francisco siempre es el P1, Mateo el P2 y yo el P3. Francisco casi siempre queda en primero, Mateo casi siempre en segundo y yo casi siempre en tercero. Entran muchos factores en juego, como cuáles son las pistas de pistear, qué tan pedo se pone cada quién, la suerte que trae, qué tantas ganitas le echa, etc.

Nos fuimos recio, porque no teníamos tanto tiempo y también porque queríamos llegar bien flameados allá para no gastar, a lo mucho una o dos cheves. Aunque siempre decimos eso y terminamos cediendo ante la tentación. Esta vez decidimos hacerlo de caguamas, obviamente no terminarnos toda la caguama en una carrera, porque es imposible, pero sí irle chingando en todas las pistas, y en las que tocaba de pistear acabárnosla. Nos dio por experimentar, aunque no salió muy bien que digamos porque, a comparación de la lata, era más difícil saber si alguien se estaba

haciendo pendejo y tomaba menos que los otros, y se nos iba el rollo con las medidas y demás.

Terminamos el torneo y hasta se nos antojaba jugar otro, pero ni de pedo íbamos a alcanzar. Por eso mejor Francisco fue pidiendo el Uber y a mí se me ocurrió decirle que nos lleváramos unas cervezas que le quedaban en el refri y tratáramos de meterlas a la feria.

Francisco y yo, junto con Samuel, nos conocemos desde la primaria y recientemente alguien me señaló un aspecto de nuestra conducta del cual yo no me había dado cuenta, y es que tenemos esta tendencia de siempre querer meterle gol al sistema. Cuando alguien nos enseña un juego nuevo o nos explica cómo funciona cierta dinámica, nuestros cerebros inmediatamente se conectan para encontrarle los “huecos legales” a las reglas. En cuanto entendemos de qué va la cosa, a cada quien le da por hacer preguntas del tipo *¿entonces si es así puedo...?* o *Y por decir, ¿podría de que...?* Y la verdad ya es algo que hacemos por inercia; es más la emoción o la satisfacción de hacerlo, que lo que conseguimos a cambio. El chiste es clavarse una botella de una fiesta, aunque a nadie le guste la ginebra o el ron. Yo creo que esa pinche primaria nos enseñó dos cosas nada más: a desobedecer a cualquier autoridad y a ser mañosos a más no poder.

En esta ocasión falló nuestro plan, en parte porque ya íbamos medio tomados y se nos notaba en la carota, y además porque no nos pusimos ingeniosos. Los de seguridad luego se dieron cuenta por el bultote del pantalón que cada uno traía dos latas de cerveza metidas entre los calzones y que por eso caminábamos despacito, como niños zurrados. Por suerte no se pusieron mamones y nos dejaron pasar, pero los culeros nos hicieron abrir las latas y vaciarlas ahí enfrente de ellos.

Entrando nos dirigimos al Teatro del Pueblo, escenario en el que tienen lugar las presentaciones gratuitas, a diferencia

del Palenque, en donde sí te la dejan ir con los precios. En años anteriores me ha tocado ver aquí a El Tri, con mi carnal y con Arturo. Esa vez terminé guasqueando una jardinera. Ahora lo importante era agarrar un buen lugar, uno en donde no estuviéramos todos apretados y que también nos dejara ver bien el espectáculo. Por suerte dimos con un spot justo en medio que nos latió y ahí decidimos plantarnos. Ya casi eran las nueve de la noche. Se nos hizo un poco tarde y no consideramos lo que iba a tardar el Uber en pasar por nosotros hasta Coordilleras y de ahí hasta la Feria, que está al otro extremo de la ciudad. Eso más el tráfico que empezaba desde el Canal y la Pacheco hasta la Deportiva Sur. Parecía embotellamiento del D. F., porque hasta ganas me dieron de poner un podcast en el trayecto. Luego todavía tuvimos que caminar desde donde nos dejó el Uber, hacer fila para comprar nuestras entradas y formarnos para el acceso.

Ya que habíamos asegurado nuestros lugares, nos turnamos para ir a cambiarle el agua a las aceitunas. También por eso no está tan chido empedarte ahí, porque si te dan ganas de ir al baño, ¿qué haces? En lo que vas, esperas la fila y te regresas, ya te perdiste tres cuatro rolas. A mí me tocó ir al último, porque el Francisco y el Mateo ya se andaban meando. De ida no batallé para pasar entre la gente, pero a la vuelta ya se había llenado bien cabrón de raza. Eran las nueve y media y todo mundo estaba coreando a Molotov, ansiosos de que diera inicio el show.

Se me olvidó mencionar que por poco se cancela el concierto, porque esa misma mañana el camión de carga que llevaba los instrumentos y el equipo de sonido de la banda se volcó a la altura de Camargo, por lo que se llegó a considerar la posibilidad de que no iban a poder presentarse. Hubo muchos rumores y especulación en redes sociales. Posts y publicaciones tramposas que decían ‘¿QUIERES SABER SI MOLOTOV SE PRESENTARÁ HOY EN LA FERIA?

AQUÍ TE DECIMOS' y al abrirlo nomás era puro relleno que resumía la circunstancia dejándote con la incertidumbre en el aire, nomás querían tu pinche click. Afortunadamente salieron al rato noticias que también eran puro relleno y resumen de la situación, pero que al final confirmaban que sí se llevaría a cabo el concierto.

Para cuando logré ubicar a estos weyes ya estaban rodeados de un chingo de gente, familias y grupitos platicando sobre lo que acabo de contar, del accidente en carretera y de que por poco nos quedamos sin ver a la banda. Se mostraban impacientes por que iniciara el show, y algunos hasta comentaban que a lo mejor iba a haber un retraso por todo lo ocurrido. Incluso llegué a escuchar de algunos que dudaban que la banda fuera a tocar. Seguro orita nos meten algún otro grupo pitero de último minuto, decían.

Pero justo en eso se encendieron las luces del escenario y se empezó a escuchar música de fondo. Nos tuvieron aclamando y pidiendo que salieran los miembros de la banda como por tres o cinco minutos. Y por fin se mostraron en el escenario, uno por uno, primero salió Paco, luego Tito, seguido de Micky y al final el Randy fue a sentarse a la batata. Y arrancaron duro con "Chinga tu madre" y "Parasito", "Lagunas mentales", que es de las recientes y que a mí me mama, pero con "Here We Kum" fue cuando dije, ya valió, empezamos a tirar desmadre y la raza se prendió, se armó el slam enfrente de nosotros y al principio como que la pensamos, pero después le entramos sin miedo. Ahí andábamos dándonos de codazos y de empujones, hasta había unos weyes que parecían maras, pero la neta es que todo mundo muy respetuoso, si a alguien se le pasaba la mano o por alguna razón uno perdía el equilibrio y caía al piso, te ayudaban a levantarte y toda la cosa, veían que estabas bien y luego te empezaban a empujar y a aventar otra vez.

Con “Gimme Tha Power” tomamos un break para cantar la que probablemente es la rola más emotiva e incendiaria del grupo, la que todo mundo se sabe la letra y canta desde el fondo de su corazón cada quince de septiembre hasta el rifle. En eso pasó un vendedor con cervezas y dijimos chinque su madre, sacamos los billetes que llevábamos por cualquier cosa y nos compramos dos cada quien. Siguieron con éxitos como “Frijolero”, “Perro negro”, “Marciano”. Estaba el ambiente en su mero apogeo. Empezamos a tomar como si fuera agua mientras entonábamos las rolas y mentábamos madres. Estos weyes –los de Molotov, quiero decir– son expertos en salir con chistes y frases nuevas que ellos mismos se inventan. Siempre traen buen cotorreo y desmadre. Mi favorito de la banda es Tito, porque me gusta cómo habla el we y cómo se expresa, por así decirlo. He visto algunas entrevistas que le han hecho y no importa lo que esté contando te cautiva y te atrapa su ritmo. Se ve que es un wey alivianado, con el que estaría chido tomarte una cubeta de cheves.

Hablando de cubetas, pasó el mismo vendedor y volvimos a desembolsar los ahorros para luego aventarnos las de “Quen Pon Ponk”, “El carnal de las estrellas” y “Rastaman-Dita”. Aproveché para sacar el celular y grabar videos. Cuando se acabó ésta última hubo una pausa que todo mundo sabe lo que significa. Se empezaron a despedir y hasta salieron del escenario, pero a los dos minutos volvieron y los recibió un estruendo de voces que yo creo se escucharon hasta mi casa. El Tito compartió un mensajillo político para la siguiente rola y nos soltó “No olvidamos”, las vibras se pusieron todavía más pesadas con “Más vale cholo que mal acompañado” y “Mátate Teté”. Y otra vez nos volvieron a aplicar la misma de que ya se terminaba el show. Desfilieron hacia los camerinos y duraron más tiempo en regresar. Cuando llegaron se oyó una ovación mucho más cabrona que la pasada. Ahora fue Micky el que se aventó su rant, re-

iterando una vez más que la canción no apoyaba la homofobia, sino que “lo puto” transcendía el género y tenía que ver con alguien gandalla o culero. Una aclaración cuestionable y muy chavoruca de su parte, aunque no creo que al público le importara en lo más mínimo. Todos estaban esperando esa rola para el cierre perfecto e icónico. Y se dejaron caer, la neta, yo creo que se extendió unos cinco o siete minutos más que la versión original. Eran las once y media cuando sonó el último acorde. Quedé satisfecho con el setlist y eso que faltaron las que más escucho como “Diseño rolas”, “Yofo”, “Cerdo” y “Guacala, qué rico”.

Para evacuar fue todo un rollo. Ahí iba yo con mis compas, contento, medio intoxicado y oliendo a tierra y cerveza derramada. Pudimos circular hasta llegar a las puertas de salida, en donde la gente estaba toda aglutinada. Afuera el estacionamiento era un caos. Todos los carros estaban parados con las luces prendidas, avanzando un metro por minuto.

En nuestro caso nos salía bien caro el Uber por la demanda y por la distancia. Decidimos calmarla un rato, dar la vuelta y esperar a que se despejara el área, a ver si con eso bajaba el precio. Mientras que Francisco estaba al tiro de la aplicación yo venía enseñándole los videos que había grabado y discutíamos precisamente cuáles rolas habían sido las más vergas. Mateo iba unos cuantos metros delante de nosotros. Después, cuando volvimos a levantar las miradas, ya no lo vimos por ninguna parte. Volteamos a ver si de casualidad se había quedado atrás. Apresuramos el paso y se me ocurrió marcarle. Me mandaba a buzón.

Lo encontramos casi llegando a la Fuentes Mares, volteando a los lados para cruzarse el boulevard. Le estuvimos gritando, pero no nos escuchaba y cuando lo abordamos fue como si no nos reconociera.

¿Qué pedo, wey? ¿Qué haces?

Nada, aquí nomás.

¿Por qué te separaste?

No pues como no había Ubers mejor nos vamos caminando.

Tas pendejo, wey, ¿cómo nos vamos a ir caminando? Son las doce y tu casa queda bien pinche lejos.

Nah, wey, sí se arma pelada.

Cabrón, vives por La Salle, incluso si estuviéramos sobrios y nos fuéramos haríamos tres cuatro horas en llegar.

No, wey, sí llegamos, fuga.

Fue entonces que me di cuenta que Mateo se había puesto en modo “Tío Mateo”. Es engañoso, porque no suele suceder, pero en un santiamén se le puede subir de putazo la peda y volverse otro. Se vuelve el “Tío Mateo”, porque es como un tío que se emborracha en Navidad y se pelea por los terrenos. De pronto goza de una fuerza sobrehumana y de una destreza para realizar las acciones más insólitas.

Francisco y yo tratamos de hacerlo entrar en razón, sabiendo que iba a estar difícil.

Ándale, wey, ya vente, ya vamos a pedir el Uber acá.

En lugar de hacernos caso siguió su trayecto hacia el norte, sin cruzar la calle. Tuvimos que seguirlo hasta dar con él y plantarnos enfrente para bloquearle el paso. Francisco lo sujetó de los hombros y el wey sólo se emputó.

Ya, si quieren irse ustedes está bien, pero yo me voy a ir caminando.

Mateo, entiende que no tiene sentido, está bien piche lejos y peligroso y ya vamos a pedir el Uber, mira.

Francisco le mostró la pantalla. De seguro Mateo no alcanzó a ver un pito porque enfocaba la mirada a más no poder. Pero algo lo hizo reaccionar un poco, aunque seguía sin moverse. Intentamos otros métodos.

Ya, Mateo, fuga en Uber y llegando jugamos otro Frenzy.

Simón, pedimos unas clandes orita, yo tengo el número.

No dijo nada. Sólo se nos quedó viendo y luego se quedó contemplando el boulevard lleno de carros dirigiéndose a

sus casas. Empezó a avanzar hacia nosotros y en eso Francisco agarró a un conductor. Ni checamos el puntaje ni la foto ni nada. Ya no estábamos para eso. Nos sentamos en el borde de una banqueta a esperar al wey. Nos salía que estaba a quince fierros de ahí, aunque a cada rato se movía a otro lugar aleatorio del mapa. Por fin apareció orillándose hacia donde estábamos. Era un Ford Fiesta azul. Nos subimos Francisco y yo a la parte de atrás y Mateo no tuvo más remedio que irse de copiloto. El conductor era un vato pegándole a los cuarenta. Traía peinado de piquitos, así como de wey que te topas en las canchas a la hora de las retas. Iba en su pedo, mirando hacia enfrente en todo momento sin decir nada hasta que le dio por sacarnos plática.

¿Vinieron a la Feria?

Simón, respondimos al unísono.

Órale, órale, ¿y a quién vieron o quién estuvo?

A Molotov, ahí en el Teatro del Pueblo.

Órale, ¿y qué tal? ¿cómo se puso?

Chingón, carnal, la neta estuvo muy chido.

Eso es todo.

Y entonces por inercia empecé a atiborrarlo con todas las preguntas de rutina.

¿Y tú qué pedo, men? ¿Vas empezando o terminando?

Tengo desde las seis, yo creo que ustedes van a ser mi último viaje y luego ya a descansar.

Arre, arre, no pues sí.

Sí, ya nomás éste y a la casita a descansar.

Oye, ¿y ahorita cómo está por la Feria? ¿Mucha gente o menos o qué pedo?

Pues para allá pal norte está tranquilo, la neta pues es que los conductores ya se la saben y se vienen para acá por la demanda.

Ey, sí vimos que hace un rato estaba bien caro.

Sí, pues sí, yo estoy en todas las otras aplicaciones y... luego te topas a raza, acá en la otra, en InDrive, que quiere que la lleves hasta Riberas por cien varos, ciento cincuenta y pues están pendejos. Por eso pues orita todos están en Uber mejor y por eso se cotiza.

Ey, esta cabrón..., oye, ¿y qué es lo más cabrón que te ha tocado así de conductor? ¿Alguna anécdota que tengas?

¿Una anécdota? No pues no sé... Una vez recogí a una chava de ahí de la dieciosho, la del Peri, y haz de cuenta que llego por ella, y la estuve esperando acá un ratote, y ay a las quinientas salieron unos, que yo creo eran sus amigos o los de la bolita con la que venía, no sé, pues la traían así toda bulto, la iban cargando como a los toreros cuando salen de la corrida. Así haz de cuenta. Y abrieron la puerta y nomás la jondearon pa dentro. Y así me la llevé todo el trayecto, la morra bien muertota, y ya llegando por donde vivía no me marcaba bien la dirección en el mapa, el número, y estaba *bien* oscura la colonia, y dije qué hago, no pues me estacioné donde pude, prendí las luces de aquí dentro del carro, y me volteo y le hago así en la rodilla para despertarla, y nada, y le muevo la rodilla otra vez y nomás no se despertaba la morra, ya te imaginarás cómo venía o qué le habrán echado en la bebida, y ahí estaba yo, pensando qué shingaos hacer, ¿ve'a? No pos me bajé del carro, abrí la puerta y le moví la pierna hasta que reaccionó, traía todo el cabello pegado tapándole la cara, haz de cuenta como si recién se hubiera levantado, y yo le expliqué, mire, señorita, me marca que es por aquí pero el número no estoy seguro cuál es, y ella se quedaba así, como si le estuviera hablando yo de no sé qué fregaos, como si no me entendiera de plano, pos ya pa no hacerte el cuento largo, le di por unas calles, nos perdimos, me regresé, le di por otro lado y ahí a las quinientas dimos con la casa, y cuando llegamos todavía le pregunto, ¿sí puedes bajarte? ¿no necesitas ayuda? No que no, bueno pues

ahí como pudo se bajó, todavía para abrir la puerta batalló porque no hallaba la llave y cuando la halló todavía se tardó en saber cuál era la cerradura, ya no más que cerró la reja y yo me fui hecho la chingada.

No mames, wey.

Sí, pues te digo, en cuanto vi que entró la morra le corrí pa otro lado, porque ha pasado, a un colega le pasó, que luego salen los familiares o quien sea, y se enojan con uno, piensan que uno tiene la culpa o que uno la puso así y les da por pensar o sospechar que aparte uno hizo otra cosa o se pasó de listo y le levantan falsos a uno y luego no te la acabas.

Sí, es lo cabrón.

Pero pues también las morras yo no sé qué piensan, o por qué se ponen así, luego les pasa algo y no quieren asumir la responsabilidad, la parte que les toca, ¿ve'a? También se trata de darse a respetar. Si ellas no se dan a respetar, ¿entonces quién?

A mí ya me estaba cansando la conversación y nomás asentía por asentir, pero vi que Mateo, que todo el camino había venido casi durmiéndose, reaccionó.

Es como ese pedo que pasó ahora, no sé si lo viste, el escándalo de esta chava con los vialidades, que abusaron de ella y no sé qué tanto y ora resulta que ya no las pueden parar.

No, no lo vi.

Sí, y ahora por eso nomás las puede parar una mujer tránsito, ¿te imaginas? O sea que ahora pueden hacer lo que se les dé la gana y si no hay una mujer tránsito ni las pueden tocar. Y luego ahora andaban diciendo que se van a armar y que no sé qué tanto, ¿te imaginas qué peligro que anden las viejas con pistola?

Ya no quise decir nada. Francisco y yo nos volteamos a ver por el rumbo que la conversación había tomado. Ya no

había cómo parar a este wey que cada vez sonaba más emputado.

Pinches viejas, todas son bien putas, pero se quieren hacer las santas.

Mateo entró a la conversación.

¡Sí! Pinches morras, está bien pendejas, no saben manejar.

Aparte, ni manejar saben, y ahí quieren andar con rifles y pistolas y sepa la chingada, para matarnos a todos los hombres, porque eso dicen, es pura vieja que está resentida porque no se la cogen y por eso la traen contra los hombres en general.

Ey, pinches morras nomás saben hacerla de pedo.

Y luego se quejan de uno, que no hace nada y que no sé qué, pero quién sale por la chuleta, quién es el que pone para la comida, para la luz, el gas, el agua. Todo eso no lo ven. Ahí sí se hacen de la vista gorda, ¿vé'a? Cuando les conviene ahí sí le andan hablando a uno y pidiendo que pa esto que pa lo otro.

Nomás lo chingan a uno todo el día, en lugar de quedarse en la cocina que es donde deben de estar.

N'ombre, qué shingaos, ahora hay pura vieja huevona, que ni sabe hacer tortillas, ni lavar, ni trapear, ni planchar, ni nada, nomás quieren estar ahí echadotas todo el día en la cama, sin hacer nada, y se emputan cuando les pides cualquier cosa.

Pues sí es su única pinche obligación, qué andan mamando.

Ey, y luego llegas de jalar todo el día, ni cena hay ni nada, ya te vas todo hambriento al cuarto y pues dices, de jodido un poco de acción, acá te empiezas a poner románticón, a querer tocarla o manosearla, y se quitan, que les duele la cabeza, que andan en sus días, pero de seguro es porque ya se cogieron al vecino mientras tú andabas allá afuera en la calle, chingándole pa sacar adelante a la familia.

No, pinches morras, no saben coger, ni jalártela bien pueden. Ándale, ni eso.

No hay como un hombre que también tiene verga y que lleva años jalándosela y que sabe exactamente cómo hacerte venir.

Ah cabrón...

Y sí, como dices, a las mujeres siempre les huele feo allá abajo o andan en sus días, con un vato nunca hay problema porque siempre va a estar igual de caliente que tú.

[...]

Por eso a mí lo que me gusta es la verga, así bien parada y gruesa y venuda, n'ombre, se me hace agua la boca nomás de pensarlo.

[...]

Qué rico un pitote así bien grande para mamarlo hasta que te ahogues con él y ya no te quepa más en la garganta.

[...]

Aparte con un wey no tienes que hablar de tus sentimientos, de cómo te sientes y esas pendejadas, se pueden turnar para metérsela y luego se arman las retas de FIFA.

[...]

Eso vamos a hacer nosotros ahorita llegando, unos buenos cogidones entre los tres y luego jugar Gamecube, ¿no gustas acompañarnos? Al cabo es tu último viaje, ¿no?

El rostro del conductor se fundió en una mezcla de odio, desprecio y asco. No sabía ni dónde meterse. Yo tenía miedo de que se pusiera agresivo o que nos bajara en medio de la nada. Lo único que hizo fue encender la radio y no tuvo más remedio que escuchar la hora del himno nacional, en los que han sido, para mí, los quince minutos más incómodos y épicos que me han tocado presenciar al interior de un Uber.

Y esa es la historia de Mateo y el Uber misógino que le conté a Gustavo Herrera el jueves pasado en mi casa cuando me visitó porque le habían dado sus vacaciones y que, como ya dije, es una historia canónica, al igual que el Milagro de Estambul, la Gandalf Night, el Chupefest, la vez de los chots húngaros o de los hongos en Majalca. Tantas historias y tantas anécdotas que quién sabe de qué sirvan. Tal vez las use Arturo para su novela. En una ocasión citó a un autor famoso, del cual no recuerdo su nombre en este momento, que decía que llegado cierto punto en nuestras vidas lo único que tenemos son nuestras historias. Y puede que esté en lo correcto.

¿CELOS?

Ándale pues, Felipe, tírame paro. Una historia que tengas. Ya son muchas, ¿para qué quieres más?

Nomás ésta y ya lo mando al PECH.

Bueno, te voy a hacer el paro nomás porque se me ha hecho cagado todo eso del calendario Tecate y del taxista. Digo, lo que me has enseñado, pues.

Dale pues.

Pues es una historia de mi camarada el Salazar, que siempre se me quedó grabada. Me contó que una vez se levantó luego de una carne asada en donde se chingó como quince cervezas. Pero hasta eso se levantó bien, porque él dice que la clave es cenar, tener algo en el estómago antes de acostarse. Eso y un electrolit. Entonces se levantó y se fue por barbacoa a la sucursal que está en la Río de Janeiro. ¿Sí ubicas? La que está más vacía que la otra.

No sé cuál dices, pero simón.

Bueno, total. Se regresa a la casa y se acuesta en la cama y se duerme un rato. Cuando se despierta, su novia le dice que ya está lista, entonces se baña, se arregla y pasa por ella

media hora después. Y acá. La espera en lo que sale. Luego, ya sabes, lo típico. Ponerse de acuerdo en dónde ir a comer. No, que yo quiero esto, no, que yo no. Total. Terminan yendo al McDonald's del Periférico, porque el Salazar traía ganas de probar una hamburguesa nueva que habían sacado. La neta tenía fácil unos veinte años que no pisaba ese lugar. Entonces pues ya, están comiendo y platicando, que cómo le fue en el trabajo y demás. Y a media conversación el Salazar se avienta un chiste de una vez que lo invitaron a una fiesta. Era una fiesta de planillas universitarias, creo que de Derecho o algo así. El wey nomás fue porque había pisto gratis. Palomas y puro Marlboro rojo, que están bien fuertes esos. Y pues ya, vio a una morra que iba de bolita en bolita y se besaba con todos. De hecho hasta se había besado con un amigo de él. Entonces al Salazar se le hizo fácil acercarse, fingir ahí como que bailaba, sonreír y mirarla a los ojos, y listo. Pero por algún motivo, we, ella le mordió los labios al besarlo. Pero no así normal, no, unos mordiscos, mordiscones, we. Y ya, el Salazar le dijo que si se iban a otro lado de ahí, pero al final no terminó pasando nada. El Salazar se fue con el compa que también se había besado con la morra a una taquería y en el espejo del local vio que estaba todo despeinado, y acá, los labios hinchados como Johnny Laboriel. Y los dos dijeron, qué pedo con esa morra, cómo mordía los labios. Y su compa le dijo, a mí me estrujó el pito mientras me besaba, y como se había besado con el Salazar, entonces pues el Salazar había probado su pito.

Ah cabrón. ¿Cómo? No entiendo.

No, pues ni yo, ni Salazar tampoco. Pero esa era la lógica de su compa. Eso decía él. Más que nada, yo digo, como bromeando o jugando.

Ah okay. Ya.

Pero eso era lo gracioso del asunto, lo que el Salazar le estaba platicando a su morra. O sea, él quería platicarle del

extraño razonamiento de su compa, pero entonces ella le platicó una anécdota semejante de cuando hizo algo muy malvado, así dijo, pero que se divirtió mucho. Y pues haz de cuenta, we, que esta morra, en sus años de juventud salió una vez de antro con una amiga y se besó con un wey de una bolita que se les acopló. Y ya, se salieron del antro para fajar. Y cuando regresó esta morra, se besó con un amigo de este wey que había andado tras de ella toda la noche. Y este pobre compa se creyó muy chingón por haberle bajado la morra a su amigo, pero nada qué ver. Porque más bien al cabrón sí le pasó lo que el compa del Salazar, de la historia que le acababa de contar a su morra, dijo que le había pasado al Salazar, ¿sí me entiendes?

A ver, espérame... Ah okay, ya, ya entendí.

Simón, we. Le fue mal. Tuvo muy mala suerte, por decirlo así. Pero bueno. Cuando el Salazar escuchó esto, se quedó igual que tú. Como que no lo entendió a la primera. Ni tampoco por qué se estaba riendo su morra. Entonces ya, cuando ella se lo repitió, pues ya confirmó que sí era lo que él creyó haber escuchado la primera vez. Y ya, dice mi compa que se sintió bien raro. Que se quedó helado, con la hamburguesa en las manos, y que trató de disimularlo en lo que procesaba ese sentimiento. Porque me dijo, es que eran como celos, pero como una especie particular de celos, no sé. O sea, estaba complicado ponerle nombre, para que me entiendas.

Okay.

Porque el wey decía, pues por qué siento celos por algo que ni al caso, que pasó hace cinco o cuatro años, cuando él y su morra nomás eran amigos. O sea, él también le acababa de contar a ella de la vez que se besó con una morra nomás porque se le presentó la oportunidad. Entonces, pues como que no tenía sentido sentir celos por algo que no estaba ocurriendo en el presente, que no era una amenaza para

la relación, pues. Pero de ahí el Salazar se acordó de una noche que fue de antro con ella, hace muchos años, cuando también nomás eran amigos, y fueron además dos camaradas de Salazar y dos morras que eran amigas de uno de esos weyes. Entonces el Salazar pasó por ella y, por alguna razón, esa noche estaba seguro de que algo se iba a armar entre ellos al final. Pero pues en el antro mi Salazar no se puso las pilas. Se la pasó de aguafiestas, pisteanado bien poquillo y saliendo a cada rato a la terraza a fumar con uno de sus camaradas. Él pensaba, al final, en el estacionamiento o cuando la lleve de vuelta a su casa algo se va a armar. Pero mientras, el otro camarada se puso vivo y salió a pedirle al Salazar las llaves de su carro.

¿No sabía nada ese wey o qué?

No, pues él no sabía nada de las intenciones del Salazar. Ni tenía por qué. O sea, Salazar y su morra no eran nada, y el Salazar no le dijo a nadie de su plan.

Ah okay, ya.

Entonces pues este wey le pide las llaves al Salazar, pero se las termina prestando el otro compa. Y ya, el Salazar se queda bien frustrado con su compa, fumando en la terraza, pero pues ni cómo decirle nada, porque es lo que te digo, no le dijo nada a nadie y pues nadie sabía.

Sí, pues no.

Al final, Salazar llevó a su casa al compa que se había ido con la que ahora es su morra, o sea, la morra de Salazar, al carro. Y el otro compa, el que se quedó fumando con Salazar en la terraza, le dio ride a la morra. Y pues ya te imaginaras la tensión entre el Salazar y ese compa en el trayecto a la casa. Como que el wey trató de hablar sobre lo que había pasado, porque se veía medio ondeado, pero el Salazar casi ni lo volteó a ver. Pero, en fin. Además de este episodio, el Salazar se acordó de otros similares a lo largo de los años. Total. La próxima semana quedaron de verse temprano y se

fueron a un motel. Luego ya a las seis salieron y fueron por algo de comer. Y le dice Salazar a su morra, oye, me quedé pensando en lo que dijo el Ricky ayer en la tornaboda, que para esto, habían ido a una torna el día anterior y ese wey les platicó que se cogió a una morra, pero que luego descubrió que esa morra se había cogido a otros tres weyes el mismo día. Entonces le responde la morra de Salazar, qué cosa. Y él le dice, no pues, qué pedo, ¿no? Está impresionante, digo, hasta la logística del asunto y todo. Y ya, la morra le dijo, no pues es que no es como cuando coges estando en una relación, que te quedas viendo la tele o dormido y abrazado, pues nomás acaban y ya se van. Y el Salazar, pues sí, ya sé eso, pero lo que no entiendo es si conoció a todos ese mismo día, si había quedado con ellos, si con unos sí y con otros se dio así de improvisto. O sea, de cualquier forma que lo veas está cabrón. Y entonces que la morra se rio, y le dijo el Salazar, de qué te ríes, y ya la morra le dijo, bueno, yo sí me he echado dos el mismo día, y me contó el Salazar que le dio la misma sensación que en el McDonald's, o sea, era el mismo efecto, a pesar de que ya no lo agarró por sorpresa, y que tiempo después entendió que esa mezcla de celos y excitación no era porque dudara de su morra o de la relación ni nada, sino que más bien le hacía ver que él nunca tuvo eso con su morra y que tampoco podía tener eso, no sé si me explico.

Más o menos.

O sea, él nunca fue ni iba a ser uno de esos weyes suertudos que se sacaron la lotería un viernes por la noche con ella. No le tocó vivir eso, y por eso siente cierta envidia o celos. Por eso, aunque fuera una situación insignificante, como ligar en un antro, o más bien, entre más insignificante era la situación, más fuerte sentía esa sensación. Porque de lo que se dio cuenta es que no puedes ser todas las personas

para alguien, no puedes serlo todo por más que seas la persona más importante para alguien.

Okay... creo que entiendo. ¿Y esa es la historia?

Esa es la historia que me contó mi camarada el Salazar una vez que nos desvelamos en su casa tomando mezcal y cerveza. Ya tú sabrás si la incluyes o no. Tú eres el que le sabe a eso.

Ni creas, pero pues va, gracias, Felipe. Ahí estamos.

Ahí estamos a la orden, perro. Cuídate.

DESVÍO

La neta ni me debería quejar porque viéndolo en frío tengo un horario inmejorable, me pagan bien y laboro desde la comodidad de mi casa, aparte de que no meto las manos al fuego por nadie, yo sólo soy el intérprete, el encargado de repetir lo que ambas partes mientan sobre una problemática ajena que no me compete resolver ni solucionar, pero con todo es cansado, fastidioso, repetitivo, odioso y detesto –cada que me acuerdo de ello– el hecho de que antepongo el deber al querer, que prostituyo el poco tiempo, talento e interés que tengo por un puñado de pesos, pero pos así las cosas, podría ser peor, ¿no?, siempre puede ser peor, no cabe duda, si tuviera la certeza de que éste será mi empleo por el resto de mis días en la tierra consideraría muy seriamente meterme el doble cañón de una escopeta a la boca y volarme los sesos en plena llamada, total, dan las cuatro y media y por suerte sólo me demora el último cliente unos cuantos minutos, en la cocina me espera una sopa de verduras con arroz que trago sin muchas ganas porque recientemente estoy hartado hasta de la comida de esta región que se circunscribe a dogos, montados, hamburguesas, piz-

zas, bolas de arroz, o si no es comida chatarra, entonces tiene que ser un guisado nortño con tortillas de harina y la misma cantidad de sodio y de grasa, más al rato voy a ver a mi novia, nuestra dinámica oscila entre mi horario bien definido y los imprevistos y sorpresas que le salen en el despacho, por eso tengo que estar al pendiente, porque ella siempre resulta la última variable a despejar, en lo que espero su mensaje pongo el beis, porque desafortunadamente no soy y nunca he sido de esas personas que se pueden poner a hacer cualquier cosa e inmiscuirse de lleno en lo que les da la hora de irse a otro lado, si ya estoy listo ya estoy listo, me es imposible empezar una película o el capítulo de un libro sabiendo que lo tendré que dejar en cuarenta minutos o cuando sea que me llegue un mensaje diciendo que ya, desde niño soy así, cuando iba a venir un amigo a jugar, me la pasaba asomándome a la ventana, anticipando su llegada y hasta la fecha escucho como un perro el motor de un carro estacionándose y salgo a abrir antes de que me avisen que ya están afuera, desventajas de ser puntual y sufrir de neurosis en un país como éste, en donde, a pesar de que sabes perfectamente bien, con toda la claridad del mundo, que nunca vas tarde en realidad, que la gente siempre llega todavía después y que nunca hay represalias de nada, ahí vas, pensando que esta vez será diferente, que será la excepción, que si no llegas a tiempo todo valdrá madre, pero siempre es el mismo pinche genio maligno jugándote una mala pasada cartesiana, y por eso, después de tres entradas, agarro rumbo porque al cabo no voy a alcanzar a ver todo el juego, así que ni pa qué, decido acercarme a su casa, que también está cerca del restaurante en donde fue a comer con los demás practicantes, me meto a un Sanborns porque a estas alturas le habrá quedado claro al lector que no tengo nada qué hacer más que literalmente matar el tiempo, y como vengo con sumo desinterés me doy la libertad de deambular por

todas las secciones y reparar en observaciones inútiles, como el hecho de que la variedad de productos para la higiene personal es superior al de otras tiendas, en la parte de los juguetes me sorprende cómo han logrado mantener intactos los aparadores con esos cochecitos de colección en las vidrieras que deben estar ahí desde que tengo memoria, siempre tan caros e inaccesibles, tanto que podría apostar que nadie nunca ha comprado uno y que son exactamente los mismos que yo contemplaba a los cinco años, me paso a los artículos para señores viejitos y seniles: las pipas de tabaco, los barcos de madera y los globos terráqueos como decoración para escritorios, los guantes de piel, las bufandas, las boinas y acabo en donde, por lo general, empiezo el recorrido, en los libros y revistas, es algo muy raro pero este Sanborns y también el de Fashion Mall (todo Fashion Mall, ahora que lo pienso) me provocan una sensación instintivamente acogedora, de refugio y protección, como si nada malo pudiera pasar aquí (con música de Keane de fondo), me reconforta ver los estantes con revistas de comics, manga, historia, finanzas, deportes, videojuegos, a pesar de que ya no compro nada de esto, ahora noto que la selección no está tan pinche y que, comparada con mis tiempos de adolescencia, hay muchas más opciones, ya no sólo hay revistas de historia sobre el nazismo y la Segunda Guerra Mundial, siempre me invade también el impulso por escribir sobre una oficinista de Telcel que renta una casa con decoración típicamente genérica y noventera en Quintas del Sol y que pasa los días de su rutinaria y anónima existencia viniendo a Sanborns y consumiendo como lectora asidua toda la buena y la mala literatura de Sanborns, sin comentar las obras y los títulos con nadie más que con su gato que prefiere a Kundera sobre Murakami y a García Márquez sobre Allende, termino por comprar dos libros, *La palabra del mudo* de Julio Ramón Ribeyro, porque de aquí a que pueda costear-

me la antología completa mejor me llevo ésta por mientras y *El infinito en un junco* de Irene Vallejo, por todo el revuelo que ha causado estos últimos años y también un paquete de hilo dental, y ya estoy a punto de meterme al carro cuando se me ocurre, por qué no, ir a Las Alitas, cruzando el estacionamiento, y también, por qué no, pedir una cerveza y empezar alguna de estas nuevas adquisiciones bibliográficas, al cabo mi novia sólo me puso que siguen ahí y que no sé quiénes van para allá y que fulanito acaba de irse, así que la hora de vernos permanece aún ambigua, entro al establecimiento y escojo una mesa para dos pegada a la ventana, viene la mesera y le pregunto qué cervezas tienen y pido una XX Lager de media y le digo que nomás va a ser eso, que el doctor me tiene en una estricta dieta de lúpulo y malta y nada más, regresa enseguida con la botella verde más o menos fría y yo ya estoy hojeando el índice de Ribeyro y empiezo por el primer cuento, “Los gallinazos sin plumas” y ahí la llevo pero poco a poco el ruido de las televisiones y de la música de fondo prueba ser demasiado para mi estado de ánimo, y para acabarla de chingar hay dos niños grite y grite jugando al futbolito a un par de mesas de distancia, en ese momento recuerdo algo sobre lo que ya había reparado con antelación, y es que este local es el paraíso dorado para familias con hijos pequeños, debido al área de juegos, la comida, el futbolito, los juegos de mesa y, para los adultos, la venta de bebidas alcohólicas y las pantallas que transmiten sin falla todos los eventos deportivos, así que así no se puede trabajar, pido la cuenta y me siento como un pelmazo porque por la mísera cerveza y la propina termino pagando como setenta pesos, ora sí que orinados, caminando de regreso al carro checo mi celular una vez más con la ilusión de recibir un mensaje, pero nada, ya estoy familiarizado con la movida, la comida del bufete, que siempre es en un lugar de mariscos, porque parece que nomás eso comen, de seguro

se descontroló y ya han de estar agarrando la peda macizo, así que acepto esta probabilidad con resignación y le doy para mi casa, al llegar veo un carro estacionado afuera de la cochera y me acuerdo de que mi mamá mencionó que tal vez mi prima Julia pasaría con su bebé para que lo conociera, me orillo en lo que delibero qué hacer, porque la verdad es que lo último que quiero es entrar y saludar y tener que cargar al neófito oliendo a cerveza y cigarro y pretender que no huelen mi tufo a tío en reunión familiar de los setenta, me voy y me estaciono en el parque para desde ahí espiar cuando salga mi prima despidiéndose y así poder entrar, pero a quién engaño, no sé a qué hora llegó, por lo que no puedo calcular cuánto les falta, y el parque no se presta para sentarse a leer y fumar entre toda la gente atlética que sale a esa hora en la que están a salvo de un golpe de calor, en la radio suena "She talks to angels" de The Black Crowes, mi mente empieza a maquinarse, a trabajar en eso que comúnmente y muy Tec de Monterrey se conoce como "resolución de problemas", ¿y por qué no? ¿por qué no marcarle a uno de mis amigos para tomar unas birrias si para eso son?, pero de inmediato sé que tres de ellos van a rajarse porque es entre semana y tienen pendientes y no se van a querer desvelar porque no pueden llegar todos crudos a su trabajo o a la escuela, no como yo, que sí puedo porque nadie huele la resaca al otro lado de la línea telefónica, le mando un mensaje a un camarada porque asumo que es el que ha de andar más libre, pero de aquí a que me conteste mejor una llamada en caliente, esa sí contesta, aunque cuando le hago la proposición escucho esa pausa tan conocida y familiar, ese titubeo que te hace sentir que estás importunando, alterando los planes que tenía, pero carajo, ni que le estuviera pidiendo cuarenta mil pesos prestados para saldar mi adeudo con CONAHCYT, por eso ya sé a dónde va esto, a la respuesta mexicana tan mexicana que es la respuesta mexicana

por excelencia, ese quejido ante una circunstancia externa, el no a medias, el no creo, el se me hace que no, el casi creo que voy a fallar, pos ni pedo, está bien, no hay pedo, ay pa la otra, simón, ya estás, bye, y llego al último recurso que queda: ir solo a un bar, ahora, no tengo nada en contra ni me aterra la idea de ir a una cantina o a un restaurante a solas, pero es la última carta a jugar porque nunca sale como esperas, las expectativas nunca coinciden con la realidad, siempre hay este nerviosismo previo a entrar, luego una incomodidad intermedia seguida de un aburrimiento y una desilusión final, una cosa es ir a un bar en el que ya te conocen y en donde llegan otros por cuenta propia en la misma circunstancia y entonces hay algo en común, una convivencia, o también bares en donde no es raro que alguien vaya solo, que cuentan con cantineros capacitados y con experiencia para tratar a este tipo específico de parroquianos, pero cuando he ido yo no pasa así, ¿lo volvería a hacer? sí, ¿es lo que haré en este preciso momento? también, pero eso no quita que muy probablemente salga sintiéndome igual que las otras veces y repita la maldición de la estirpe, allá voy entonces, manejo de nuevo a la misma zona en la que estaba y me decanto por un bar en la esquina de un callejón, la pared exterior de ladrillo rojo, anuncio con luces de neón encendidas y dos escaloncitos para ingresar al local que está ligeramente por encima del nivel del piso, parece de película, y aquí me siento en la barra, donde atraiga menos atención, donde pase desapercibido o al menos quede claro por qué estoy aquí, por suerte el lugar no está lleno, justo la cantidad ideal de clientela esparcida por aquí y por allá, cada quien en lo suyo, en una mesa están sentados unos lasallistas, a juzgar por su aspecto, una rubia ojizarca de cabello corto comparte unos boneless con su novio y ambos platican con el amigo que está sentado frente a ellos, un tipo de camisa de cuadritos y chaleco azul marino que come unas

papas preparadas y se chupa los dedos, los tres ríen y cada tanto voltean a ver la pantalla que está encima, en la que pasan un partido de LaLiga, en medio de la mesa está una cubeta con algunas cervezas volteadas de cabeza, me siento con los codos sobre la barra, la chamarra me molesta un poco y el cantinero apenas si se percata de mi presencia, ocupado en una serie de tareas que su rostro hace pasar por más complejas de lo que parecen, después de llevar un costal de hielos a la parte de atrás me ve y me pregunta si ha sido una noche difícil, asiento y pido un J&B, y tras ver al barman hacer gala de su entrenamiento mixológico y servir el whisky en un vaso con dos hielos, me quedo sin saber qué hacer, ¿reviso mi celular como esos señores que parece que van a bares precisamente a eso? ¿le saco plástica al cantinero? ¿le pido que ponga el juego en la pantalla? y en eso una mujer entra y se acerca a la barra a pedir si puede cargar su celular, un video musical en una de las teles atrapa el rabillo de mi ojo, el cantinero se le queda viendo, dándole a entender que tiene que pedir algo, uno que conozco bastante bien, un Sex on the beach, dice entonces, y el cantinero se toma un momento para recordar qué ingredientes lleva el coctel, se trata de un concierto de Muddy Waters en el Checkerboard Lounge, ella enchufa su cargador y conecta el celular, la pantalla permanece negra hasta que por fin da señales de vida, cuando se presentó en el sur de Chicago en el '81, ya más tranquila se sienta y el cantinero le acerca el trago a su lugar, también como de película el hecho de que estén pasando algo así, lo prueba y en lo que su aparato resucita voltea a los lados, algo perdida, el público aplaude y la banda atiborrada en el escenario arranca recio con el riff de "Baby, Please Don't Go", las manos resguardadas entre las piernas, se acomoda en el asiento de la silla alta, y ahí está Muddy sentado con la guitarra entre las manos, de pantalón de vestir y chaleco gris, camisa blanca y corbata negra, el

cantinero regresa de la cocina y le pido otro J&B, sin hielo esta vez, repitiendo la misma frase de blues y cantando como nunca lo has visto antes, evito hacer contacto visual con ella y espero a que me sirvan, con las manos dobladas sobre la barra, baby, please don't go, cuando me lo traen ella me pregunta si estoy bien, baby, please don't go, sí, le respondo, ¿por qué?, baby, please don't go, down to New Orleans, you know I love you so, pues porque estás tomando whisky a solas en un bar, normalmente ese es un grito de ayuda, before I be your dog, y justo esto es lo que no quería que pasara, before I be your dog, que alguien se diera cuenta de mi situación, before I be your dog I get you way'd out here, and let you walk alone, no, le digo, podría estar mejor, pero no me quejo, turn your lamp down low, le digo y doy un trago para reafirmar mi aseveración, turn your lamp down low, dímelo a mí, responde ella, turn your lamp down low, I beg you all night long, baby, please don't go, no estarás esperando a nadie, de pura casualidad, ¿verdad?, y una enorme fila de mesas alineadas frente al escenario, con velas encendidas dentro de unos vasos, que se encuentran anómalamente vacías, aunque pronto se sabrá el porqué, no, le digo, you know your man down gone, menos mal, dice ella, y se suelta a dar explicaciones, you know your man down gone, es que yo había quedado de verme con alguien en el restaurante de al lado, you know your man down gone, down the country farm, with all the shackles on, pero no llegó, estuve esperándolo como quince minutos y en eso se me acabó la batería y dije, qué hago, y es que después se ve a un grupo de personas llegar de manera triunfal, y pues se me ocurrió venir aquí a cargarlo, explica autojustificándose, con prisa dionisiaca, como si fueran tarde para el espectáculo, está bien, respondo, a todos nos pasa, que no son otros más que los abrigados miembros de los Rolling Stones y sus novias y otros invitados, y acerco mi vaso al de ella para

brindar, un gesto espontáneo que no haría sobrio, pero que parece agradarle, induciendo la agitación y conmoción del público, y habiendo tocado el tema, se me ocurre decir, mientras toman asiento lo más pronto posible para no interrumpir el solo de guitarra, no es lo mismo, pero yo también pasé el día esperando a alguien y al final no se armó nada y también por eso vine aquí y pedí algo de tomar, you brought me way down here, ay no, qué mal, plañe, y hasta suena sincero, you brought me way down here, con razón te veías decepcionado cuando entré, fue lo primero que se me vino a la mente, te lo juro, you brought me way down here, 'bout to Rolling Forks, you treat me like a dog, y suelta una risa diminuta, y luego el de harmónica que vibra y resuena y se quitan los abrigos y los cuelgan en el respaldo de las sillas y se arremangan, ensayo igualar esa risa, pero le digo que no, no es para tanto, y luego otra sección de guitarra y pa pronto les pasan unas botellas que Keith intenta abrir con la mano, no hay por qué hacer tanto escándalo por un error de comunicación, de los que pasan y que pueden pasar a cada rato, y un segundo después saca una navaja quién sabe de dónde y empieza a pelar la tapa y le da un llegue, pero luego me quedo callado y el alcohol me instiga a seguir desarrollando la idea, y se ve llegar a Ian Stewart, el Stone olvidado, volteo hacia la mesa y veo que la pareja se despide de su amigo, y Muddy menciona algo que nunca he entendido bien qué dice, quien sigue entretenido persiguiendo el balón de un lado al otro de la cancha con la mirada, pero básicamente que pidan algo de tomar, aunque el problema, creo yo, está en formarse ciertas expectativas, que no se apresuren, y olvidar el hecho tan obvio de que la gente no las comparte, que se tomen su tiempo, ni siquiera están al tanto de ellas, baby, please don't go, no pueden leer tu mente, baby, please don't go, y ella pondera lo que acabo de decir en silencio antes de responder, baby, please don't go, down to

New Orleans, you know I love you so, pues sí, entiendo, pero, con todo, no deja de ser frustrante, ¿no?, y se ve a Mick, ya sin la chamarra, portando un traje deportivo rojo con rayas blancas en las mangas y cuello V, grita la orden a una mesera y hace señas y gestos para darse a entender, sí, concuerdo, totalmente, before I be your dog, porque una cosa es entender que eso es algo natural, before I be your dog, pero no por eso te va a dejar de molestar, before I be your dog, I get you way'd out here, and let you walk alone, son cosas distintas, reitero, y se ve el humo que sale de los primeros cigarros que Ronnie y Keith encienden y otro sujeto de la mesa empieza a aplaudir con ambas manos en el aire, y ella no pierde la oportunidad para intervenir, ¿ves cómo sí estabas decepcionado?, turn your lamp down low, nunca me equivoco en estas cosas, turn your lamp down low, soy bruja, y al decir esto abre demasiado los ojos en un intento de dar miedo, el cual resulta más bien gracioso, turn your lamp down low, I beg you all night long, baby, please don't go, suelto una risa corta y agrego, lo que pasa es que agarras una mala racha, y son las cosas pequeñas, insignificantes, ¿sabes?, y de la nada Muddy comienza a llamar varias veces a Mick y le pide ayuda al público para que lo animen a subirse, detallitos, nimiedades, y Mick voltea a ver a los demás de la mesa y guarda la calma, como sorprendido, y no va a la primera, pero se van juntando y entonces te da por generalizar que todo, de hecho, es así, y la vida se siente como un boleto por el que pagaste demasiado y que no vale la pena, y Muddy sigue mientras Mick lo mira detenidamente, eso ya suena muy sad boy, comenta ella, baby, please don't go, y yo trato de aclararme diciendo, es que, bueno, no sé si te pase a ti o no, baby, please don't go, que de repente te sientes insatisfecho con todo, baby, please don't go, down to New Orleans, you know I love you so, pero cuando te pones a analizar cosa por cosa a ver qué es lo que está mal

te das cuenta de que no es que haya algo que esté mal, y llegan un negro con un afro, porque desde fuera, desde el exterior, todo parece que está marchando bien, seguramente el dueño del local, es más, incluso deberías estar agradecido con lo que tienes, y una negra con vestido colorido y rollos en el cabello y unos lentesotes de pasta blanca con vasos para todos, y sin embargo todo se siente muy blando, gris, como si no fuera lo que esperabas, before I be your dog, no sé, ¿insuficiente sería la palabra?, before I be your dog, y cuando volteo a verla me percato de que ha estado siguiendo mi tren de pensamiento atenta, before I be your dog, I get you way'd out here, and let you walk alone, mmm, okay, dice, alargando las vocales, creo que sé más a o menos a lo que te refieres, y supongo que tiene que ver con lo que decías antes (esto lo dice apuntando el índice hacia atrás), y Muddy se pregunta si todavía no va a subir Mick Jagger, sobre las expectativas que uno se forma, y Mick se para porque ya es hora, no sé, respondo, ya totalmente enganchado en la conversación, ya le toca y avanza como puede entre la gente, y le da la mano a Muddy y le dice algo al oído, son de esas cosas que ni uno entiende bien, que no están del todo claro, y canta al micrófono el coro, staccato, y que tampoco sé por qué te estoy abrumando con esto, algo que suena como mehmehmehmehna, y dicho esto ella apoya su mano derecha sobre mi muslo, baby, please don't go, no te preocupes, down to New Orleans, queda perfecto, because I love you so!, es verdad eso que dicen, con esa voz suave comparada con la de Muddy, tan icónica e idiosincrática, ¿qué cosa?, pregunto con genuina curiosidad, before I be your dog, lo de que para cada roto hay un descosido, responde, before I be your dog, una sonrisa traviesa se esparce por su boca, before I be your dog, I get you way'd out here, and let you, rolling stone, digo, a ambos nos dejaron plantados, ¿no?, baby, please don't go, pero por suerte se me ocurrió

venir al lugar indicado, baby, please don't go, y yo trato de desviar el curso de la conversación preguntándole los pormenores de su cita, baby, please don't go, down to New Orleans, because I love you so!, ¿Tinder?, las manos en las caderas, ¿Bumble?, y se arremanga y hace eso que hace de juntar los labios y señalar al público, no, qué va, me contesta, soplando un mechón de cabello hacia un costado, como regañándolo, era una cita a ciegas, y Muddy canta, le había comentado a una prima que estaba cansada de las apps y ella dijo que me iba a presentar a un amigo, you brought me way down here, pero para añadirle emoción al asunto quiso que fuera a ciegas, you brought me way down here, obvio le dije que no, pero estuvo insiste e insiste hasta que al final accedí, pues ya ves, me dice volteando a ver a su celular que sigue sobre la barra, you brought me way down here, 'bout to Rolling Forks, you treat me like a dog, y se me ocurre inquirir, y qué hay de Keith, pregunta Muddy, ¿y no tienes su número para mandarle un mensaje o algo?, y Mick le hace segunda, y ella dice que no, y Keith se levanta sin pensarla dos veces y camina sobre la mesa como el rock star que es, mi prima no me lo quiso dar, con el cigarro en la boca, pero pues ya le mandé mensaje a ella y no me contesta, y se apoya en la negra para descender y luego la abraza, ni lo ha visto, y fuma como drogado o desubicado en lo que alguien le pasa una guitarra y se queda ahí esperando como ido, y yo, simpatizando, le comento, sí, así estuve toda la tarde, y me doy cuenta que lo digo con un dejo que suena misterioso, y parece un chambelán o un músico que contrataron para unos quince años porque trae un pantalón negro y un chaleco negro y una camisa blanca arremangada y abierta, y naturalmente ella me pide que elabore, y el guitarrista blanco con bigote pelirrojo de Muddy se va y le cede el lugar, y le repito más o menos lo mismo, y Muddy y Mick cantan juntos, que estuve esperando que me contestaran

por mensaje, you brought me way down here, pero que igual, you brought me way down here, ni las luces, you brought me way down here, y ella exclama, intrigada, ¿cómo crees?, you brought me way down here, 'bout to Rolling Forks, you treat me like a dog, ¿a quién esperabas?, y luego por turnos se contestan, a mi novia, le respondo flemático, you know your man down gone, habíamos quedado de vernos, pero yo creo que se entretuvo o se alargó la comida que tenía con los practicantes, you know your man down gone, es que es abogada, you know your man down gone, y ya al final me cansé de esperar, no sé si al rato me ponga algo o ya hasta mañana, you know your man down gone, y miro las botellas acomodadas detrás de la barra, you know your man down gone, down the country farm, with all the shackles on, veo también que llega una nueva pareja y otra chica morena, con ojos muy pequeños y oscuros, cabello lacio, a relevar al lasallista que se había quedado sólo, baby, please don't go, y él los saluda con una sonrisa porque los estaba esperando, baby, please don't go, la peda sigue o una nueva comienza, baby, please don't go, y ella replica, qué lástima, está bien gacho cuando te hacen eso, porque, bueno, y se interrumpe a sí misma y sacude la cabeza, baby, please don't go, no, mejor no digo nada, porque ya sería meterme en territorio peligroso, baby, please don't go, down to New Orleans, you know I love you so, no, no eso no se vale, repongo yo, ya lo mencionaste, ahora lo tienes que decir, y qué hay de Keith, se pregunta Muddy de nuevo, y noto que estoy un poco más acalorado de lo normal, tal vez sea el whisky, pienso, y Keith entra en escena con un lick, y ella me reta, ¿ah sí?, ¿o si no qué?, y advierto que sus ojos van a parar fijamente en mis labios con una mirada pausada y medio tonta, y luego se avienta un solo y Mick baila girando, y no sé bien qué responder, me quedo helado y digo lo primero que se me viene a la mente, y eso es que hay un

círculo en el infierno reservado específicamente para la gente que hace eso, agarrándose la melena y juntando las piernas, y ella contesta, el infierno es para la gente que se porta mal, y no sé, toma un trago y descansa el vaso azul de plástico sobre la mesa, y Muddy alienta al público mientras Keith sigue tocando, tal vez lo que quiero es portarme mal, ese es Keith en la guitarra, dice Muddy, en eso escucho cómo deja caer una sandalia al suelo, los dedos del pie escalando mi tobillo, y tratando de controlarme le pido que me diga lo que iba a decir, y pide un aplauso para Keith, y accede, nada, sólo que si yo fuera tu novia no te haría eso, conmigo no te pasaría eso, ¿sabes?, y ahora pide a, hace una pausa como si no se supiera bien el nombre o no lo recordara, y yo respondo, seco, es bueno saberlo, Ronnie Wood, aparte, no pierde tiempo en interrumpirme, ¿cómo sabes que ella no está... no sé, divirtiéndose en otro lugar y que por eso no se vieron?, y Ronnie hace lo mismo que Keith, con una facilidad y una soltura, y baja dando un saltito, respondo lacónico que está con sus compañeros del bufete pisteanado, nada más, y se parece al Vitor de *La hora pico*, pero ella insiste, con las palmas de las manos hacia el techo, ahí está, ¿ves?, es lo que te digo, pues, o simplemente un godín con la corbata ya floja echando desmadre en Chili's un jueves cualquiera, y yo interpongo, nah, cero que ver, y llega con su chupe y su cigarro y le pasan una guitarra más rápido de lo que se la pasaron a Keith, y no lo digo como la típica persona cegada e ingenua que no quiere ver las cosas como son y entonces se inventa su propia historia, y sigue un solo de harmónica en lo que Mick sigue dando vueltas alrededor de sí mismo y agarra calor, es algo de lo que estoy seguro, y se prende cantando con Muddy, podría firmarlo a ciegas, baby, please don't go, no que no sea imposible, pero es algo impensable, baby, please don't go, no me quita el sueño, pues, baby, please don't go, (al decir esto me doy cuenta de que suena a

lo opuesto que pretendo transmitir), baby, please don't go, y ella muy segura dice, pues no sé, piénsalo, ¿o a poco ella sabe que estás aquí, teniendo esta conversación conmigo?, o quizás ni se lo pregunta por estar muy ocupada en otros asuntos..., baby, please don't go, y le concedo que tiene un buen punto, a excepción de que yo no provoqué esto ni vine buscándolo, baby, please don't go, aparte tampoco es como que vaya a pasar algo, baby, please don't go, y es ahí que recarga su brazo en mi cuello, y pregunta, ¿sí?, ¿cómo estás tan seguro de eso?, y su aroma me intoxica, logro hacerme un poco hacia atrás para contestar, baby, please don't go, pues por el simple hecho de que no le sería infiel, ni ella tampoco, baby, please don't go, down to New Orleans, you know I love you so, y ella trata de convencerme, y las guitarras cargan la canción hasta que cierran majestuosamente, no es como que se tenga que enterar, pero bueno..., y Muddy y Mick y Keith y Ronnie y todos se dan las manos, si quieres seguir pensando que no está con alguien más, que no anda peda, besándose con alguien que se le arrimó al que ya le traía ganas desde hace rato... allá tú, porque esas cosas son más comunes de lo que uno piensa, sobre toooooo (girando las pupilas hacia arriba) con los abogados, y es cierto lo que leí una vez en un comentario de YouTube, y como que ella se percató de ello, y me pregunta, ¿qué?, ¿ya se te acabaron las palabras?, ¿o te quedaste pensando en lo que acabo de decir?, parecen niños en dulcería, felicidad pura, porque no quiero que pienses que mi intención es meterte ideas en la cabeza ni mucho menos, y me da por pensar en mi guitarrista favorito de los Stones que es Mick Taylor, sólo digo lo que es, por el período y por esa racha mágica de tres álbumes que sacaron, o lo que bien pudiera ser verdad, *Sticky Fingers*, pero como dices, no es algo que ni tú ni yo podamos saber a ciencia cierta, *Exile on Main Street*, y de repente entro en duda, y *Goats Head Soup* (bastante infravalor-

rado), siento que logra persuadirme como esos vendedores que empiezan con todas las de perder y cuando menos te das cuenta ya estás comprando tres cinturones que no necesitas, y tras una pausa prosigue, aunque Brian Jones fue el miembro crucial al inicio, bueno, al menos tiene suerte, porque otros que conozco ya hubieran accedido sin pensarla dos veces, y lo dice muy orgullosa, y sin Ronnie Wood no hubieran llegado a ser lo que son hoy en día, y yo, echando más leña al fuego, pregunto, ¿accedido a qué?, yo no he escuchado ninguna propuesta, en realidad es una cuestión ociosa la de quién es el mejor guitarrista, y ella se adelanta, creo que tienes una muy buena idea de a qué, pero, ¿para qué quieres saber si no va a pasar nada, como dices?, sólo te vas a quedar con las ganas, acordándote de este momento después, y está muy bien y todo, ser fiel a un ideal, y ahí viene a continuación el arranque eufórico de “Hoochie Coochie Man”, pero no deja de ser un ideal, ¿no crees?, y Mick y Muddy se enfrascan en otro diálogo de versos, y bebo las últimas gotas que le quedan al trago y pienso, joder, y siento que todo se mueve a mi alrededor, y estrofas, no es por nada, me excuso, pero creo que necesito a salir a agarrar aire, me siento algo pedo, y coros, dejo la cuenta pagada y salgo y avanzo por el corredor que da a la calle mientras busco mis cigarros en los bolsillos, cruzo al parque por donde dejé el carro y me siento en una banca a prender un cigarro, siento cómo se me va pasando el bochorno, miro hacia arriba y veo una luna llena entre una Pangea de nubes claras e inmóviles, como en el alba de los tiempos, y me pierdo contemplándolas y en eso la veo como una aparición abriéndose paso entre los carros que viene a sentarse demasiado pegada a mi cuerpo, puedo oler el aliento que su boca expelle al abrirla, ¿ya te sientes mejor?, y le digo que no sé, un poco, creo, acto seguido pregunta, ¿por aquí te estacionaste?, vamos, te acompaño, tal vez con el aire acondicionado

te sientas mejor, y me dejo llevar, agarrado de la mano como si ella supiera mejor que yo dónde está mi carro y puede que sí porque en este punto ya estoy más confundido que nada, ya no sé en qué creer, ¿pero qué más da?, tal vez mi novia esté haciendo lo mismo, tal vez lo haya hecho antes, o si no, ¿qué me garantiza que no lo vaya a hacer más tarde, en algún punto de la relación?, ¿y para eso voy a dejar pasar esta oportunidad que parece irreal, ficticia, de película?, porque todo esto ha sido como de película, llegamos a mi carro y abro las puertas y enciendo el motor y antes de que alcance a decir algo ella me habla de un parque que está a unas cuadras, con calles cerradas, seguras, residenciales, donde no transita nadie a esa hora, ni los vecinos y mucho menos la policía, vaya, el sitio más discreto y secreto de la ciudad, infalible, a prueba de tontos, y entonces le doy derecho hasta girar y meterme por una calle estrecha que da al parque y compruebo exactamente lo que dice y tiene toda la razón, y me señala dónde orillarme, una parte sin pavimento, a un costado de casas silenciosas que parecen abandonadas o deshabitadas y justo me paro bajo un moro y entonces, después de una pausa imperceptible, los cinturones se desabrochan y en la oscuridad pasa lo que tiene pasar, pero es como si nos conociéramos de toda la vida y por alguna misteriosa razón no siento que esté mal, al contrario, es como si fuera lo correcto, y no siento culpa alguna ni me arrepiento para nada y nos vamos con todo y veo que de verdad lo disfruta y eso me inspira confianza y hace que yo también lo disfrute y la cosa se alarga y se extiende y hacemos de todo y entre ambos fluye una química inigualable, como pocas, igual de irreal, ficticia, salida de una película o de una serie, de almas gemelas en otra vida, en fin, pasa todo lo que tiene pasar, como ya mencioné, sin necesidad de entrar en detalles y pienso que la necesito ver de nuevo, que ésta no puede ser la única vez que nuestros caminos se cru-

cen, replanteo de golpe toda mi situación existencial, porque ahora esto se vuelve más importante que todo lo que tengo, y terminamos y una vez que nos recuperamos me pide que la deje en su casa y me da indicaciones, es cerca, también sólo a unas cuantas calles, por eso conoce este lugar, seguro lo usa a cada rato con otros clientes del bar que caen en sus trampas, y sí, dos, tres, cuatro calles y doy vuelta, es aquí, dice, y todo se ve tan familiar, y me detengo, apago las luces y no digo nada, esperando a que ella diga algo antes de bajarse, y entonces agarra su bolsa, se desabrocha el cinturón de seguridad y cuando está por abrir la puerta voltea, me mira a los ojos, ¿te gustó el juego de rol?, pregunta con una sonrisa que nace en su rostro, sí, le digo, y eso es todo.

FICCIÓN LITERARIA

*La importancia de los profetas que escribieron
no radicaba en la vida personal de cada uno de ellos,
sino en su mensaje.*

JOHN MACARTHUR

Lena Löwe piensa en publicar un libro. Cuando piensa Lesto tiene dieciséis años y recorre los pasillos de la biblioteca del Hansa-Gymnasium en Colonia. Es tan sólo una idea que se le ocurre, algo que tal vez logre hacer antes de morir. Después de todo, analizándolo en frío, ¿cuánta gente no ha publicado un libro a lo largo de la historia? Casi que hasta un mono podría hacerlo. Pero aunque la cifra le parece descomunal, no por eso deja de ser lo suficientemente desafiante como para darse por bien servida si lo cumple. Podría morir tranquila luego de conseguirlo.

En ese momento no fija ningún plan, no traza ningún objetivo. En realidad, no hace nada para alcanzarlo más que escribir y seguir escribiendo a lo largo de los años. Siete años de escritura ininterrumpida. Textos cortos, vomitados, reflexiones en voz alta. Textos a caballo entre el cuento y el

mini ensayo, escritos en dos o tres sentadas y compartidos, en la emoción del momento, con tres o cuatro amistades que le devuelven un elogio genérico de admiración.

Ella no lo sabe, pero subrepticamente, inconscientemente, está escribiendo un libro. *Ese* libro. No lo sabrá hasta que derrame un vaso de agua sin querer sobre la laptop que alberga todos esos archivos. Incluso entonces no le caerá el veinte todavía. Lo sabrá cuando le sobrevenga la repentina angustia ante la posibilidad de perder todo lo que ha escrito. Por suerte, su amiga Johanna, que estudió informática, recupera la información sin mayor problema. Eso sí, la *Lenovo* de Lena ya no enciende, por lo que se ve forzada a desembolsar parte de sus ahorros en una *HP* nueva color azul, a la cual transfiere los documentos. Es una tarde melancólica. Más allá del *Alfénizer* sopla un viento que agita los fresnos bajo el gris y nublado cielo de Berlín. No hay ninguna luz encendida en el departamento de Lena, ubicado en la *Bitterstraße 15*, salvo el reflejo azul de la pantalla que se estrella contra su rostro. Afuera, alrededor del *Thielpark*, se insinúa una llovizna.

Lena está ocupada explorando los archivos recuperados carpeta por carpeta. Lo que descubre son textos a medias, textos penosos, textos abortados, textos precozmente bien logrados, algunos con trama redimible y otros de plano insalvables, textos cuyos títulos recicla para historias completamente diferentes, que nada tienen que ver con su argumento original. Experimenta asombro, orgullo, sorpresa, nostalgia, pena ajena. Es como si explorara un país desconocido.

Lena pasa toda la tarde abriendo los documentos de uno en uno hasta agotarlos. A veces los confunde u olvida su ubicación. Después de todo, son más de cien archivos. Pero lo que Lena se lleva de esta experiencia es la impresión de que entre esas carpetas hay una antología latente, que veinte o veinticinco textos marcan cronológicamente los hitos

de lo que ha sido su vida estos últimos años. A partir de entonces se dedica a editar, recortar, corregir, seleccionar y reescribir. Termina las últimas historias pendientes. Revisa el libro hasta el cansancio cada tanto tiempo, una y otra vez.

Luego pasan cosas en la vida de Lena. Otras cosas que tienen que ver con regresar a Colonia durante la pandemia luego de seis años en Berlín. De vuelta en casa de sus padres intenta rehacer su vida, empezar de cero.

Su tío Arne le manda el enlace de un concurso literario a nivel estatal. Lena se entera de la existencia de estas convocatorias. O en todo caso, se da cuenta de que ella ahora también puede participar en ellas. Lena mete sus textos a concursos locales, nacionales, internacionales. Siente que juega a ser una cazarecompensas. Tras recibir un par de menciones honoríficas en el concurso literario estatal, la llaman un mediodía cuando está a punto de llevarse un trozo de *Schnitzel* a la boca para informarle que su obra *Desde las primeras causas* (*Seit ersten Ursachen*) ha sido seleccionada para publicación por parte del Programa Editorial de Renania del Norte-Westfalia (*Nordrhein-Westfallens Redaktionelles Programm*). Sería exagerado decir que siempre estuvo segura de ganar. Más bien lo veía probable, dado que se escogen diez obras dentro de distintas categorías. Tal vez su emoción no sea la misma que la de su familia y la de su novio Markus, que la presume en redes. Pero Lena se siente realizada, contenta, esperando con ansias los meses que la separan a ella de la publicación de su libro. Por mientras, trata de ocupar su mente en otras cosas, como la maestría a la cual recién se ha inscrito o las clases de español que imparte entre semana en Tandem. Le ha costado, pero pareciera que después de casi dos años su vida está de nuevo en orden.

Le entregan los doscientos cincuenta ejemplares poco antes de la presentación, que será dentro del marco de la Feria del libro. Lena abre el libro y en la solapa ve la imagen que

le tomaron en la incómoda sesión fotográfica del programa editorial. Una pose forzada en la que Lena no se reconoce. De hecho, está segura de que si ella fuera otra persona y viera esa foto pensaría que la autora es una estúpida y no le darían ganas de leer el libro. El día del evento asisten todos los convocados y escuchan a Elke, amiga escritora de Lena, presentar la obra y a Lena leer algunos pasajes. Al final Lena vende y firma ejemplares, antes de la merecida celebración en su casa, en compañía de seres queridos y una cantidad excesiva de vino blanco.

Después de un tiempo la venta de libros se enfría. Entre la carga del posgrado y las clases de español Lena no tiene tiempo de andar promocionando el libro de puerta en puerta o de organizar presentaciones a las que cada vez irá menos público. Además, no le ayuda no tener redes sociales. Decide llevar algunos ejemplares a las librerías, pero solo le aceptan cinco a lo mucho. Lena, que siempre imaginó que ver un libro suyo en una librería sería el mayor logro posible, siente una modesta satisfacción casi vacía. Lena está convencida de que es más fácil escribir un libro y publicarlo que venderlo. Más difícil todavía es que la gente lea el libro, pero a estas alturas a Lena le basta con que lo compren. A pesar del éxito el día de la presentación y de varias ventas que ha concretado recientemente, no ha podido vender más de cien ejemplares. Al principio cometió el error de equiparar el número de libros por vender con el número de personas que conocía, de manera que, por decir, si pensaba en Markus, también pensaba en Nic, el tío de Markus, y por ende en Ana, su esposa, y en sus tres hijos, contemplando la venta de mínimo cinco libros en total. Lo curioso es que muchos (entre ellos el mismo tío Nic) que la habían felicitado y asegurado que vendería el tiraje completo sin problema siguen sin comprarle una mísera copia. Las felicitaciones sobraban, así como las preguntas por las ventas del libro

en general, como compadeciéndose, desde cierta distancia, ante una cuestión ajena contra la que no había remedio.

A Lena le preguntan a cada rato: ¿De qué es tu libro? ¿De qué trata, de qué va? Y ella se ve en la embarazosa situación de responder que son cuentos, relatos cortos, pero cuentos de qué, relatos sobre qué. Entre más capas de información añade más confunde a sus interlocutores, lo puede ver en sus ojos, en la expresión con la que se le quedan viendo fijamente, porque ni modo de decir que es ficción literaria, mucho menos decir que es “alta literatura”, quizás ensayar que es ficción sobre la vida en general, sobre nada en específico, o sea, no es romance, ni fantasía, ni terror, ni ciencia ficción, y aun así la mirada insatisfecha, no conforme, y ese sentimiento de incertidumbre, la duda que busca al culpable de esta falla de comunicación. ¿Será que no estoy siendo lo suficientemente clara? ¿O será que estoy frente a alguien que no tiene noción de lo que digo?

La tendencia entre los lectores de Lena –entre quienes leen los primeros cuatro textos y luego lo dejan y los que se leen el libro completo– es creer que porque ahora tienen su libro entre las manos van a conocerla mejor, todo porque muchas de las historias están escritas en primera persona y porque es el nombre de Lena el que aparece en la portada, por eso ocurre una plena identificación, mescolanza, sería mejor decir, entre autor, narrador, personaje, voz, persona empírica y moral. Todo por poner “yo” en lugar de “ella” o “él”. E incluso en los otros, escritos en tercera persona, no se salva, porque la gente insiste, se aferra a ver a Lena por detrás de la escritura. No hay manera de convencerlos o de tan siquiera sembrarles una ligera duda. No. Es Lena en el Oktoberfest de hace cuatro años vomitando un baño, es Lena deambulando por las calles de Berlín de noche en compañía de un desconocido, es Lena quejándose de Emily, su primera roomie. Todos están convencidos de ello. A Lena

le alarma la ingenuidad con la que la gente se cree todo lo que lee de modo referencial, como si fuera un reportaje o una crónica. Es decir, si en un relato Lena cuenta en primera persona que se fue de excursión a tal lado con tales personas y que tales eventos ocurrieron, de inmediato asumen que dicho evento sucedió y que además sucedió exactamente como Lena dice que sucedió. Incluso la citan como si las frases y las opiniones de sus personajes fueran suyas. En cambio, si Lena cuenta que fue a un bar y que ahí conoció a una tipa con la que viajó a la luna y ahí los visitaron unos seres de otro planeta, los lectores desechan sin más la parte “irreal” y conservan el resto de la historia como si fuera fidedigno, demarcando sin dificultades los límites entre realidad y ficción, en contra de la petulancia de sus profesores de licenciatura que mencionaban que la delgada línea entre estos dos términos no es del todo clara, sin tomarse la molestia de explicarlo.

Lo que ignoran es que todo es ficción, desde el momento en que abandona la pluma. Será que tal vez otros escritores, que establecen mayor distancia entre ellos y las cosas sobre las que escriben, no tienen que lidiar con estos problemas. Y es que, ¿negaría uno que hay cosas que parecen más basadas en hechos reales, cotidianos, que otras? En realidad, ¿qué tanto podía Lena reclamarles o exigirles a sus lectores, ella, egresada de *Literaturen und Kulturen Latinamerikas* por parte de la Freie Universität Berlin, admiradora de ese gesto foucaultiano que aparece en el prólogo de *Historia de la locura en la época clásica* que se posiciona en contra de la tentación que persigue al escritor de asumirse como autoridad del sentido y de la finalidad del libro, al contrario, sugiere el francés, hagan con él lo que quieran, y así, al negar toda prescripción de lectura dictada desde arriba por los autores en sus prólogos, termina por establecer otra pero que tiene que ver con desdoblamientos e imitaciones, reinterpretacio-

nes y apropiaciones de sentido, las buenas y malas lecturas, siendo consciente ante la posible objeción (–Pero ¡usted acaba de hacer un prólogo!), respondiendo (–Por lo menos es breve).

Lena piensa en Cortázar mencionando en una entrevista que la publicación del libro lo liberaba del trabajo que implica su continua y constante corrección y edición. Se desprendía de él en un sentido literal, ya no le pertenecía; ahora era asunto (o problema) de los lectores. Y algo muy parecido decía Alan Pauls al decir que escribir es despersonalizarse, algo que no le quedó del todo claro a Lena la primera vez que lo escuchó, pero que ahora le parece evidente: al escribir uno se despersonaliza por el simple hecho de que la historia adquiere independencia, se vuelve algo que le pudo o le podría haber pasado a cualquiera, a quien sea, y entonces ya no importa si sí le pasó al autor, si así se desarrollaron los hechos, si es inventada o qué porcentaje de ella es verídica. Gracias a Dios el autor pasa a segundo plano para darle lugar a lo que verdaderamente importa: la historia en sí misma.

A Lena le piden también que explique su libro como si se tratara de ejercicios matemáticos, y entonces Lena piensa en una anécdota que conoce sobre Cormac McCarthy, ese viejo al que le reconoce su talento, pero que le parece una figura incómoda, difícilmente accesible, algo pretenciosa y machista. Cuenta Anne DeLisle, su segunda ex-esposa, que vivieron casi por ocho años en una granja en las afueras de Knoxville, Tennessee subsistiendo a base de frijoles porque Cormac se rehusaba a conseguir un empleo fijo, y por si fuera poco, de vez en cuando aparecía algún académico que lograba dar con su paradero para ofrecerle un par de miles de dólares por ir a la universidad y hablar de su libro, a lo que Cormac respondía que todo lo que le interesaba saber estaba ahí mismo, sobre la página escrita. Y así es como

Anne y Cormac seguían comiendo frijoles una semana más. Es como solía decir Emma, la amiga filósofa de Lena, en su Medium: ¿Te importa mi escritura o te importo yo?

Al mismo tiempo a Lena la acosan con esta pregunta que le hacen luego de inquirir sobre las ventas de su libro: ¿Y para cuándo el siguiente? Como si escribir fuera tan sencillo, más todavía publicar, como si no costara un ojo de la cara, como si no se tuviera que recurrir a concursos a nivel estatal para que ese libro que todavía no existe y que tampoco se venderá mucho pueda surgir por puro milagro, como si no hubiera parido ese último libro como un niño que llevaba dentro sin saber, como un primogénito no planeado que se malbarata en las librerías por cinco euros.

Pero la verdad es que Lena no ha dejado de escribir. La verdad es que Lena ya ha escrito ese segundo libro por el que todos preguntan –quizás para saber si será una escritora de verdad o si sólo tuvo su *one hit wonder*, quizás para saber si tendrán que asistir pronto a otra presentación y comprar el libro por puro compromiso–.

Ese segundo libro tampoco lo escribe con intención, con consciencia de que está escribiendo un libro. Se va armando solo, gracias a la influencia decisiva de dos autoras que Lena descubre. Ramona Carton y Roberta Belmondo. Una le inspira coraje y valentía para contar el pasado; la otra le hace ver que muchas situaciones, escenas, circunstancias de su vida son, o podrían ser, de hecho, historias, si las cuenta desde cierto ángulo.

Aprovechando la situación, Lena inventa deliberadamente escenas escandalosas, comprometedoras, esparce rumores, exagera conflictos, mezclando y confundiendo a los personajes, poniéndolos en situaciones que no son las que les corresponden, sabiendo que a la hora de la hora, la gente lo leerá al pie de la letra. Está segura de que morderán el anzuelo, aunque ni la mitad de lo que ha escrito es verídico.

Lena piensa en Thomas Mann y en sus vecinos escandalizados luego de leer *Buddenbrooks*.

Piensa en Kafka y sus amigos leyendo y riéndose de sus textos a carcajadas.

Piensa en Crónicas 34:19 y se imagina a los lectores rasgando sus vestiduras al leer su obra.

Piensa en Karl Ove Knausgård escribiendo novelas sin disfrazar el nombre de sus personajes.

Por eso, en el último relato, queriendo tomar la mayor distancia posible de sí misma, inventa a Mauricio Padilla, su contraparte, un mexicano oriundo de Chihuahua –lugar del cual no conoce nada pero es que resultaría trillado escoger las ciudades principales, sería como si él escogiera Múnich o Berlín o Frankfurt para hacer un relato sobre ella, aparte de que el nombre del estado le parece muy chistoso–, autor de *Historias para ir por cigarros a la gasolinera*, quien atraviesa por las mismas dificultades, para mostrarlas en acción de manera performativa a través de un relato y comunicar su mensaje indirectamente, en lugar de explicarlo (o tratar de explicarlo) de manera directa con un aburrido ensayo sobre los percances y las desventajas de escribir ficción literaria.





Descarga gratuitamente toda la colección del
Programa Editorial Chihuahua en:

www.pech.icm.gob.mx

Este libro se terminó de imprimir en el año de 2025
con un tiraje de 300 ejemplares.

Impreso y hecho en México.

